



Director literario: V. Blasco Ibáñez

PLAUTO

DL/2336833

EN ESTA COLECCIÓN

CLÁSICOS GRIEGOS

HOMERO: *Iliada*. 2 t.—*Odisea*. 2 tomos.

ESQUILO: *Tragedias*. 1 t.

SÓFOCLES: *Tragedias*. 2 t.—I. Las traquinenses. Edipo, rey. Edipo en Colono. Antígona.—II. Filoctetes. Ayax. Electra.

HESÍODO: *La Teogonía*.—*El escudo de Heracles*.—*Los trabajos y los días*.—BIÓN: *Idilios*.—MOSCO: *Idilios*.—HIMNOS ÓRFICOS: *Los perfumes*. 1 t.

EURÍPIDES: *Obras completas*. 4 t.—I. Hécaba. Orestes. Las fenicias. Medea.—II. Hipólito. Alcestes. Andrómaca. Las suplicantes. Ifigenia en Aulide.—III. Ifigenia en Tauride. Reso. Las troyanas. Las bacantes. Los heracleidas.—IV. Helena. Ion. Heracles furioso. Electra. El ciclope.

TEÓCRITO: *Idilios y epigramas*.—TIRTEO.—ODAS ANACREÓNTICAS. 1 t.

ARISTÓFANES: *Comedias*. 3 t.—I. Lysistrata. Los acarnienses. Las nubes.—II. Los caballeros. La paz. Las avispas. Pluto.—III. Las tsmóforas. Las aves. La asamblea de las mujeres. Las ranas.

JENOFONTE: *La vida y las doctrinas de Sócrates*. 1 t.

ARISTÓFANES: *La Política*. 1 t.

CLÁSICOS LATINOS

CICERÓN: *La República*. *Las paradojas*. 1 t.—*Las leyes*. *La vejez*. *La amistad*. 1 t.

PLAUTO: *Comedias*. 3 t.

VALERIO MÁXIMO: *Hechos y dichos memorables*. 1 t.

EDAD MEDIA

LA CANCIÓN DE ROLDÁN. 1 t.

CLÁSICOS ESPAÑOLES

VIDA DE CERVANTES, por su primer biógrafo D. Gregorio Mayáns y Siscar. 1 t.

CERVANTES: *Teatro selecto*. *Comedias y entremeses*. 1 t.

QUEVEDO: *Obras satíricas*. 1 t.

GUILLEM DE CASTRO: *Teatro*. 1 t.

LOPE DE VEGA: *Novelas*. 1 t.—*Comedias*. 1 t.

CALDERÓN: *Teatro*. 2 t.

MORETO: *Comedias*. 1 t.

TIMONEDA: *El patrañuelo*.—*El sobremesa y alivio de caminantes*. 1 t.

LOPE DE RUEDA: *Comedias y Pasos*. 1 t.

ROJAS ZORRILLA: *Comedias*. 1 t.

RUIZ DE ALARCÓN: *Teatro*. 1 t.

CLÁSICOS INGLESES

SHAKESPEARE: *Obras completas*. 12 tomos.

Tomo I.—William Shakespeare, por Víctor Hugo. Hamlet, príncipe de Dinamarca. Los dos hidalgos de Verona.

Tomo II.—Otelo, el moro de Venecia. Medida por medida. Cuento de invierno.

Tomo III.—Romeo y Julieta. Bien está lo que bien acaba. Comedia de equivocaciones.

Tomo IV.—El mercader de Venecia. Penas de amor perdidas. Cimbelino.

Tomo V.—Macbeth. Troilo y Crésida. Enrique VIII ó Todo es verdad.

Tomo VI.—El rey Lear. Coriolano. Como gustéis.

Tomo VII.—La fiera domada. La duodécima noche. Mucho ruido para nada.

Tomo VIII.—Sueño de una noche de verano. La tempestad. Las alegres comadres de Windsor.

Tomo IX.—Julio César. Antonio y Cleopatra. Timón de Atenas.

Tomo X.—El rey Juan. La vida y la muerte del rey Ricardo II. La tragedia de Ricardo III.

Tomo XI.—La primera parte de Enrique IV. La segunda parte de Enrique IV. El rey Enrique V.

Tomo XII.—La primera parte del rey Enrique VI. La segunda parte del rey Enrique VI. La tercera parte del rey Enrique VI.

CLÁSICOS LATINOS

PLAUTO
COMEDIAS

Traducción directa y literal del latín por
JOSÉ VELASCO Y GARCÍA
Catedrático de la Universidad de Valladolid

TOMO III

LOS MENEEMOS
: CASINA :
LA CISTELLARIA



PROMETEO

Germanías, 35.—VALENCIA

(Published in Spain)

ES PROPIEDAD



BNE. Donativo de:

Familia Garub



LOS MENECSMOS

PERSONAJES

MENECSMO el robado, que habita en Epidamno.

PLUMERO, parásito.

EROTION, meretriz, amiga de Menecmo el epidamniense.

UNA MUJER, esposa de Menecmo el epidamniense.

UN VIEJO, suegro de Menecmo el epidamniense.

MENECSMO SOSICLES, que viene á la ciudad desde su patria.

MESENION, esclavo de Sosicles.

CILINDRO, cocinero.

UNA SIERVA de Erotion.

OTRO ESCLAVO.

UN MÉDICO.

LORARIOS.

La acción se desarrolla en Epidamno

ARGUMENTO

atribuido por algunos á Prisciano

Un mercader siciliano, para quien había dos hijos gemelos, habiéndosele robado uno de ellos, sufrió la muerte. El abuelo paterno da el nombre del robado al que está en casa, hace Menecmo á Sosicles; y éste, después que ha crecido, va

buscando á su hermano por todôs los países. Ultimamente, llega á Epidamno. Allí había sido criado el robado; todos creen al que llega el ciudadano Menecmo, y su meretriz, su esposa y su suegro, le llaman. Al fin, estos hermanos se reconocen á la vez.

PRÓLOGO

Primeramente, deseo ya desde el principio, espectadores, una diosa Salud propicia para mí y para vosotros. Os traigo á Plauto en la lengua, no en la mano; os suplico que le recibáis con oídos benignos. Ahora, escuchad el argumento, y prestad atención; lo resumiré en tan poquísimas palabras como pueda.

Ciertamente, los poetas hacen esto en las comedias: dicen que todos los asuntos se desarrollan en Atenas, para que os parezca ello más griego (1). En ninguna parte diré yo, sino en donde se dice realizado. Y, no obstante, este argumento es griego; aunque no es ático, sino que es siciliano.

Este ha sido, ciertamente, el exordio para ese argumento; ahora voy á daros medido el argumento, no por un medio, ni por un trimodio, sino por el mismo granero, tanta es mi benignidad para narrar el argumento.

Hubo en Siracusa cierto viejo mercader; nacióronle dos hijos gemelos, niños semejantes en la forma de tal modo, que la madre suya que les daba el pecho no podía distinguirlos, ni siquiera la misma madre que los había parido; según, ciertamente, me dijo aquel que había visto á los niños; yo no los vi, que no lo piense alguno de vosotros. Después que los niños son ya de siete años, el padre cargó una gran nave con muchas mercancías. Puso el padre en la nave al un gemelo, llevóle juntamente consigo á Tarento al mercado; dejó al otro en casa junto á su madre. Había por acaso juegos en Tarento cuando fué allí; como hubieran acudido á los juegos muchos mortales, el niño se escabulló

(1) Análogamente á lo que ha venido sucediendo después en otros pueblos, sobre todo en el nuestro, de considerar como mejor todo lo extraño en relación con lo propio, hubo en Roma durante mucho tiempo la manía de preferir el arte y la literatura griegas á las manifestaciones propiamente romanas. Este fenómeno se explicaba allí perfectamente, porque en ninguno de esos órdenes fueron los latinos sino meros imitadores de los griegos, siendo escasisima su labor original. Las causas que hayan podido producirlo en España, que, por el contrario, ha dado modelos en todos los géneros, habría que ir á buscarlas en el fondo mismo de la psicología nacional.—*Nota del Traductor.*

de su padre entre los hombres. Hubo allí cierto mercader epidamniense: éste cogió al niño, y le llevó á Epidamno. Pues, el padre del niño, luego que perdió á aquél, aflojó su ánimo, y de aquella pesadumbre murió él en Tarento pocos días después. Luego que llegó á Siracusa al abuelo de los niños el anuncio de aquel suceso, que el otro niño había sido robado, y que el padre del niño había muerto en Tarento, cambia el abuelo el nombre á este otro gemelo; de tal modo amó á aquel otro que fué robado; dió él mismo el nombre de Menecmo de aquél á éste que estaba en casa, y el mismo abuelo era llamado por ese mismo nombre, que fué el nombre para el otro. Me acuerdo más fácilmente del nombre de él por esto, porque le ví ser instado por el clamor de la gente con dicho nombre. Para que no erréis después, ya lo anuncio ahora antes: hay el mismo nombre para ambos hermanos gemelos.

Ahora se ha de volver por mí con los pies á Epidamno, para que os explique detalladamente este asunto. Si alguno de vosotros quiere que se le gestione algo en Epidamno, mande y diga el tal atrevidamente; pero de tal modo que dé con que pueda ello gestionársele; porque á no ser el que haya dado dinero, habrá hecho tonterías; el que haya dado, habrá hecho tonterías mucho mayores. Pero vuelvo allí de donde he partido, y permanezco en un solo lugar.

Aquel epidamniense, que yo había dicho hace poco, el que robó á aquel otro niño gemelo, nada de hijos había para él, sino riquezas; adopta para sí como hijo á aquel niño robado, y le dió una esposa dotada, y le hizo heredero, cuando él mismo terminó sus días. En efecto, como por acaso fuese al campo cuando había llovido mucho, habiendo entrado en un río rápido no lejos de la ciudad, el rápido levantó los pies al raptor del niño, y arrastró á aquel hombre al mayor mal tormento. Le vinieron entonces á aquel niño las mayores riquezas. Ese gemelo robado habita allí. Ahora, aquel gemelo que vive en Siracusa, ha venido hoy á Epidamno con un esclavo suyo, á buscar á este su hermano gemelo. Esa ciudad es Epidamno, mientras se representa esta fábula; cuando se represente otra, se hará otra la ciudad (1), como también los actores suelen mudarse; pues uno mismo se hace ahora alcahuete, ahora joven, ahora viejo, pobre, mendigo, rey, parásito, adivino...

(1) Alusión á la escasa variedad y exactitud de las decoraciones en el teatro antiguo, que servían, como, por otra parte, generalmente, en el moderno, para representar cosas muy distintas.—*N. del T.*

ACTO PRIMERO

ESCENA I

PLUMERO

La juventud me ha hecho el nombre de Plumero por esto, porque, cuando como, limpio la mesa (1). Los que ligan con cadenas á los hombres cautivos, y los que ponen grillos á los esclavos fugitivos, hacen muy neciamente, por cierto, en mi opinión; porque para un hombre mísero, si á un mal sucede otro mal, es un placer mayor huir y obrar malvadamente; de algún modo, en efecto, se libran de las cadenas; al fin rompen un anillo de los grillos con una lima, ó sacan un clavo con una piedra. Esas son simplezas. El que tú quieras conservar bien, para que no huya, conviene que sea encadenado por la comida y la bebida; junto á una mesa llena atarás á un hombre el hocico. Con tal que tú le suministres todos los días qué coma y qué beba, abundantemente y á su gusto, nunca ¡por Pólux! huirá, aunque haya hecho un crimen capital; fácilmente le conservarás mientras le ates con esa atadura. De tal manera son extraordinariamente flexibles esas ataduras de la comida; cuanto más las extiendas, tanto más estrechamente oprimen. Yo, pues, voy ahora á Menecmo, por el cual ya hace tiempo estoy juzgado, para que me ate con eso. Porque ese hombre no alimenta, sino que educa y recrea á los hombres; ninguno ejerce mejor la medicina; de tal modo es el joven mismo del más grande comer; da unas cenas cereales (2); de tal suerte acumula sus mesas y tantos montones de platos coloca; hay que ponerse de pie en el lecho, si deseas algo de lo que está más alto. Pero ha habido para mí un intervalo estos ya muchos días; he estado sujeto en casa entretanto con mis caras co-

(1) Era costumbre, terminada la comida, limpiar la mesa con un plumero.

(2) Esto es, espléndidas, como las que solían celebrarse en las fiestas de Ceres, á quien se adoraba como alimentadora de los hombres.—*Notas del Traductor.*

sas; porque ni como ni compro sino lo que es carísimo. Esas cosas caras que estaban prevenidas, faltan ya también. Ahora voy á ver á casa de éste. Pero se abre la puerta. He aquí que veo al mismo Menecmo; sale afuera.

ESCENA II

Menecmo, Plumero

MENECSMO

(Dirigiéndose á su mujer, que queda dentro de la casa.) Si no fueras ni mala, ni necia, ni indómita y no dueña de tu ánimo, tendrías tú misma en odio para ti lo que vieses servir de odio á tu marido. De aquí adelante, si me haces tal después de este día, haré que, repudiada, vayas fuera á ver á tu padre. Porque cuantas veces quiero ir fuera, me retienes, haces volver, andas preguntando adónde vaya yo, qué cosa haga, qué negocio gestione, qué pretenda, qué lleve, qué haya hecho fuera. He traído á casa un portazguero; de tal manera me es necesario hablar toda la cosa, cualquiera que lie hecho y hago. Te he tenido demasiado mimada. Así, voy á decirte ahora cómo he de hacer. Cuando yo te proporciono bien siervas, comestibles, lana, oro, vestido, púrpura, y no careces de cosa alguna, has de guardarte del mal, si eres discreta: deja de observar á tu marido. Y ahora, para que no me observes en vano, por esa diligencia, voy á tomar hoy una ramera, y convidarla á una cena fuera en alguna parte.

PLUMERO

(Aparte.) Este hombre simula hablar él mal á su mujer, y me habla á mí; porque, si cena fuera, me castiga á mí, ciertamente, no á su mujer.

MENECSMO

¡Qué felicidad! Al fin ¡por Hércules! he apartado con la riña á mi mujer de la puerta. ¿Dónde están los maridos que tienen amante? ¿por qué se detienen en traerme todos agradecidos sus regalos, porque he combatido con fortaleza? He

robado ahora dentro esta bata á mi mujer; se la llevo á mi amiga. Así es lo que conviene, dársela graciosamente con palabras á mi astuta guardiana. Esto es una hermosa hazaña, esto es probo, esto chistoso, esto está hecho con arte. Con mal mío he robado á la malvada; para mi daño se lleva esto. He cogido este botín á los enemigos, por la salud de nuestros aliados.

PLUMERO

¡Hola, joven! ¿hay en ese botín alguna parte para mí?

MENECMO

¡Muerto soy, he caído en una emboscada!

PLUMERO

Antes bien en un refugio: no temas.

MENECMO

¿Quién es este hombre?

PLUMERO

Soy yo.

MENECMO

¡Oh comodidad mía! ¡oh oportunidad mía! Salud tengas.
(*Le tiende la mano.*)

PLUMERO

Salud tengas.

MENECMO

¿Qué dices?

PLUMERO

Tengo con la diestra á mi Genio (1).

(1) Las estatuas de las divinidades se tocaban cen la mano derecha.
—*N. del T.*

MENEEMO

No has podido venirme más á tiempo que vienes.

PLUMERO

Así suelo yo; conozco todos los momentos de comodidad.

MENEEMO

¿Quieres tú ver una hazaña espléndida?

PLUMERO

¿Qué cocinero ha guisado eso? Ahora sabré, cuando haya visto los restos, si se ha titubeado algo.

MENEEMO

Dime: ¿has visto tú acaso en alguna parte un cuadro pintado en una pared, donde un águila arrebatase al Copero (1), ó donde Venus á Adonis? (2).

PLUMERO

Frecuentemente; pero ¿qué me importan á mí esas pinturas?

MENEEMO

(*Mostrando la bata que lleva consigo.*) Anda, mírame; ¿aparento algo de un modo semejante?

PLUMERO

¿Qué adorno es ese tuyo?

MENEEMO

Di que soy yo un hombre muy encantador.

(1) Ganimedes, hijo de Tros, rey de Troada, que fué remontado al cielo por un águila, de orden de Júpiter, enamorado de su gran belleza, para servir de copero á los dioses, en sustitución de Hebe.

(2) Adonis era un joven de belleza extraordinaria, del cual se enamoró Venus.—*Ns. del T.*

PLUMERO

¿Dónde hemos de comer?

MENECMO

Di ahora lo que yo te mando.

PLUMERO

Digo: «¡Hombre muy encantador!»

MENECMO

¿Te atreves á añadir á eso algo de tuyo?

PLUMERO

«Y gozosísimo.»

MENECMO

Prosigue.

PLUMERO

No prosigo yo ¡por Hércules! si no sé con qué gratitud. Hay para ti un litigio con tu mujer; por eso me guardo más cautamente de ti.

MENECMO

Vayamos donde tengamos como un sepulcro á escondidas de mi mujer, y quememos allí el día.

PLUMERO

Anda, pues, enhorabuena, cuando pides una cosa justa; ¿cuán luego enciendo la hoguera? Ciertamente, el día ya está muerto por la mitad hasta el ombligo.

MENECMO

Te demoras, cuando me hablas.

PLUMERO

Sácame el solo ojo que me queda, Menecmo, si digo palabra alguna, sino la que mandares.

MENECCMO

Retírate de ahí de la puerta.

PLUMERO

Hágase.

MENECCMO

Retírate todavía de ahí.

PLUMERO

Está bien.

MENECCMO

Retírate todavía ahora resueltamente de esa cueva leonina.

PLUMERO

¡Oh! tú serías, ciertamente ¡por Pólux!, según yo opino, un buen cochero de circo.

MENECCMO

¿Por qué?

PLUMERO

Para que tu mujer no te siga, miras atrás de cuando en cuando.

MENECCMO

Pero ¿qué dices?

PLUMERO

¿Yo? pues lo que tú quieras, eso afirmo y eso niego.

MENECMO

¿Podrías tú por el olor, si acaso olfateares algo, hacer alguna conjetura?

PLUMERO

Como si fuera consultado el colegio de los augures.

MENECMO

Anda, pues; huele esta bata que yo tengo. ¿A qué huele? (*Le presenta la bata por lo bajo; Plumero la rechaza.*) ¿Te abstienes?

PLUMERO

Es necesario que yo olfatee por lo alto un vestido mujerial; porque por ese lado se infesta la nariz con un olor que no se puede quitar.

MENECMO

Olfatea, pues, por aquí, amable Plumero. ¡Cómo muestras repugnancia!

PLUMERO

Es lo que procede.

MENECMO

¿Por qué, pues? ¿á qué huele? Responde.

PLUMERO

A hurto, á libertinaje, á glotonería.

MENECMO

Ahora va á ser llevada á esa meretriz Erotion amiga mía. Voy á mandar en seguida que se prepare un banquete para mí, para ti y para ella; después, beberemos hasta la estrella diurna de mañana.

PLUMERO

Expeditamente has hablado. ¿Toco ya á la puerta?

MENEEMO

Toca. (*Plumero llama.*) ¡Ay! espera todavía.

PLUMERO

Has demorado el cántaro en mil pasos.

MENEEMO

Golpea plácidamente.

PLUMERO

Temes, creo, no sea la puerta de vajilla de Samos (1).
(*Llama de nuevo.*)

MENEEMO

Espera, espera, te lo ruego ¡por Hércules! hela aquí, que sale de su casa. (*Sale Erotion, y Menecmo se queda contemplándola.*) ¡Ah! ¿ves el sol? ¿cuán grandemente no ha sido cegado ante las blancuras resplandecientes de ese cuerpo?

ESCENA III

Erotion, Plumero, Menecmo

EROTION

Salud tengas, Menecmo, alma mía.

PLUMERO

Y yo ¿qué?

EROTION

Tú estás fuera de número para mí.

(1) Que era muy quebradiza.—*N. del T.*

PLUMERO

Eso mismo suele hacerse en la legión con otros agregados.

MENECSMO

(*A Erotion.*) Yo he mandado que se me prepare hoy ahí en tu casa un combate.

EROTION

Hoy se hará ello.

MENECSMO

En él beberemos uno y otro (*señalando á Plumero*) por Ilión. Quien de los dos haya sido hallado allí mejor guerrero con el cántaro, es tu legión; adjudica con cuál de los dos estés esta noche. ¡Cuán malamente, placer mío, odio yo á mi mujer cuando te miro!

EROTION

(*Viendo la bata que Menecmo lleva consigo.*) Entretanto, no puedes que no te hayas puesto encima algo de ella. ¿Qué es eso?

MENECSMO

Un vestido tuyo, y un despojo de mi mujer, rosa.

EROTION

Superas fácilmente para que seas para mí superior á otro alguno de los que me solicitan.

PLUMERO

(*Aparte.*) La meretriz le acaricia entretanto que ve algo que arrebathe. (*Alto.*) Pues si le amases, convendría que ya le hubieras arrancado la nariz á mordiscos.

MENECSMO

(*Entregando su capa á Plumero.*) Sostén esto, Plumero; quiero ofrecer los despojos que he prometido.

PLUMERO

Dame. (*Menecmo se queda vestido con la bata.*) Pero, te lo ruego ¡por Hércules!, baila así con la bata á continuación.

MENEEMO

¿Yo he de bailar? No estás en tu sano juicio ¡por Hércules! (1).

PLUMERO

¿Yo, ó tú más bien? Si no bailas, despójate, pues.

MENEEMO

La he robado yo hoy con demasiado peligro. Ciertamente, en mi ánimo, no quitó Hércules el cinturón á Hipólita (2) con un peligro igualmente grande en modo alguno. (*A Erotion, ofreciéndole la bata.*) Tómala para ti, cuando vives como la única complaciente con mis gustos. De este ánimo corresponde que estén animados los buenos amantes.

PLUMERO

(*Aparte.*) Ciertamente, los que se apresuren á reducirse á la mendicidad.

MENEEMO

La compré yo hace un año para mi mujer por cuatro minas.

PLUMERO

(*Aparte.*) Cuatro minas se han perdido completamente, según se saca la cuenta.

MENEEMO

(*A Erotion.*) ¿Sabes qué quiero yo que tú prepares?

(1) En el tiempo de Plauto, en que las costumbres romanas todavía no habían perdido su primitiva austeridad, se consideraba como una cosa indecorosa el que bailase un ciudadano.

(2) Reina de las Amazonas, á las que desafió y venció; fué éste uno de sus doce trabajos.—*Ns. del T.*

EROTION

Lo sé; prepararé lo que quieres.

MENECSMO

Manda, pues, que se prepare para nosotros tres un banquete en tu casa, y que se compre de la plaza algo de manjares delicados: papada de cerdo, tocino, pernil, ó cabecina, ó criadillas de puerco, ó algo por este estilo; cosas tiernas que puestas en la mesa me sugieran un apetito de milano; y al punto.

EROTION

Está bien ¡por Cástor!

MENECSMO

Nosotros vamos á la plaza. En seguida estaremos aquí, mientras se guisa, ínterin beberemos.

EROTION

Ven cuando quieras; la cosa estará preparada.

MENECSMO

Date prisa ya. (*A Plúmero.*) Tú sígueme.

PLUMERO

Yo ¡por Hércules! te observaré y te seguiré, verdaderamente. Ni que merezca hoy para mí, por que te pierda, las riquezas de los dioses. (*Vanse.*)

EROTION

(*A sus esclavas, dentro de la casa.*) Hacedme al punto dentro salir afuera á Cilindro el cocinero.

ESCENA IV

Erotion, Cilindro.

EROTION

Coge una esportilla y dinero. Aquí tienes estos tres numos.

CILINDRO

Los tengo.

EROTION

Ve y trae comida. Ve lo que sea bastante para tres. Que ni falte, ni sobre.

CILINDRO

¿De qué modo serán esos hombres?

EROTION

Yo y Menecmo y el parásito de éste.

CILINDRO

Esos son ya diez; porque el parásito hace fácilmente el oficio de ocho hombres.

EROTION

Te he dicho los convidados; cuida de lo demás.

CILINDRO

Está bien. Están los guisados. Manda ir á la mesa.

EROTION

Vuelve pronto.

CILINDRO

En seguida estaré yo aquí.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Menecmo Sosicles, Mesenion seguido de marineros

MENECSMO

Ningún placer mayor, Mesenion, hay, á mi juicio, para los navegantes, que cuando desde lo alto ven á lo lejos la tierra.

MESESION

Mayor, para que no hable yo con engaño, si vieses al llegar la tierra que fuera tuya. Pero, pregunto, ¿por qué causa venimos ahora á Epidamno? ¿Acaso, como el mar, vamos alrededor de todas las islas?

MENECSMO

A buscar á mi hermano germano gemelo.

MESESION

Pues ¿qué término ha de haber en buscarle? Este es el sexto año después que dedicamos nuestro trabajo á este asunto. Hemos sido llevados alrededor de Istros, Hispanos, Masilienses, Ilirios; todo el mar de arriba (1), y la Grecia exótica (2), y todas las costas itálicas, por cuanto se acerca el mar. Si buscases, creo, una aguja, habrías encontrado la aguja, si estuviera á la vista, hace ya tiempo. Andamos bus-

(1) *Mare superum*, el Adriático; el de abajo, *mare inferum*, era el Tirreno.

(2) La Magna Grecia, que estaba fuera de la Grecia propiamente dicha.—Ns. del T.

cando entre los vivos á un hombre muerto; porque le habríamos encontrado hace ya tiempo, si viviera.

MENECMO

Pues busco quien me haga cierto eso, quien diga que él sabe que aquél es muerto. Después de eso, nunca gastaré trabajo en buscarle; pero, de otra suerte, nunca dejaré, vivo, de ir en su seguimiento. Yo sé cuán caro sea él á mi corazón.

MESENIÓN

Buscas un nudo en un junco; ¿por qué no nos volvemos desde aquí á casa, si no es que hemos de escribir una historia? (1)

MENECMO

Prescinde de palabrería docta, y guárdate mucho de un mal. No seas molesto; no ha de hacerse ello según tu parecer.

MESENIÓN

(*Aparte.*) ¡Ay! conozco, verdaderamente, por esa palabra que yo soy un esclavo. No ha podido decir claramente más cosas en pocas palabras. Pero, sin embargo, no puedo contenerme que no hable. (*Alto.*) Oye, Menecmo: cuando miro nuestra bolsa, veo ¡por Hércules! que estamos provistos para viaje enteramente de verano. Ciertamente, tú ¡por Hércules!, opino, si no volvieres á casa, cuando nada tengas, gemirás, mientras buscas al gemelo. Porque aquí esta nación epidamnica de hombres es de esta manera: grandísimos libertinos y bebedores; además, habitan en esta ciudad muchos intrigantes y aduladores; luego, las mujeres meretrices en ninguna parte del mundo se presentan más halagadoras. Por eso ha sido dado á esta ciudad el nombre de Epidamno, porque ordinariamente nadie sale de aquí sin daño (2).

(1) La escasez de los medios de información, en la antigüedad, obligaba á los que pretendían escribir una obra histórica á visitar los países á que aquélla habia de referirse, para recoger personalmente los datos. Esto fué lo que hizo, por ejemplo, Herodoto.

(2) Esto es un juego de palabras. *Epidamnium* significa, en efecto, literalmente, «alrededor del daño»; pero el nombre de la ciudad se debía, según la tradición griega, á haber sido fundada por el rey Epidamno. Sin embargo, los supersticiosos romanos, á quienes ese nombre sonaba como cosa de mal agüero, le cambiaron por el de *Dyrrhachium*, del que, por corrupción, se ha hecho Durazzo, en la costa de Albania.—*Ns. del T.*

MENECSMO

Yo me guardaré de él. Dame, pues, aquí la bolsa.

MESESION

¿Qué quieres con eso?

MENECSMO

Temo ya por ti por tus palabras.

MESESION

¿Qué temes?

MENECSMO

No me proporcionas algún daño en Epidamno. Tú eres un grande amador de las mujeres, Mesenion, y yo un hombre iracundo, de ánimo enajenado; cuando tenga el dinero, me habré guardado de una y otra de estas cosas: que ni tú delincas, ni yo me irrite contra ti.

MESESION

Coge y conserva; lo habrás hecho siendo yo gustoso.

ESCENA II

Cilindro, Menecmo Sosicles, Mesenion
seguido de marineros

CILINDRO

Bien he comprado, y, según mi opinión, buena comida voy á poner delante á los comedores. (*Viendo á Menecmo Sosicles.*) Pero he aquí que veo á Menecmo; ¡ay de mi espalda! Los convidados pasean ya ante la puerta, antes que yo vuelvo de la compra. Voy á acercarme y hablarles. Salud tengas, Menecmo.

MENECMO

Que los dioses te amen. ¿Sabes quién soy yo?

CILINDRO

No, en verdad ¡por Hércules! ¿Dónde están los demás convidados?

MENECMO

¿Qué convidados buscas tú?

CILINDRO

Tu parásito.

MENECMO

¿Mi parásito? Ciertamente, este hombre no está en su sano juicio.

MESENIÓN

¿No te he dicho que hay aquí muchos intrigantes?

MENECMO

(A Cilindro.) ¿Qué parásito mío buscas tú, joven?

CILINDRO

Plumero.

MESENIÓN

Hele aquí en la maleta, lo llevo en buen estado.

CILINDRO

A punto llegas aquí á la comida, Menecmo; ahora vuelvo de la compra.

MENECMO

Respóndeme, joven: ¿á qué precios se venden aquí los puercos para sacrificar á los dioses, sanos?

CILINDRO

A numo.

MENECMO

Coge de mí uno; manda que seas curado á costa de mi dinero; porque, verdaderamente, yo sé de cierto que tú estás loco, tú que, cualquiera que seas, eres molesto para mí, un hombre desconocido.

CILINDRO

Yo soy Cilindro; ¿no conoces mi nombre?

MENECMO

Seas tú Cilindro ó Coliendro (1); vas á perecer. Yo no te conozco, ciertamente, ni quiero conocerte.

CILINDRO

Tu nombre es Menecmo, según lo que yo sé.

MENECMO

Como cuerdo hablas, cuando me llamas con ese nombre. Pero ¿dónde me has conocido?

CILINDRO

¿Dónde te haya conocido yo? De que tengas por amiga á mi dueña, á esta Erotion.

MENECMO

¡Por Hércules! ni la tengo, ni sé qué hombre seas tú.

CILINDRO

¿No sabes quién sea yo, que frecuentísimamente te escancio en nuestra casa cuando bebes?

(1) Juegos de palabras, en que Plauto aparenta derivar *Cylindrus*, que en latín sonaba parecidamente á *Culindrus*, de *culus*, y hace derivar de *colis*, miembro viril, *Coliendrus*.—N. del T.

MENEENION

¡Ay de mí! ¡cómo nada hay con que rompa la cabeza á este hombre!

MENEEMO

(*A Cilindro.*) ¿Tú sueles escanciarme á mí, que antes de este día nunca he visto ni venido á Epidamno?

CILINDRO

¿Lo niegas?

MENEEMO

Lo niego, en verdad ¡por Hércules!

CILINDRO

(*Señalando la casa del otro Menecmo.*) ¿No habitas tú en esa casa?

MENEEMO

¡Confundan los dioses á los hombres que habitan ahí!

CILINDRO

(*Aparte.*) Ciertamente, está loco éste, que se maldice él mismo. (*Alto.*) ¿No me oyes, Menecmo?

MENEEMO

¿Qué quieres?

CILINDRO

Si me tomas consejo, con ese numo, que hace poco has prometido darme, manda, si eres discreto, que se te traiga un porquezuelo; porque, verdaderamente, Menecmo, no estás ¡por Hércules! de cierto bastante sano, tú que ahora te maldices tú mismo.

MENEEMO

¡Oh, qué hombre tan insoportable y odioso para mí, por Hércules!

CILINDRO

(*Aparte.*) Suele chancearse conmigo frecuentemente de ese modo. Es cuan risueño quieras, cuando su mujer no está presente.

MENECMO

¿Qué dices tú?

CILINDRO

¿Qué quieres? digo. ¿Es bastante para vosotros tres esta comida que ves? ¿ó compro más, para ti, el parásito y la mujer?

MENECMO

¿De qué mujeres, de qué parásitos hablas tú?

MESENIÓN

(*A Cilindro.*) ¿Qué impiedad te insta para que seas molesto á éste?

CILINDRO

¿Qué tienes tú que ver conmigo? Yo no te conozco; hablo con éste, á quien conozco.

MENECMO

No eres tú ¡por Pólux! un hombre sano; lo sé de cierto.

CILINDRO

Haré, pues, que en seguida estén cocidas estas cosas; nada será demasiado. Así que, no te vayas á parte alguna más lejos de la casa. ¿Quieres algo?

MENECMO

Que vayas al máximo mal tormento.

CILINDRO

Lo mejor es ¡por Hércules! que vayas tú entretanto, y te recuestes, mientras yo expongo estas cosas á la violencia

de Vulcano. Voy á ir adentro, y decir á Erotion que tú estás aquí, para que de aquí te lleve más bien que no que estés aquí fuera. (*Vase.*)

MENECMO

¿Ya se ha ido de aquí ese? ¡Por Pólux! experimento que tus palabras no son mentiras.

MESENIÓN

Ten cuidado ahora; porque creo que habita ahí la mujer meretriz, según, ciertamente, ha dicho ese loco que se ha ido ahora de aquí.

MENECMO

Pero me maravillo de que él conozca mi nombre.

MESENIÓN

De ningún modo es maravilloso ¡por Hércules!; las meretrices tienen esta costumbre: envían al puerto esclavillos, siervecillas; si llega al puerto alguna nave viajera, preguntan de quién sea, qué nombre tenga él; después, al instante, se acercan, se pegan; si le han atraído con halagos, le envían perdido á casa. Ahora en este puerto está una nave pirata, de la cual creo hemos de guardarnos prudentemente.

MENECMO

Rectamente avisas, en verdad ¡por Hércules!

MESENIÓN

Después al fin sabré que he avisado rectamente, si tú rectamente te has guardado.

MENECMO

Calla por un poco, porque ha rechinado la puerta; veamos quién sale de ahí.

MESENIÓN

Voy á dejar esto entretanto. (*Entregando la maleta á los marineros.*) Guardad esto, si queréis, pies de la nave.

ESCENA III

Erotion, Cilindro, Menecmo Sosicles, Mesenion

EROTION

(*A Cilindro, que quiere cerrar la puerta.*) Deja la puerta así; anda, no quiero que se cierre. Prepara dentro, cuida, ve que se haga lo que es necesario. (*A otros esclavos.*) Tended los lechos, encended los perfumes. El aseo es un atractivo para el ánimo de los amantes. La amenidad sirve de mal para el amante, para nosotras sirve de lucro. (*Vanse Cilindro y los demás esclavos.*) Pero ¿dónde está él, que el cocinero ha dicho que estaba ante la casa? Mas he aquí que veo á este que me es para utilidad y aprovecha mucho; también se le hace de buena gana, como merece, que sea el principal de mi casa. Voy á acercarme á él ahora, y hablarle. (*A Menecmo.*) Almita mía, me parecen cosas maravillosas estar aquí fuera tú, para quien están abiertas las puertas, cuando esta casa es la tuya más que tu casa. Todo está preparado, según has mandado y según has querido, y no hay para ti dentro demora alguna; se ha cuidado ahí de la comida, según has mandado; cuando te plazca, es posible ir á recostarse.

MENECCMO

¿Con quién habla esta mujer?

EROTION

Contigo, ciertamente.

MENECCMO

¿Qué de negocio hubo nunca para ti conmigo, ó hay ahora?

EROTION

¡Por Pólux! que Venus ha querido, que yo estimase mucho el único de todos á ti, y ello no sin merecimiento tuyo;

porque ¡por Cástor! tú solo con tus beneficios me haces floreciente.

MENEEMO

Ciertamente, Mesenion, ó está loca ó ebria esta mujer, que se dirige tan familiarmente á mí, un hombre desconocido.

MESENIÓN

(Bajo, á Menecmo.) ¿No te he dicho yo que suelen hacerse aquí estas cosas? Ahora caen hojas, en comparación de si estuviéremos aquí estos tres días; entonces caerán sobre ti árboles. Porque así son aquí las meretrices todas encantadoras del dinero. Pero déjame mientras dirigirme á ésta. *(Alto, á Erotion.)* ¡Hola, mujer! á ti digo.

EROTIÓN

¿Qué hay?

MESENIÓN

¿Dónde has conocido tú á este hombre?

EROTIÓN

En el mismo lugar donde él á mí hace ya tiempo, en Epidamno.

MESENIÓN

¿En Epidamno? ¿á él que nunca, sino hoy, puso el pie dentro aquí en esta ciudad?

EROTIÓN

Vaya, gastas bromas. Menecmo mío, ¿por qué no vas adentro; mi amor? mejor será ahí para ti.

MENEEMO

Esta mujer ¡por Pólux! me llama rectamente, en verdad, por mi nombre. Me maravillo mucho de qué negocio sea éste.

MESENIÓN

(Bajo.) Ha olido esa bolsa que tienes ahí.

MENECMO

En verdad ¡por Pólux! me has advertido tú bien. Tómalala, pues; en seguida sabré si ella ama más á mí ó á la bolsa.

EROTION

Vayamos adentro, para que comamos.

MENECMO

Bien llamas; así de grande es mi gratitud.

EROTION

¿Por qué, pues, me has mandado hace poco guisar una comida para ti?

MENECMO

¿Que yo te he mandado guisar?

EROTION

Ciertamente, para ti y para tu parásito.

MENECMO

¿Para qué parásito, demonio? Ciertamente, esta mujer no está bastante sana.

EROTION

Para Plumero.

MENECMO

¿Qué plumero es ese? ¿con el que han de ser limpiados mis zapatos?

EROTION

Esto es, el que ha venido contigo hace poco, cuando me has traído la bata que has robado á tu mujer.

MENECMO

¿Qué es eso? ¿yo te he dado una bata que he robado á mi

mujer? ¿estás en tu sano juicio? Ciertamente, esta mujer, á modo de caballo capón, sueña estando en pie.

EROTION

¿Por qué te agrada tenerme como juguete y negarme las cosas que se han hecho?

MENEEMO

Dí, ¿qué es eso, qué niego yo, qué he hecho?

EROTION

Habermelo dado tú hoy una bata de tu mujer.

MENEEMO

Lo niego todavía ahora. Yo, ciertamente, ni he tenido nunca mujer, ni la tengo, ni nunca, desde que nací, he metido el pie ahí de la puerta adentro. He comido en mi nave; desde allí he venido aquí, y te he encontrado.

EROTION

¡Por Ceres, muerta soy, mísera! ¿De qué nave me hablas tú ahora?

MENEEMO

De una de leño, frecuentemente usada, frecuentemente fija, frecuentemente golpeada por el martillo, como banco de peletero; un palo está próximo á otro palo.

EROTION

Deja ya, por favor, de gastarme bromas, y ven por aquí justamente conmigo.

MENEEMO

No sé, mujer, á qué otro hombre, no á mí, andas buscando.

EROTION

¿No te conozco yo á ti, á Menecmo, nacido de tu padre

Mosco, que han dicho haber nacido en Siracusa, en Sicilia, donde fué reinante el rey Agatocles, y en segundo lugar Fintia, y en tercero Liparón, que entregó en muerte el reino á Hierón? Hierón está ahora.

MENECMO

No hablas falsamente, mujer.

MESENIÓN

¡Oh Júpiter! ¿acaso ha venido de allí esta mujer, que tan bien te conoce?

MENECMO

¡Por Hércules! no puede, opino, negarse rotundamente.

MESENIÓN

No hagas tal. Has perecido si entrases del umbral para dentro.

MENECMO

Antes bien, calla tú ahora; la cosa se lleva bien. Prestaré asentimiento, cualquiera cosa que diga, á esta mujer, como pueda encontrar un asilo. (*A Erotion.*) No me ponía frente á ti, mujer, hace ya mucho rato, sin prudencia; temía á éste, no denunciase á mi mujer lo de la bata y lo de la comida. Ahora, cuando quieras, vayamos adentro.

EROTIÓN

¿Esperas también á tu parásito?

MENECMO

Ni lo espero yo, ni lo hago del valor de una hilacha, ni, si viniere, quiero que sea él introducido.

EROTIÓN

¡Por Cástor! no lo habré hecho de mala gana. Pero ¿sabes qué te agradeceré que hagas?

MENECMO

Manda lo que quieres ahora.

EROTION

Que llesves al bordador esa bata que me has dado hace poco, para que sea reformada, y para que se añadan las labores que quiero.

MENECMO

¡Por Hercules! en verdad, dices tú rectamente; quedará desconocida la misma, para que mi mujer no conozca que la tienes tú, si te viere en la calle.

EROTION

Así, pues, te la llevarás contigo luego, cuando te vayas.

MENECMO

Muy bien.

EROTION

Vayamos adentro.

MENECMO

Ahora te seguiré; quiero todavía hablar á éste. (*Vase Erotion.*) ¡Hola, Mesenion! acércate aquí.

MESENION

¿Qué hay de particular?

MENECMO

¡Chist! ¿quieres saber...?

MESENION

¿Qué, pues?

MENECMO

Es necesario...

MESENIÓN

¿Qué es necesario?

MENECSMO

Sé lo que me vas á decir.

MESENIÓN

Tanto peor eres.

MENECSMO

Tengo una presa; ¡tanto de obra he principiado! Anda cuanto es posible; lleva de aquí á esos en seguida á una casa de posada; después, haz que antes del ocaso del sol vengas á mi encuentro.

MESENIÓN

No conoces tú á estas meretrices, amo.

MENECSMO

Calla, digo, ahora ya. A mí me dolerá, no á ti, si yo hiciere algo neciamente. Esta mujer es necia é imbécil cuanto he visto ahora. Hay aquí una presa para nosotros.

MESENIÓN

¡Estoy perdido!

MENECSMO

¿No te vas de aquí ya? (*Entra en casa de Erotion.*)

MESENIÓN

¡Está perdido enteramente! Una nave pirata se lleva derecha nuestra barca. Pero imbécil yo, que pretendo moderar á mi amo; me compró para que obedezca su mandato, no para que sea el que le mande á él. (*A los demás esclavos.*) Seguidme, para que, como se ha mandado, venga á tiempo á su encuentro. (*Vanse.*)

ACTO TERCERO

ESCENA I

PLUMERO

Hace más de treinta años que nací cuando en ese tiempo nunca he hecho hazaña alguna peor ni más malvada que hoy cuando me he metido, mísero, en medio de una asamblea del pueblo. Mientras yo allí bostezo, Menecmo se me ha escapado de oculto y se ha ido, creo, á casa de su amiga y no ha querido llevarme. ¡Que todos los dioses confundan á aquel que ideó el primero tener asamblea del pueblo, la cual ocupa á hombres ocupados! ¿No sería conveniente que fueran elegidos para este menester los hombres ociosos, los cuales, si no concurriesen, cuando fueran citados, pagasen en seguida una multa? Hay en abundancia cantidad de hombres que hacen al día una sola comida, para los cuales nada de quehacer hay, que ni son convidados ni convidan á comer; esos está bien que den su trabajo á la asamblea y los comicios. Si ello fuera así, no hubiese perdido hoy una comida yo, á quien creo tanto que ha querido darse como me veo vivir. Voy á ir: todavía ahora la esperanza de los restos deleita mi ánimo. Pero ¿qué veo yo? ¿á Menecmo? sale afuera con una corona: se ha terminado el convite; ¡por Pólux! á tiempo vengo á su encuentro.

ESCENA II

Menecmo Sosicles, Plumero

MENEEMO

(*A Erotion, que está en el interior de la casa, mostrándole la bata.*) ¿Será posible que estés tranquila si yo te la vuelvo á traer hoy bien y elegantemente reformada á propósito?

PLUMERO

(*Aparte.*) Lleva la bata al bordador, acabada la comida y bebido el vino, dejado fuera el parásito. ¡Por Hércules! no soy el que soy si no vengare bien esta injuria y á mí mismo. Voy á observar lo que hace, primero, desde aquí; después, me acercaré al hombre y le hablaré.

MENECSMO

(*Aparte.*) ¡Oh dioses inmortales! ¿á qué hombre que menos haya esperado disteis nunca en un día más de bueno? He comido, he bebido, me he acostado con una cortesana, me he llevado ésta, cuya dueña nunca verá después de este día.

PLUMERO

(*Aparte.*) No puedo, á escondidas, oír lo que dice. ¿Habla ahora, harto, de mí y de mi papel?

MENECSMO

(*Aparte.*) Dice habérsela dado yo, y haberla robado á mí mujer. Después que veo que está en un error, al punto, como si hubiera para mí relación con ella, he empezado á asentir; cualquiera cosa que la mujer había dicho, yo decía lo mismo. ¿Qué necesidad hay de muchas palabras? Nunca estuve bien con menor dispendio.

PLUMERO

(*Aparte.*) Voy á acercarme al hombre; porque deseo con ansia alborotar.

MENECSMO

Y (*Aparte.*) ¿Quién es este que viene hacia mí?

PLUMERO

¿Qué dices, hombre más ligero que una pluma, pésimo y malísimo, vergüenza de hombre, engañador y de mínimo precio? ¿Qué merecí de ti, por la cual causa me perdieras? ¡Cómo te me has hurtado hace poco de la plaza! Has hecho el funeral, ausente yo, á la comida. ¿Cómo has osado hacerlo, cuando yo era igualmente como heredero?

MENEEMO

Joven, ¿qué relación, pregunto, tienes tú conmigo, para que, imprudente, me hables mal á mí, un hombre desconocido? ¿O quieres que se te dé después una mala cosa por tus malas palabras?

PLUMERO

¡Por Pólux! entiendo que tú me la has dado, ciertamente.

MENEEMO

Responde, joven, ¿qué nombre, te pregunto, tienes tú?

PLUMERO

¿Aún te burlas, como si no conocieses mi nombre?

MENEEMO

¡Por Pólux! yo no te he visto ni conocido nunca, que sepa, antes de este día; pero, ciertamente, quienquiera que seas, si haces lo justo, no seas odioso para mí.

PLUMERO

¿No me conoces?

MENEEMO

No lo negaría, si te conociera.

PLUMERO

Menecmo, despabilate.

MENEEMO

¡Por Hércules! estoy despabilado, ciertamente, que yo sepa.

PLUMERO

¿No conoces á tu parásito?

MENECSMO

No está sana tu cabeza, joven, á lo que entiendo.

PLUMERO

Responde: ¿no has quitado á tu mujer hoy esa bata, y la has dado á Erotion?

MENECSMO

¡Por Hércules! ni yo tengo mujer, ni yo he quitado la bata, ni la he dado á Erotion.

PLUMERO

¿Estás bastante en tu sano juicio? ¡Esta es cosa perdida! ¿No te he visto yo salir afuera cubierto con la bata?

MENECSMO

¡Ay de tu cabeza! ¿Crees que todos son unos maricas, porque lo eres tú? ¿Afirmas tú haberme puesto yo la bata?

PLUMERO

Yo, en verdad ¡por Hércules!

MENECSMO

¿No te vas tú adonde eres digno, ó mandas ser tú curado, hombre loquísimo?

PLUMERO

Nunca ¡por Pólux! alcanzará de mí persona alguna que no cuente al punto á tu mujer toda la cosa, tal como ha sido hecha. Todas estas ofensas recaerán sobre ti. Yo haré que no hayas comido impune esa comida. (*Entra en casa del otro Menecmo.*)

MENECSMO

¿Qué negocio es este? ¿acaso, cuando veo á cualquiera, se me burlan así? (*Mirando á casa de Erotion.*) Pero ha rechinado la puerta.

ESCENA III

Una sierva, Menecmo Sosicles

LA SIERVA

Menecmo, dice Erotion que te agradecerá mucho que lleves esto ahora al mismo tiempo al aurífice, y que añadas á éste una onza de peso de oro, y mandes que sea rehecho un brazaletes nuevo.

MENECSMO

Dile que yo cuidaré tanto de eso como de otra cosa, si de algo quiere que se cuide, cualquiera cosa que quiera.

LA SIERVA

¿Sabes qué brazaletes es éste?

MENECSMO

No sé sino que es de oro.

LA SIERVA

Este es el que en otro tiempo dijiste que habías quitado tú á escondidas á tu mujer del armario.

MENECSMO

Nunca ha sido hecho eso ¡por Hércules!

LA SIERVA

Dime, te ruego, ¿acaso no te acuerdas? Devuélveme, pues, el brazaletes, si no te acuerdas.

MENECSMO

Espera; antes bien, me acuerdo, en verdad; seguramente es éste el que le di.

LA SIERVA

Éste.

MENECMO

¿Dónde están aquellas pulseras que le di al mismo tiempo?

LA SIERVA

Nunca se las has dado.

MENECMO

Pues ¡por Pólux! juntamente le di esto.

LA SIERVA

¿Le diré que cuidarás de eso?

MENECMO

Díselo: se cuidará. Yo haré que sean vueltos á traer á la vez tanto la bata como el brazalete.

LA SIERVA

Te lo agradeceré, Menecmo mío, dame unos pendientes de bolitas para las orejas, que se han de hacer con el peso de dos numos, para que te vea con gusto cuando vengas á nuestra casa.

MENECMO

Hágase. Trae el oro; yo daré el precio de la mano de obra.

LA SIERVA

Da, si puedes, de lo tuyo; yo te lo devolveré después.

MENECMO

Antes bien, trae de lo tuyo. Yo te devolveré después el doble.

LA SIERVA

No tengo.

MENECMO

Pues cuando tengas, dámelo tú entonces.

LA SIERVA

¿Me quieres algo?

MENECMO

Di que yo cuidaré de esas cosas (*aparte*) para que sean vendidas en lo que se pueda y en cuanto sea posible. (*Vase la sierva.*) ¿Se ha ido ya adentro? Se ha ido, ha cerrado la puerta. Ciertamente, todos los dioses me ayudan, me aumentan, me aman. Pero ¿por qué me detengo yo, mientras se me da ocasión y tiempo, en marcharme de estos lugares de lenocinio? Apresúrate, Menecmo, menea el pie, aprieta el paso. Voy á quitarme esta corona y arrojarla á mano izquierda, para que si algunos me siguen, crean que me he marchado por allí. Voy á ir y reunirme, si puedo, con mi esclavo, para que sepa por mí estos bienes que me dan los dioses. (*Vase por la derecha.*)

ACTO CUARTO

ESCENA I

La mujer de Menecmo el robado, Plumero

LA MUJER

¿He de sufrir yo estar aquí unida en matrimonio, cuando mi marido quita á escondidas todo lo que hay en casa y lo lleva á su amiga?

PLUMERO

¿Por qué no callas tú? Yo haré que lo sorprendas al punto de manifiesto; sígueme ahora por aquí. Ebrio, con una corona, llevaba de aquí al bordador la bata que te ha quitado

hoy de casa. Pero he aquí la corona que llevaba; ¿miento, pues? Mira, por aquí se ha ido, si quieres seguirle por sus huellas. Mas ¡por Pólux! hele aquí que vuelve á punto; pero no llevó la bata.

LA MUJER

¿Qué voy á hacer con él yo ahora?

PLUMERO

Lo mismo que siempre: trátale mal.

LA MUJER

Así pienso.

PLUMERO

Retirémonos allí; observa desde aquel escondite.

ESCENA II

Menecmo el robado, la mujer de éste, Plumero

MENECMO

(*Sin ver á su mujer ni á Plumero.*) ¡Cuán grandemente usamos de esta necia y muy molesta costumbre! ¡y cómo tienen tal costumbre cada uno de los que son más excelentes y más grandes! Todos quieren que haya muchos clientes para ellos; que sean buenos ó malos, no lo van buscando; se busca de qué modo tenga fama más la hacienda que no la fe de los clientes. Si es pobre y no malo, es tenido por malo; si es un rico malo, ese es tenido por cliente de provecho. Los que en parte alguna respetan ni las leyes, ni lo justo, ni lo bueno, tienen solícitos patronos. Niegan que se haya dado lo que se ha dado; llenos de pleitos, rapaces, varones fraudulentos, que tienen ganada la hacienda ó con la usura ó con los perjurios; su mente está en las querellas. Cuando se les dice el día del juicio, se dice al mismo tiempo á los patronos, con objeto de que éstos hablen por ellos, cualquiera cosa que hayan hecho mal, dilucidese el asunto ante

el pueblo ó en derecho ante el juez. Así, hoy me ha tenido extremadamente solícito cierto cliente, y no me ha estado permitido hacer cosa alguna que he querido; así me ha retenido, así me ha detenido. He defendido con batallas ante los ediles una causa con muchos y pésimos hechos; he propuesto condiciones torcidas, intrincadas; había dicho con mucho ya más, ya menos argumentación que era necesario, para que se hiciera una transacción. Y él ¿qué? ¿Qué? Ha dado fianza. Ni vi yo nunca á hombre alguno ser tenido más de manifiesto. Tres testigos acérrimos había para todos sus malos hechos. ¡Que todos los dioses le confundan (de tal modo me ha corrompido hoy este día), y á mí, ciertamente, que he mirado hoy con mis ojos una vez el foro! Me lia corrompido un día óptimo: he mandado que se preparase una comida; mi amiga me espera, lo sé. Cuando primeramente ha sido lícito, en seguida me he apresurado á marcharme del foro. Ahora está airada, creo, para mí. La aplacaré la bata que le he dado, la que he quitado hoy á mi mujer y he traído á la tal Erotion.

PLUMERO

(*A la mujer de Menecmo.*) ¿Qué dices?

LA MUJER

Que yo estoy casada con un mal marido.

PLUMERO

¿Oyes bastante lo que él dice?

LA MUJER

Bastante.

MENECMO

(*Mirando á casa de Erotion.*) Si soy discreto, iré de aquí adentro, donde sea bien para mí.

LA MUJER

(*Avanzando hacia él.*) Espera; más bien será mal. Ciertamente ¡por Cástor! te la has llevado para devolverla con usura.

PLUMERO

(*A Menecmo.*) Así se da.

LA MUJER

(*A Menecmo.*) ¿Creías poder hacer tú esas maldades á escondidas?

MENECMO

¿Qué negocio es este, mujer?

LA MUJER

¿A mí me lo preguntas?

MENECMO

(*Poniendo la mano encima á Plumero.*) ¿Quieres que se lo pregunte á éste?

PLUMERO

(*A Menecmo.*) ¡Quita de aquí las tocaduras! (*A la mujer.*) Prosigue tú.

MENECMO

(*A su mujer.*) ¿Por qué me estás triste?

LA MUJER

Preciso es que tú lo sepas.

PLUMERO

Lo sabe, pero disimula el malvado.

MENECMO

¿De qué negocio se trata?

LA MUJER

De la bata.

MENECMO

¿De la bata?

LA MUJER

Ciertamente, de la bata.

PLUMERO

(*A Menecmo.*) ¿De qué tienes pavor?

MENECMO

No tengo pavor de nada.

PLUMERO

Sino de una cosa: la bata infunde palidez (1). ¡Si tú no hubieras comido el almuerzo á escondidas de mí! (*A la mujer.*) Prosigue contra tu marido.

MENECMO

(*Bajo.*) ¿No callas?

PLUMERO

No callo, en verdad, ¡por Hércules! (*A la mujer.*) Me hace señas, para que no hable, con la cabeza.

MENECMO

Yo no te hago para nada en modo alguno señas con la cabeza, ni con los ojos, ciertamente, ¡por Hércules!

LA MUJER

¡Mujer mísera yo, verdaderamente, ¡por Cástor!

MENECMO

Explicame en qué eres tú mísera.

(1) *Pallam pallorem incutit*. Hay aquí un juego de palabras intraducible, basado en la paronomasia entre *pallam* y *pallorem*.—*N. del T.*

PLUMERO

(A la mujer.) Nada más audaz que éste, que niega rotundamente lo que ves.

MENECMO

Por Júpiter y todos los dioses juro, mujer (¿es bastante esto para ti?), no haber hecho señas con la cabeza yo á éste.

PLUMERO

Te cree ya respecto de eso; vuelve allí.

MENECMO

¿Adónde he de volver yo?

PLUMERO

A casa del bordador, creo, ciertamente; anda, vuelve á traer la bata.

MENECMO

¿Qué bata es esa?

LA MUJER

Callo ya, cuando éste no recuerda su hazaña.

MENECMO

¿Acaso alguno de los esclavos ha delinquido? ¿acaso las siervas ó los esclavos te replican? habla. No será impunemente.

PLUMERO

Dices tonterías.

MENECMO

(A su mujer.) Estás muy triste. No me place bastante eso.

PLUMERO

Dices tonterías.

MENECCO

(*A su mujer.*) ¿Estás irritada contra alguno de los demás de la casa?

PLUMERO

Dices tonterías.

MENECCO

(*A su mujer.*) ¿Estás, pues, irritada acaso contra mí?

PLUMERO

Ahora no dices tú tonterías.

MENECCO

No he delinquido en cosa alguna, ¡por Pólux!

PLUMERO

¡Ay! ahora dices otra vez tonterías.

MENECCO

(*A su mujer.*) Di, esposa mía, ¿de qué te afliges?

PLUMERO

(*A la mujer.*) Te halaga el galán.

MENECCO

¿Puedes hacer que no me seas molesto? ¿me dirijo á ti acaso?

LA MUJER

(*A su marido, que quiere acariciarla.*) Quitla la mano.

PLUMERO

Así se da. Apresúrate, ausente yo, á comer el almuerzo; después, ebrio, con una corona, búrlate de mí delante de la casa.

MENECMO

¡Por Pólux! ni yo he almorzado, ni he metido el pie hoy ahí dentro.

PLUMERO

¿Lo niegas tú?

MENECMO

Lo niego, en verdad, ¡por Hércules!

PLUMERO

Nada más audaz que este hombre. ¿No te he visto yo poco ha estar ahí delante de esa casa (*señalando la de Erotion*), con una corona de flores, cuando negabas haber para mí una cabeza sana, y negabas conocerme? Decías ser tú un peregrino.

MENECMO

Pero si, desde que hace rato me he separado de ti, vuelvo ahora solamente á casa.

PLUMERO

Te conozco yo. ¿Creías no haber para mí con qué vengarme de ti? Todo se lo he dicho á tu mujer.

MENECMO

¿Qué le has dicho?

PLUMERO

No lo sé: pregúntaselo tú mismo á ella.

MENECMO

¿Qué es ello, esposa? ¿qué te ha contado éste? ¿Qué es eso? ¿Por qué callas? ¿por qué no dices qué sea?

LA MUJER

¿A mí me lo preguntas, como si tú no lo supieras?

MENECMO

¡Por Pólux! si lo supiera, no te lo preguntaría.

PLUMERO

¡Oh hombre malo! ¡Cómo disimula! No puedes ocultarlo; conoce perfectamente la cosa; se lo he dicho yo todo, ¡por Hércules!

MENECMO

¿Qué es ello?

LA MUJER

Cuando nada te da vergüenza, y no quieres de tu voluntad confesar tú mismo, oye y acércate; y yo haré que sepas por qué esté yo triste, y qué me haya dicho éste. Me ha sido robada de casa una bata.

MENECMO

¿Me ha sido robada una bata?

PLUMERO

(*A la mujer.*) ¿No ves cómo hace preguntas capciosas el malvado? (*A Menecmo.*) Ha sido robada á ésta, no á ti; porque, ciertamente, si hubiera sido robada á ti, estaría salva ahora.

MENECMO

Nada hay para mí contigo. (*A su mujer.*) Pero ¿qué dices tú?

LA MUJER

Una bata, digo, se ha perdido de casa.

MENECMO

¿Quién la ha robado?

LA MUJER

¡Por Pólux! el que se la ha llevado lo sabe.

MENECMO

¿Quién es ese hombre?

LA MUJER

Un tal Menecmo.

MENECMO

¡Por Pólux! mal hecho. ¿Quién es ese Menecmo?

LA MUJER

Tú mismo, digo.

MENECMO

¿Yo?

LA MUJER

¡Tú!

MENECMO

¿Quién me acusa?

LA MUJER

Yo misma.

PLUMERO

Y yo. Y se la has llevado á esa Erotion amiga tuya.

MENECMO

¿Yo se la he dado?

PLUMERO

Tú, tú mismo, digo. ¿Quieres acaso que se traiga una lechuga, que te diga continuamente «Tú, tú»? porque nosotros ya estamos cansados.

MENECMO

Por Júpiter y todos los dioses juro, mujer (¿no es esto bastante para tí?), no habérsela dado.

PLUMERO

Pues nosotros, en verdad ¡por Hércules! que no decimos una cosa falsa.

MENECCMO

Pero yo no la he regalado, sino que la he dado así para ser usada.

LA MUJER

Ciertamente, ¡por Cástor! ni tu clámide ni tu capa doy fuera á persona alguna para que los use. Lo justo es dar la mujer fuera la vestimenta mujeril, el varón la varonil. ¿Por qué no vuelves á traer la bata á casa?

MENECCMO

Yo haré que se vuelva á traer.

LA MUJER

Con arreglo á tu interés, según opino, habrás hecho; porque nunca entrarás en casa si no traes la bata juntamente. Me voy á casa.

PLUMERO

¿Qué ha de haber para mí, que te he prestado este servicio?

LA MUJER

Será devuelto el servicio cuando se te haya robado algo de casa. (*Vase.*)

PLUMERO

Nunca será eso, ciertamente, ¡por Pólux! porque nada que pierda hay en casa. ¡Que los dioses os confundan, tanto al marido como á la mujer! Voy á ir de prisa á la plaza, porque entiendo haber sido echado yo claramente de esta familia. (*Vase.*)

MENECCMO

Cree mi mujer haberlo hecho ella mal para mí cuando me ha rechazado fuera, como si no tuviera yo otro mejor

lugar en donde sea introducido. Si te desplazco, hay que padecerlo; pero habré placido á esa Erotion, que no me rechazará de sí, sino que me encerrará en su casa junto á sí. Ahora voy á ir; le rogaré, para que me devuelva la bata que le di hace poco. Le compraré otra mejor. (*Toca á la puerta.*) ¡Hola! ¿hay aquí algún portero? Abrid, y haced salir alguno á Erotion ante la puerta.

ESCENA III

Erotion, Menecmo el robado

EROTION

¿Quién me busca aquí?

MENECMO

Uno más enemigo para sí que para tu vida.

EROTION

Menecmo mío, ¿por qué permaneces ante la casa? Sígueme adentro.

MENECMO

Espera. ¿Sabes por qué es por lo que vengo yo á ti?

EROTION

Lo sé: para que haya para ti placer cerca de mí.

MENECMO

Antes bien, ¡por Pólux! esa bata que te he dado hace poco, te lo estimaré, devuélvemela; mi mujer ha sabido toda la cosa, por su orden, como se ha hecho. Yo te compraré una bata de dos veces tanto más precio, la que quieras.

EROTION

Ciertamente, te la he dado, para que la llevases al bor-

dador, poco antes; y aquel brazalete, para que lo llevases al aurífice, para que fuera hecho nuevo.

MENECMO

¿Que me hayas dado tú la bata y un brazalete? Nunca hallarás hecho eso. Porque, ciertamente, yo, después que te la di hace poco y me fuí al foro, vuelvo ahora, ahora te veo después de aquello.

EROTION

Veo de qué cosa tratas: como te he encargado de eso, buscas con ansia, para que me defraudes, camino para ese negocio.

MENECMO

¡Por Pólux! no pido por causa de defraudarte. Antes bien, te digo haberlo sabido mi mujer.

EROTION

No te he pedido de mi propio impulso que me la dieras; tú la has traído á mí espontáneamente. Me la has dado de regalo; ahora vuelves á pedírmela. Lo padeceré, tenla para ti, llévatela, úsala, ó tú ó tu mujer, ó aun metéosla en los ojos. Tú no dirigirás el pie aquí dentro después de este día, no estés en un engaño, puesto que tú me tienes en menosprecio á mí que merezco bien de ti. A no ser que traigas dinero, no puedes estar llevándome engañadamente. Después de esto halla otra á la que tú tengas para engaño. (*Hace ademán de marcharse.*)

MENECMO

(*Deteniéndola.*) Procedes con demasiada iracundia, ¡por Hércules! Oye tú por último, te digo, espera, vuelve.

EROTION

¿Aún estás ahí? ¿aún pretendes volver á mi gracia? (*Vase.*)

MENECMO

Se ha ido adentro, ha cerrado la casa. Ahora, yo estoy

rechazadísimo: ni en casa ni cerca de mi amiga se me cree ya cosa alguna. Voy á ir y consultar este asunto á los amigos, qué crean que debe hacerse.

ACTO QUINTO

ESCENA I

Menecmo Sosicles, la mujer de su hermano

MENECMO

Demasiado neciamente he obrado hace poco, cuando he confiado á Mesenion la bolsa con el dinero. Se ha metido en alguna parte, creo, en un burdel.

LA MUJER

(Saliendo de su casa.) Voy á ir á ver cuán pronto vuelva á casa mi marido. *(Viendo á Menecmo, que lleva la bata.)* Pero he aquí que le veo. Estoy salvada: vuelve á traer la bata.

MENECMO

No puedo atinar dónde ande ahora Mesenion.

LA MUJER

(Aparte.) Voy á acercarme, y recibir á este hombre con las palabras que merece. *(Alto.)* ¿No te da vergüenza presentarte ante mi vista, perdición de hombre, con ese atavío?

MENECMO

¿Qué es eso? ¿qué cosa te agita, mujer?

LA MUJER

¿Aún osas, impudente, chistar una palabra, y hablar conmigo?

MENECSMO

¿Qué delito he cometido, en fin, contra ti, para que no ose hablarte?

LA MUJER

¿Eso me preguntas? ¡oh qué impudente audacia la de este hombre!

MENECSMO

¿No sabes tú, mujer, por qué decían los griegos que Hécuba era perra?

LA MUJER

No sé, ciertamente.

MENECSMO

Porque Hécuba hacía lo mismo que tú haces ahora: decía todas las cosas malas á cualquiera que había visto; y, así, por eso se empezó á que fuera llamada perra (1).

LA MUJER

No puedo yo sufrir estas infamias; más querría, en efecto, ser yo viuda toda la vida, que sufrir esas infamias tuyas, las que tú haces.

MENECSMO

¿Qué me importa á mí eso, que tú puedas sufrir estar tú casada, ó que te hayas de separar de tu marido? ¿Acaso es aquí así la costumbre, para que cuenten historias al que viene de viaje?

(1) Hécuba, esposa del rey de Troya Priamo, fué hecha prisionera, después de la toma de la ciudad, por los griegos, á los que llenó de injurias durante su cautiverio. Según la fábula, fué por ello convertida en perra.—*N. del T.*

LA MUJER

¿Qué historias? No, digo, lo sufriré de aquí adelante; antes bien viviré viuda, que toleraré tus costumbres.

MENECSMO

¡Por Hércules! por mi parte, vive, ciertamente, viuda, aunque sea mientras tanto tenga Júpiter su reino.

LA MUJER

(*Señalando la bata.*) Y me negabas hace poco haberla tú robado; ahora tienes la misma ante mis ojos. ¿No te da vergüenza?

MENECSMO

¡Oh mujer! ¡por Hércules! muy audaz y mala eres. ¿Osas tú decir que te ha sido robada esta bata, cuando me la ha dado otra mujer para que la diera á reformar?

LA MUJER

Ciertamente, ¡por Cástor! voy á hacer venir ahora aquí á mi padre y contarle las infamias tuyas que haces. (*Llamando á un esclavo.*) Ve, Deción, busca á mi padre, para que venga á mí juntamente contigo; dile que la cosa es así. (*A Menecmo.*) Ya descubriré yo esas infamias tuyas.

MENECSMO

¿Estás en tu sano juicio? ¿qué infamias mías?

LA MUJER

Cómo hurtas de casa á tu esposa mi bata y mi oro, y lo llevas á tu amiga. ¿Hablo bastante rectamente estas cosas?

MENECSMO

¡Por Hércules! te lo ruego, mujer, si lo sabes, indícame qué haya de beber con que pueda sufrir tu insolencia. No

sé qué hombre crees tú que soy yo; yo te conozco á ti juntamente con Partaón (1).

LA MUJER

Si de mí te burlas, á lo menos ¡por Pólux! no puedes burlarte de ese, de mi padre, que viene aquí. ¿Por qué no miras? ¿Le conoces tú?

MENEEMO

Le conozco juntamente con Calcas (2); el mismo día le vi á él que á ti antes del día este.

LA MUJER

¿Niegas conocerme á mí? ¿Niegas conocer á mi padre?

MENEEMO

¡Por Hércules! lo mismo diré si quieres traer á tu abuelo.

LA MUJER

¡Por Cástor! tratas igual esto que las otras cosas.

ESCENA II

Un viejo, la mujer de Menecmo el robado,
Menecmo Sosicles

EL VIEJO

(*Aparte.*) Según es mi edad, y según hay precisión de este hecho, llevaré adelante el paso, me apresuraré á avanzar; pero no estoy engañado acerca de cuán fácil sea eso para mí; en efecto, la agilidad me abandona; estoy agobiado por la vejez; arrastro un cuerpo pesado; las fuerzas me han

(1) Padre de Eneo, rey de Etolia, que fué padre de Deyanira, la esposa de Hércules.

(2) Adivino griego, que tomó parte en la expedición contra Troya.—*Ns. del T.*

dejado. ¡Qué mala mercancía es para la espalda una mala edad! porque trae muchas cosas pésimas, cuando viene; si dijera todas las cuales, sería mi discurso demasiado largo. Pero para mí hay en el pecho y el corazón esta cosa de cuidado: qué negocio sea éste, que mi hija así me ha solicitado de repente, para que fuese á ella, y no me hace más cierto qué sea ello, qué quiera, por qué me haga venir. Pero, poco más ó menos, ya sé qué cosa sea: creo habrá surgido alguna pendencia con su marido. Así suelen éstas que, confiadas en su dote, pretenden, orgullosas, que las obedezcan sus maridos. Y ellos también no están libres con frecuencia de culpa; pero hay una medida, sin embargo, que conviene tolere la mujer, y nunca ¡por Pólux! hace una hija venir á sí á su padre, si no es por causa ó de algún delito ó de alguna riña. Pero, cualquiera cosa que ello sea, ya lo sabré; y he aquí que la veo á ella misma delante de la casa, y, triste, al marido de ella. Es eso, lo que sospechaba. Voy á dirigirme á ella.

LA MUJER

Voy á ir á su encuentro. Mucha salud tengas, padre mío.

EL VIEJO

Que estés con salud. ¿Vengo saludablemente? ¿con salud mandas que sea hecho venir? ¿Por qué estás tú triste? ¿y por qué él se ha apartado airado de ti? No sé por qué vosotros habéis reñido entre vosotros dos. Di en pocas palabras cuál de los dos habéis merecido culpa; no largos discursos.

LA MUJER

En ninguna parte, ciertamente, he delinquido en cosa alguna; esto te declaro en primer término, padre; pero no puedo vivir aquí, ni tener paciencia en modo alguno; así que quiero que tú me lleses de aquí.

EL VIEJO

¿Qué es ello, pues?

LA MUJER

Soy tenuta como juguete, padre.

EL VIEJO

¿Por quién?

LA MUJER

Por aquel á quien me confiaste por mi marido.

EL VIEJO

¡He aquí, pues, una pendencia! ¿Cuántas veces te he dicho, finalmente, para que tuvieras cuidado, que ni uno ni otro fueseis á mí con una queja?

LA MUJER

¿Cómo puedo yo, padre mío, tener cuidado de eso?

EL VIEJO

¿A mí me lo preguntas?

LA MUJER

Si no es que no quieres.

EL VIEJO

¿Cuántas veces te he enseñado, para que sigas el genio á tu marido, que no observes lo que él haga, adónde vaya, de qué cosas se ocupe?

LA MUJER

Pero si él ama á una meretriz de aquí cerca...

EL VIEJO

Sanamente sabe, y yo querría que, por esa diligencia tuya, la amase todavía más.

LA MUJER

...y allí bebe.

EL VIEJO

¿Ha de beber él menos, ciertamente, por causa tuya, ya

allí, ya en otra parte que le plazca? ¿Qué impudencia es esta, diablo? Trata de prohibir de una vez, para que no prometa ir á una cena, y no reciba á persona alguna extraña en tu casa. ¿Pretendes que los maridos sean para ti unos esclavos? Trata de una vez de darles un copo, mándales sentarse entre tus siervas, cardar lana.

LA MUJER

Ciertamente, padre, no te he traído como abogado para mí, sino para mi marido. Estás aquí, defiendes la causa allí.

EL VIEJO

Si él hubiere delinquido en algo, le acusaré con mucho tanto como te he acusado, más. Cuando te tiene bien alhajada y vestida, y te suministra rectamente siervas y provisiones, lo mejor es, mujer, gastar buen humor.

LA MUJER

Pero él me hurta ahora las alhajas y los vestidos de las arcas, me despoja, lleva á escondidas de mí á las meretrices mis adornos.

EL VIEJO

Mal hace, si eso hace; si no lo hace, haces mal tú, que acusas á un inocente.

LA MUJER

Pero si todavía ahora tiene la bata, padre, y el brazalete que había llevado á esa; ahora, como lo he sabido, vuelve á traerlos.

EL VIEJO

Ahora sabré yo por él cómo es el hecho; iré al hombre y le hablaré. (*A Menecmo.*) Dime esto, Menecmo, para que sepa yo por qué estáis vosotros disputando: ¿por qué estás tú triste? ¿y por qué privas de ti, irritada, á esa?

MENECSMO

Quienquiera que seas, cualquiera nombre que haya para ti, viejo, doy por testigo al sumo Júpiter y á los dioses...

EL VIEJO

¿Acerca de qué cosa, ó de qué cosa de todas las cosas?

MENECCMO

...de no haber hecho yo mal á esa mujer, que me acusa de haber robado á ella en casa esta bata, y jura habérmela yo llevado. Si yo he metido alguna vez el pie dentro de la casa de ella, donde habita, deseo que sea hecho yo el más mísero de todos los hombres míseros.

EL VIEJO

¿Estás en tu sano juicio, para que desees eso, y niegues haber introducido tú alguna vez el pie en esa casa, donde habitas, loquísimo?

MENECCMO

¿Dices tú, viejo, que habito yo en esa casa?

EL VIEJO

¿Lo niegas tú?

MENECCMO

Lo niego, en verdad, ¡por Hércules!

LA MUJER

Demasiado impudentemente niegas eso, si no es que te has mudado esta noche á alguna parte.

EL VIEJO

(*A su hija.*) Retírate por ahí, si quieres, hija. (*A Menecmo.*) ¿Qué dices tú? ¿te has mudado de aquí acaso?

MENECCMO

¿A qué lugar, y por qué causa, dime, te ruego?

EL VIEJO

No lo sé, ¡por Pólux!

LA MUJER

Verdaderamente, éste se te burla.

EL VIEJO

¿No te contienen tú? (*A Menecmo.*) Ya te has chanceado bastante, en verdad, Menecmo; ahora, trata de este asunto.

MENECMO

¿Qué hay para mí contigo, pregunto? ¿De dónde y qué hombre eres tú? ¿Qué te he hecho yo, ó, ciertamente, á esa, que me es molesta de cualquier modo?

LA MUJER

(*A su padre.*) ¿No ves tú que le verdean los ojos? ¡Cómo brota un color verde de sus sienes y de su frente! ¡cómo centellean sus ojos! ¡mirá!

MENECMO

(*Aparte.*) ¡Ay de mí! dicen que yo estoy loco, cuando, al contrario, están locos ellos mismos.

LA MUJER

¡Cómo bosteza desperezándose! ¿Qué he de hacer ahora, padre mío?

EL VIEJO

Retírate aquí, hija mía, cuan lejísimo puedas de él.

MENECMO

(*Aparte.*) ¿Qué hay mejor para mí, cuando ellos dicen que yo estoy loco, que el que yo simule que yo estoy loco, para que les espante de mí? (*Alto.*) ¡Evoé! ¡oh Evio! ¡oh Bromio! (1) ¿para qué me llamas á cazar en la selva? Te oigo; pero no puedo irme de estas regiones; de tal modo me custodia por la izquierda esa hembra rabiosa como una perra;

(1) Gritos que proferian las bacantes, poseídas del furor orgiástico. Evio y Bromio eran sobrenombres de Baco.—*N. del T.*

y, después, aquel otro chivo, que frecuentemente ha perdido en su vida á un ciudadano inocente con un falso testimonio.

EL VIEJO

¡Ay de tu cabeza!

MENECMO

He aquí que Apolo me manda desde su oráculo que le quemé yo los ojos con antorchas ardientes.

LA MUJER

¡Muerta soy, padre mío! amenaza quemarme los ojos.

EL VIEJO

Oye, hija.

LA MUJER

¿Qué hay? ¿qué hacemos?

EL VIEJO

¿Qué, si yo llamo aquí á los esclavos? Voy á ir, á traer quienes se lleven á éste de aquí, y le aten en casa, antes que haga algo más de perturbaciones.

MENECMO

(Aparte.) Verdaderamente, si no hallo para mí algún arbitrio, van á llevárame éstos á su casa. *(Alto.)* ¿Me vedas abstenerme cosa alguna de puñadas en el rostro de ésta, á no ser que se vaya inmediatamente de mis ojos á una mala gran horca? Haré lo que mandas, Apolo.

EL VIEJO

(A su hija.) Huye á casa cuan de prisa es posible, no te chafe éste.

LA MUJER

Huyo. Por favor, vigílate, padre mío, no se vaya de aquí á alguna parte. ¿No soy una mujer mísera yo, que oigo estas cosas?

MENECCMO

(*Aparte.*) No la he movido mal de mí; ahora, á este impurísimo, barbudo, tembloroso Titón (1), descendiente del padre Cigno (2). (*Alto.*) ¿Me mandas de tal modo que quebrante yo los miembros y los huesos y las articulaciones de éste con ese bastón que tiene él mismo?

EL VIEJO

Se te dará mal, ciertamente, si me tocares, ó si te llegares á mí más de cerca.

MENECCMO

(*Afectando seguir dirigiéndose á Apolo.*) Haré lo que mandas; cogeré un hacha de dos cabezas, y deshuesaré á este viejo; después le sacaré las entrañas á pedazos.

EL VIEJO

Verdaderamente, se ha de precaver eso por mí y poner todo cuidado; mucho le temo yo, según amenaza, no me haga algún mal.

MENECCMO

¡Muchas cosas me mandas, Apolo! Ahora me ordenas coger uncidos los indómitos, feroces caballos, y subir al carro, para que yo aplaste á este león viejo, oliente, desdentado. Ya me he puesto en el carro; ya tengo las correas; ya está el látigo en mi mano. ¡Andad, caballos! ¡haced que aparezcan los sonidos de vuestros cascos con la acelerada carrera! ¡haced que sea desplegada la ligereza de vuestros pies!

EL VIEJO

¿Con caballos uncidos me amenazas?

(1) Hijo de Laomedonte y hermano de Priamo. Habiendo pedido á Júpiter ser inmortal, no le pidió al mismo tiempo no envejecer, por lo que llegó á tan extrema vejez, que quedó como proverbial entre los griegos.

(2) Juego de palabras. Cigno (*Cygnus*, cisne) fué un rey de Liguria, que quedó transformado en cisne por Júpiter (*). Plauto alude á los caballos blancos del viejo al decir que desciende del padre Cisne.—*Notas del Traductor.*

(*) Es éste uno de tantos casos de formación de un mito á base de un nombre.

MENECMO

He aquí que, Apolo, de nuevo me ordenas hacer ímpetu en ese que está ahí, y matarle. Pero ¿quién es este que me ha derribado de ahí del carro por el cabello? Muda tu mandato y el dicho de Apolo.

EL VIEJO

¡Oh! acerba y dura enfermedad ¡por Hércules! ¡Dioses, vuestro auxilio! Y ¡cuán bueno ha estado poco antes este que está loco! ¡Tan grande enfermedad le ha atacado de repente! Voy á ir y hacer venir al médico ahora, cuan pronto sea posible. (*Vase.*)

ESCENA III

Menecmo Sosicles, el viejo

MENECMO

(*A los espectadores.*) ¿Ya se han ido de mi vista, preguntado, esos, que me obligan por fuerza para que, válido, esté loco? ¿Qué me detengo en ir á la nave, mientras se puede á salvo? Y os suplico á todos, si volviere á venir el viejo, que no me señaléis, diciéndole por qué calle haya huido de aquí. (*Vase.*)

EL VIEJO

(*Volviendo.*) Me duelen los riñones de estar sentado, los ojos de mirar, esperando al médico, hasta que vuelva á casa de la visita (1). Con trabajo ha venido al fin el odioso de sus

(1) Realmente, no ha habido tiempo suficiente para que tenga lugar esa larga espera del viejo, que acaba de marcharse. Esta inverosimilitud, que excede de la licencia concedida á los autores en el teatro, ha hecho pensar que habria aquí, en el texto primitivo, un entreacto, ó alguna escena, que se acostumbraria, tal vez, suprimir en la representación, para acortar la duración de la pieza, una de las más largas de Plauto, como se hace, con frecuencia, en el teatro moderno. Ayuda á esta suposición el que, en unos manuscritos, el parlamento anterior de Menecmo y este del viejo constituyen entre ambos una escena, mientras, en otros, como nosotros lo ponemos, va aquél como final de la escena segunda, y éste forma por sí solo la tercera: según el parecer de los copistas al hacer esa probable abreviación del texto integro.—*Nota del Traductor.*

enfermos. Dice haber ofrecido él una pierna rota á Esculapio y un brazo á Apolo. Ahora pienso si diga traer yo un médico ó un artífice. Pero hele aquí que se acerca, trae un paso de hormiga.

ESCENA IV

Un médico, el viejo

EL MÉDICO

¿Qué mal habías dicho que él tenía? explícate, viejo. ¿Poseído acaso por las larvas (1). ó por Ceres? haz que yo lo sepa. ¿Le domina acaso un letargo, ó un agua intercutánea? (2).

EL VIEJO

Precisamente te traigo por esa causa, para que me lo digas, y para que le pongas sano.

EL MÉDICO

Eso es muy fácil, ciertamente. Sano ha de estar, yo lo prometo, á fe mía.

EL VIEJO

Yo quiero que él sea curado con gran cuidado.

EL MÉDICO

Ciertamente, respiraré más de seiscientas veces al día; de tal modo te lo curaré yo con gran aflicción. (3).

(1) Almas en pena.

(2) Hidropesía.

(3) Juego de palabras basado en las distintas acepciones de las palabras *cura* y *suspirare*. La primera puede significar *cuidado* y *aflicción*, y la segunda *suspirar* y *respirar*. El viejo recomienda al médico que cure á Menecmo *magna cura* (con gran cuidado), y él contesta que le curará, en efecto, *magna cura* (con gran aflicción), puesto que ha de suspirar (respirar) más de seiscientas veces al día, o sea las que normalmente se respira.

Estas sutilezas de lenguaje, tan frecuentes en Plauto, constituyen

EL VIEJO

Pues he aquí al hombre mismo.

EL MÉDICO

Observemos qué cosa haga.

ESCENA V

Menecmo el robado, el viejo, el médico

MENECCMO

(*Sin ver al viejo y al médico.*) ¡Por Pólux! perverso y adverso se me ha ofrecido, ciertamente, este día: el parásito ha puesto á la vista todo lo que he creído hacer yo á escondidas, el cual me ha llenado de vergüenza y de temor; Ulises mío, que tanto de mal ha provocado á su rey (1). Hombre al que yo, ciertamente, si vivo, privaré de su vida. Pero soy un necio yo, que digo ser de él la que es mía: con mi comida y gasto está criado. Yo privaré á ese hombre de su alma. Pues esa meretriz ha hecho condignamente con lo

una belleza tan grande ó más que la *vis cómica* de muchos caracteres y situaciones en su teatro, del que no se ha visto de ordinario sino las chocarrerías é indecencias. Ningún otro poeta ni prosista latino demostró en sus obras un dominio igual de la lengua, por lo que su diccionario es, sin disputa, el más rico de todos. Ahora bien: muchas de esas sutilezas, de esos delicados matices, tienen que desaparecer forzosamente en una traducción, por literal que sea, al castellano ó á cualquiera de las lenguas modernas (excepto, tal vez, al alemán), porque éstas carecen de la variadisima gama de expresión que tenían las clásicas (el latín, más el griego, y todavía más el sánscrito). Y si esto pasa con una traducción verdaderamente literal, como la que nosotros tratamos de ofrecer, calcúlese lo que ocurrirá con una de esas llamadas traducciones libres (que, en realidad, no son otra cosa que *arreglos*, más ó menos discretamente hechos, y así es como debieran llamarse), en que, so color de acomodarse al genio de la lengua á que se hace la versión, y de conseguir que ésta resulte *literaria*, se traduce, cuando mucho, el *pensamiento* del autor, nunca la *expresión de ese pensamiento* hecha por él mismo, que es la misión del traductor, pues lo otro es, precisamente, lo personal, lo privativo del autor, su terreno vedado.

(1) Es difícil determinar el sentido de esta alusión de Plauto. Como es sabido, Ulises, rey de Itaca, tomó parte en la expedición contra Troya, mandada por Agamenón, rey de Micenas.—*Ns. del T.*

que es costumbre de meretrices: porque le pido la bata, para que sea vuelta á llevar de nuevo á mi mujer, dice habérmela dado ella. ¡Oh, por Pólux, ciertamente, vivo yo siendo un hombre mísero!

EL VIEJO

(*Al médico.*) ¿No oyes lo que dice?

EL MÉDICO

Se dice mísero.

EL VIEJO

Quisiera yo que te acercases.

EL MÉDICO

Con salud estés, Menecmo. ¿Por qué, pregunto, extiendes tanto el brazo? No sabes tú cuánto de mal hagas ahora á esa enfermedad tuya.

MENECMO

¿Por qué no te cuelgas tú?

EL MÉDICO

¿Qué sientes?

MENECMO

¿Qué nõ sentiré?

EL MÉDICO

(*Al viejo.*) No puede lograrse este asunto con una yugada de eléboro (1). Pero ¿qué dices, Menecmo?

MENECMO

¿Qué quieres?

EL MÉDICO

Dime esto que te pregunto: ¿bebes vino blanco, ó negro?

(1) Hierba á la que se atribuía la virtud de curar la locura.—*N. del T.*

MENECCO

¿Por qué no te vas tú á una mala horca?

EL MÉDICO

¡Por Hércules! ya va empezando á estar loco primeramente.

MENECCO

¿Por qué no me preguntas si suela yo comer pan purpúreo, ó rojo, ó amarillo? ¿si suela comer aves con escamas, peces con plumas?

EL VIEJO

(*Al médico.*) ¡Oh! ¿no oyes tú cómo habla delirios? ¿Qué te detienes en darle algo de una poción, antes que se le haya apoderado la locura?

EL MÉDICO

Espera ahora. He de preguntarle todavía.

EL VIEJO

Me matas con otra parla.

EL MÉDICO

(*A Menecmo.*) Dime esto: ¿suelen ponérsete duros alguna vez los ojos?

MENECCO

¿Qué? ¿crees tú ser yo una langosta, hombre poltronísimo?

EL MÉDICO

Dime: ¿te suenan acaso alguna vez los intestinos, que sientas?

MENECCO

Cuando estoy harto, ningunos hacen ruido; cuando tengo hambre, entonces suenan.

EL MÉDICO

(*Al viejo.*) ¡Por Pólux! ciertamente, no me ha respondido esa palabra como loco. (*A Menecmo.*) ¿Duermes seguido hasta el día? ¿te duermes fácilmente estando acostado?

MENECSMO

Duermo seguido si he pagado su dinero á quien debo. ¡Ojalá Júpiter y todos los dioses te confundan, preguntón!

EL MÉDICO

(*Al viejo.*) Este hombre va empezando ahora á estar loco. (*A Menecmo.*) Guárdate de esas palabras.

EL VIEJO

Antes bien, está ahora, ciertamente, más moderado de palabras en comparación de lo que hace poco estuvo. Porque hace poco decía ser su mujer una perra rabiosa.

MENECSMO

¿Qué he dicho yo?

EL VIEJO

Estás loco, digo.

MENECSMO

¿Yo?

EL VIEJO

Tú mismo, que también me has amenazado con aplastarme con cuatro caballos uncidos. Yo mismo te he visto hacer esas cosas; yo mismo te convenzo de ellas.

MENECSMO

Pues yo sé haber robado tú la sagrada corona de Júpiter (1); y sé haber estado tú preso en la cárcel por esa causa;

(1) Los triunfadores ofrecían á Júpiter Capitolino una corona de oro. Los aliados y los súbditos de Roma le enviaban también una corona de oro, en señal de reconocimiento y sumisión.—*N. del T.*

y sé haber sido tú herido con las vergas bajo la horca, después que fuiste soltado; sé también, además, haber muerto tú á tu padre y vendido á tu madre. ¿No respondo bastante como cuerdo estos malos dichos á tus malos dichos?

EL VIEJO

Te lo ruego, ¡por Hércules! médico, haz pronto lo que has de hacer. ¿No ves á este hombre estar loco?

EL MÉDICO

¿Sabes qué hagas lo mejor? haz que sea llevado á mi casa.

EL VIEJO

¿Lo crees así?

EL MÉDICO

¿Por qué no? allí podré curar á este hombre á mi arbitrio.

EL VIEJO

Obra como te plazca.

EL MÉDICO

(*A Menecmo.*) Haré que bebas eléboro unos veinte días.

MENECCO

Pues yo te picaré colgado con unas agujadas durante treinta días.

EL MÉDICO

(*Al viejo.*) Ve, haz venir hombres que le lleven á mi casa.

EL VIEJO

¿Cuántos son bastante?

EL MÉDICO

Según como le veo estar loco, cuatro; nada menos.

EL VIEJO

Al instante estarán aquí. Tú vigílalo, médico.

EL MÉDICO

No, yo voy á ir á casa, para que se preparen las cosas que hay necesidad de que estén preparadas; tú manda á los esclavos que le lleven á mi casa.

EL VIEJO

Yo haré que esté allí en seguida.

EL MÉDICO

Me voy.

EL VIEJO

Vete bueno. (*Vanse, el uno por la derecha y el otro por la izquierda.*)

MENECCO

Se ha ido mi suegro, se ha ido el médico; ahora estoy solo. ¡Oh Júpiter! ¿qué es esto, que dicen estos hombres que estoy yo loco? Porque, ciertamente, desde que nací, nunca he estado enfermo un solo día. Ni yo estoy loco, ni yo armo peleas ni pependencias; veo sano sanos á los demás; reconozco á los hombres, les hablo. ¿Acaso los que falsamentè dicen que yo estoy loco están locos ellos mismos? ¿Qué voy á hacer yo ahora? Deseo ir á casa, pero mi mujer no me deja; y allí (*señalando la casa de Erotion*) nadie me admite. Demasiado malamente ha sucedido. Pues estaré aquí hasta la noche; por lo menos, creo, he de ser admitido en casa. (*Se aparta.*)

ESCENA VI

Mesenion, Menecmo el robado (aparte)

MESENIÓN

Para un buen esclavo, que procura por la hacienda del amo, ve, dispone y piensa, hay esta prueba, que, ausente

su amo, esté la hacienda del amo diligentemente defendida, como si él mismo estuviera, ó mejor. Para quien tiene el corazón honradamente colocado, conviene que sea antes la espalda que la boca, las piernas que el vientre. Que recuerde esto, qué premio se dé por sus amos á aquellos hombres malos, perezosos, que son de nada: azotes y grillos, trabajo en las muelas del molino, gran fatiga, hambre, frío duro. Estas son las recompensas de la desidia. Yo temo mucho á ese mal; por eso estoy decidido á tener bien más bien que mal. Mucho más fácilmente, en efecto, aguantaré palabras que palos; odio los palos, y mucho más á gusto como lo molido por otros que suministro á otros lo molido. Por eso me acomodo bien al mando de mi amo, y le sirvo tranquilamente; y esto me aprovecha. Que sean los demás tal como piensen ser ellos en este respecto; yo seré tal como conviene que yo sea. Como me valga del miedo, estaré libre de culpa, cuando esté prestamente para mi amo en todos los lugares. Los esclavos que carecen de culpa y temen, esos suelen ser los útiles á los amos; porque aquellos que nada temen, después que se ha merecido el mal, temen. Yo no temeré mucho: está cerca cuando mi amo otorgará el premio, porque obraré con diligencia. De esta manera sirvo, como entiendo ser en interés de mi espalda. Después que he colocado en la posada los bagajes y á los esclavos, tal como había ordenado, vengo á su encuentro. Ahora tocaré á la puerta, para que sepa que estoy yo aquí, y para que le saque salvo fuera de este bosque del daño. Pero temo, no venga tarde, librada la batalla.

ESCENA VII

El viejo, los lorarios, Menecmo el robado, Mesenion

EL VIEJO

(*A los cuatro esclavos lorarios que salen de su casa con él.*) Por los dioses y los hombres os digo que tengáis sabiamente en gran cuidado mi mandato, las cosas que he mandado y mando: haced al punto que ese hombre sea llevado en alto de aquí á casa del médico, si no tenéis vosotros en nada, ciertamente, vuestras piernas y costados. Guardaos de que alguno de vosotros tenga en una hilacha lo que él amenace. ¿Qué estáis parados? ¿qué dudáis? Ya ha debido

ser levantado en alto. Yo voy á ir al médico; allí estaré dispuesto, cuando vengáis. (*Vase.*)

MENECMO

¡Muerto soy! ¿Qué negocio es este? ¿por qué corren hacia mí estos hombres? pregunto. (*A los esclavos.*) ¿Qué queréis vosotros? ¿qué vais buscando? ¿por qué estáis á mi alrededor? ¿para qué me arrebatáis? ¿adónde me lleváis? ¡Perdido estoy! ¡Imploro vuestro auxilio, epidamnienses, socorredme, ciudadanos! ¿Por qué no me soltáis?

MESENIÓN

¡Oh dioses inmortales! ¿qué veo, pregunto, con mis ojos? No sé quiénes llevan en alto indignísimamente á mi amo.

MENECMO

¿Se atreve alguien á prestarme ayuda?

MESENIÓN

Yo, amo, atrevidísimamente. ¡Oh hazaña indigna y mala, ciudadanos epidamnios, ser arrebatado en la calle, á la luz del día, aquí en una ciudad en paz, mi amo, un hombre libre que ha venido á vosotros! (*A los esclavos.*) ¡Soltadle!

MENECMO

Ruégote, quienquiera que seas, que me des favor, y no dejes ser hecha en mí insignemente tanta injuria.

MESENIÓN

Antes bien, te daré favor, y te defenderé, y te socorreré cuidadosamente. Nunca toleraré que tú perezcas; más justo es que perezca yo. Saca un ojo, amo, te ruego, á ese que te tiene por el hombro; ya voy á hacer yo á éstos una siembra en la cara y sembrar puñadas. Con grandísimo mal vuestro, ¡por Hércules! lleváis hoy á éste. ¡Soltad!

MENECMO

Yo tengo un ojo á éste.

MESENIÓN

Haz que aparezca en su cabeza el lugar del ojo. ¡Malvados, rapaces, ladrones vosotros!

LOS LORARIOS

¡Somos perdidos! ¡perdón, por Hércules!

MESENIÓN

Soltad, pues.

MENECCMO

¿Por qué me tocáis? Cárdalos á puñadas.

MESENIÓN

Andad, id, huid de aquí á una mala horca. Toma todavía para ti; puesto que te retiras el último, vas á llevar este premio. Muy bien y á placer mío les he señalado las caras. ¡Por Pólux! amo, á tiempo, ciertamente, he venido ahora en tu ayuda.

MENECCMO

Pues que los dioses, joven, quienquiera que seas, lo hagan siempre bien para ti; porque, si no fuera por ti, de ningún modo viviría yo hoy al ocaso del sol.

MESENIÓN

En su consecuencia, ¡por Pólux! si obras rectamente, amo, has de manumitirme.

MENECCMO

¿Que te liberte yo?

MESENIÓN

Verdaderamente, amo, ya que te he preservado.

MENECCMO

¿Qué es eso? Joven, estás en un error.

MESENION

¿Qué? ¿estoy en un error?

MENECMO

Juro por el padre Júpiter que yo no soy tu amo.

MESENION

¿No callas?

MENECMO

No miento; ni un esclavo mío ha obrado nunca para mí tal cual tú.

MESENION

Así, pues, déjame, si niegas que soy tuyo, ir libre.

MENECMO

Por mi parte, sé, ciertamente, libre, ¡por Hércules! y ve adonde quieras.

MESENION

¿Conque me lo ordenas?

MENECMO

Te lo ordeno, ¡por Hércules! si tengo algún imperio sobre ti.

MESENION

Salud tengas, mi patrono.

UN ESCLAVO

Como tú eres libre, Mesenion, me regocijo.

MESENION

(*A los esclavos.*) Os creo, ¡por Hércules! (*A Menecmo.*) Pero te lo ruego, patrono, no me mandes menos que cuando he sido tu esclavo. Habitaré junto á ti, y, cuando te vayas, me iré á casa juntamente contigo.

MENECMO

Nada menos que eso.

MESENIÓN

Ahora iré á la posada; te volveré á traer los bagajes y el dinero. La bolsa está bien sellada en la maleta, con lo del viaje; ahora te la traeré aquí.

MENECMO

Tráela pronto.

MESENIÓN

Te la devolveré intacta, lo mismo que me la has dado. Espérame aquí. (*Vase.*)

MENECMO

Verdaderamente, me han sobrevenido hoy por admirables modos muy admirables cosas: los unos niegan ser yo el que soy, y me echan fuera; al contrario, este que yo he manumitido decía ser mi esclavo. Dice que va á traerme una bolsa con dinero. Si la trajera, le diré que se vaya de mí libre, adonde quiera, para que, cuando haya vuelto á su sano juicio, no me pida entonces el dinero. Mi suegro y el médico decían que yo estaba loco. Lo que haya, son cosas admirables. Estas cosas me parecen ser nada menos que sueños. Ahora voy á ir adentro á casa de esa meretriz, aunque esté enojada conmigo; veré si puedo obtener á fuerza de instancias que me devuelva la bata para que yo la vuelva á llevar á casa. (*Entra en casa de Erotion.*)

ESCENA VIII

Menecmo Sosicles, Mesenion

MENECMO

¿Osas, osado, decir que has estado hoy tú conmigo en alguna parte, después que he mandado que vinieras aquí á mi encuentro?

MESENIÓN

Si te he quitado ahora de cuatro hombres que te llevaban en alto, delante de esa casa; tú implorabas el auxilio de todos los dioses y hombres, cuando yo acudo, y te quito, pugnando por fuerza, á pesar de ellos; por esta causa, porque te he salvado, me has enviado libre. Cuando he dicho que yo iba á buscar el dinero y los bagajes, tú has corrido delante á mi encuentro, cuan de prisa te ha sido posible, para negar lo que has hecho.

MENECSMO

¿Yo te he ordenado ir libre?

MESENIÓN

Ciertamente.

MENECSMO

¿Yo, para quien es cosa ciertísima ser hecho yo mismo esclavo antes bien que nunca te manumita?

ESCENA IX

Menecmo el robado, Mesenion, Menecmo Sosicles

MENECSMO EL ROBADO

(Saliendo de casa de Erotion y hablando á los de dentro.)
Si queréis jurarlo por vuestros ojos, en nada ¡por Hércules! haréis más por esa causa que yo me haya llevado hoy la bata y el brazalete, pésimas.

MESENIÓN

¡Oh dioses inmortales! ¿qué veo yo?

MENECSMO SOSICLES

¿Qué ves?

MESENIÓN

Un espejo tuyo.

MENEEMO SOSICLES

¿Qué negocio es ese?

MESENIÓN

Es tu imagen; tan semejante cuanto es posible.

MENEEMO SOSICLES

¡Por Pólux! ciertamente, no es desemejante, según estoy reconociendo mi forma.

MENEEMO EL ROBADO

(A Meseñion.) ¡Oh joven que me has salvado, salud tengas, quienquiera que seas!

MESENIÓN

Joven, te suplico ¡por Hércules! que me digas tu nombre, si no te molesta.

MENEEMO EL ROBADO

No has merecido de mí ¡por Pólux! de tal modo, que me moleste lo que quieres. Mi nombre es Meneemo.

MENEEMO SOSICLES

Antes bien, ¡por Pólux! es el mío.

MENEEMO EL ROBADO

Yo soy siciliano, siracusano.

MENEEMO SOSICLES

Ese es mi domicilio y mi patria.

MENEEMO EL ROBADO

¿Qué oigo yo de ti?

MENECMO SOSICLES

Eso, lo que la cosa es.

MESENIÓN

(*Señalando á Menecmo el robado.*) Le reconozco, ciertamente; es mi amo. Yo soy un esclavo de éste; pero he creído serlo yo de éste (*señalando á Menecmo Sosicles*). (*A Menecmo el robado.*) Creía yo que éste eras tú; aún le he ocasionado molestia. (*A Menecmo Sosicles.*) Te ruego que perdones si te he dicho algo neciamente y sin darme cuenta.

MENECMO SOSICLES

Me parece que deliras. ¿No recuerdas que has salido tú hoy de la nave juntamente conmigo?

MESENIÓN

Verdaderamente, pretendes una cosa justa: tú eres mi amo. (*A Menecmo el robado.*) Busca tú un esclavo. (*A Menecmo Sosicles.*) Tú ten salud. (*A Menecmo el robado.*) Tú sigue bueno; (*señalando á Menecmo Sosicles*) yo digo que éste es Menecmo.

MENECMO EL ROBADO

Y yo que yo.

MENECMO SOSICLES

¿Qué fábula es esta? (*A Menecmo el robado.*) ¿Tú eres Menecmo?

MENECMO EL ROBADO

Que soy yo digo, nacido de mi padre Mosco.

MENECMO SOSICLES

¿De mi padre has nacido tú?

MENECMO EL ROBADO

No, del mío, ciertamente, joven; no pretendo ni apoderarme del tuyo ni quitártelo.

MESENIÓN

(Aparte.) Dioses inmortales, dadme la esperanza inesperada que sospecho. Porque, si no me engaña el ánimo, éstos son los dos hermanos gemelos: pues de la misma manera mandan tanto á la patria como al padre que haya habido para ellos. Voy á llamar aparte á mi amo. ¡Menecmo!

LOS DOS MENECCOS

¿Qué quieres?

MESENIÓN

No quiero á los dos; pero ¿cuál de vosotros dos ha sido traído conmigo en la nave?

MENECCO EL ROBADO

Yo no.

MENECCO SOSICLES

Pues yo.

MESENIÓN

Pues á ti te quiero. Acércate aquí.

MENECCO SOSICLES

Me he acercado. ¿Qué hay?

MESENIÓN

(Bajo.) Ese hombre es ó un intrigante ó tu hermano gemelo; porque nunca vi yo otro hombre más semejante á un hombre, y ni el agua es al agua ni la leche á la leche, créeme, más semejante en parte alguna que éste es de ti y tú de éste; y, después, nombra á la misma patria y padre. Lo mejor es acercarnos y preguntarle.

MENECCO SOSICLES

(Bajo.) ¡Por Hércules! en verdad, me has aconsejado tú rectamente, y te tengo gratitud. Prosigue en darme ayuda,

te lo ruego, ¡por Hércules! Sé libre si hallas que es éste mi hermano.

MESENIÓN

(Bajo.) Lo espero.

MENECMO SOSICLES

(Bajo.) Y yo espero igualmente que ha de ser.

MESENIÓN

(A Menecmo el robado.) ¿Qué dices tú? Habías dicho, creo, que tú eres llamado Menecmo.

MENECMO EL ROBADO

Sí en verdad.

MESENIÓN

(Señalando á Menecmo Sosicles.) El mismo nombre de Menecmo hay para éste. Has dicho haber nacido tú en Sicilia, en Siracusa; allí nació éste. Has dicho haber sido Mosco tu padre; ese mismo fué el de éste. Ahora podéis ambos prestar un servicio á mí y á vosotros juntamente.

MENECMO EL ROBADO

Has merecido que no pidas algo que quieras, que no consigas. Te serviré, libre, como si me hubieres comprado con dinero.

MESENIÓN

Hay para mí la esperanza de que he de hallaros á los dos hermanos gemelos, nacidos de una madre y de un padre, en un día.

MENECMO EL ROBADO

Cosas admirables dices. ¡Ojalá puedas efectuar lo que has prometido!

MESENIÓN

Puedo. Pero, ahora, venid juntamente; decid uno y otro á lo que voy á preguntar.

MENECEMO EL ROBADO

Pregunta lo que te plazca; responderé; nada callaré de lo que sepa.

MESENIÓN

¿Es Menecmo tu nombre?

MENECEMO EL ROBADO

Lo confieso.

MESENIÓN

(*A Menecmo Sosicles.*) ¿Es ese mismo el tuyo?

MENECEMO SOSICLES

Es.

MESENIÓN

(*A Menecmo el robado.*) ¿Dices haber sido Mosco tu padre?

MENECEMO EL ROBADO

Sí en verdad.

MENECEMO SOSICLES

Y el mío.

MESENIÓN

(*A Menecmo el robado.*) ¿Eres tú siracusano?

MENECEMO EL ROBADO

Ciertamente.

MESENIÓN

(*A Menecmo Sosicles.*) ¿Tú qué?

MENECMO SOSICLES

¿Cómo no?

MESENIÓN

Hasta aquí, las señas convienen muy bien; prestad nuevamente atención. (*A Menecmo el robado.*) Dime: ¿de qué te acuerdas más lejanamente en tu patria?

MENECMO EL ROBADO

Cuando fui con mi padre á Tarento al mercado; además, después, de escabullirme de mi padre entre los hombres y ser traído desde allí.

MENECMO SOSICLES

¡Júpiter supremo, consérvame!

MESENIÓN

¿Por qué exclamas? ¿por qué no callas? (*A Menecmo el robado.*) ¿Cuántos años hacía que habías nacido cuando tu padre te llevó de tu patria?

MENECMO EL ROBADO

Siete años, porque entonces se me caían por primera vez los dientes; y nunca he visto yo á mi padre después de aquello.

MESENIÓN

¿Qué? ¿cuántos hijos erais de vuestro padre?

MENECMO EL ROBADO

Según me acuerdo ahora muy bien, dos.

MESENIÓN

¿Cuál de los dos erais el mayor, tú ó el otro?

MENECMO EL ROBADO

Los dos igualmente semejantes.

MESENIÓN

¿Cómo es posible eso?

MENECMO EL ROBADO

Éramos gemelos los dos.

MENECMO SOSICLES

Los dioses me quieren conservado.

MESENIÓN

Si interrumpes, callaré yo.

MENECMO SOSICLES

No, callo.

MESENIÓN

(*A Menecmo el robado.*) Dime: ¿erais ambos de un nombre?

MENECMO EL ROBADO

Nada menos que eso: porque para mí había este que hay ahora, Menecmo; entonces llamaban al otro Sosicles.

MENECMO SOSICLES

Veo las señas; no puedo contenerme que no te abrace. Hermano mío, hermano gemelo, ten salud. Yo soy Sosicles.

MENECMO EL ROBADO

¿De qué modo, pues, se te ha puesto luego el nombre de Menecmo?

MENECMO SOSICLES

Después que fué anunciado á nosotros que tú y el padre

erais muertos (1), me lo mudó nuestro abuelo; me puso el nombre que hay para ti.

MENECMO EL ROBADO

Creo ser el hecho así como dices. Pero respóndeme á esto.

MENECMO SOSICLES

Pregunta.

MENECMO EL ROBADO

¿Qué nombre había para nuestra madre?

MENECMO SOSICLES

Teusimarca.

MENECMO EL ROBADO

Conviene. ¡Oh, ten salud, hermano, á quien veo, inesperadamente, después de muchos años!

MENECMO SOSICLES

¡Y tú, á quien yo he buscado hasta ahora con muchas miserias y trabajos, y á quien yo me regocijo de haber encontrado!

MESENION

Por eso era por lo que esa meretriz te llamaba con el nombre de éste; pensaba, creo, que tú eras éste, cuando te invitaba á un almuerzo.

MENECMO EL ROBADO

En efecto, ¡por Pólux! he mandado hoy preparármese ahí

(1) Esto es lo que dice el texto (*Postquam ad nos renunciatum est, te et patrem esse mortuum*); pero como el prólogo dice taxativamente que la noticia que llegó á Siracusa, al abuelo de los niños, fué la de que había sido robado uno de ellos y el padre había muerto en Tarento (*Postquam Syracusas de re ea nuncius redit ad avom puerorum, puerum subreptum alterum, patremque pueri Tarenti esse emortuum*), y como lo que ocasiona la comedia es, precisamente, la idea que Sosicles tiene de que su hermano no ha muerto, sino que vive, y por eso le va buscando por todas partes, hay que suponer que se trata, ó de una distracción del

un almuerzo á escondidas de mi mujer, á quien hace poco he quitado de casa una bata, y se la he dado á ésta.

MENECMO SOSICLES

¿Dices esta bata, hermano, que yo tengo?

MENECMO EL ROBADO

¿De qué modo ha venido ella á tí?

MENECMO SOSICLES

La meretriz me ha llevado ahí á un almuerzo; decía hársela dado yo; he almorzado muy bien, he bebido y me he acostado junto á la cortesana; me ha dado la bata y este oro.

MENECMO EL ROBADO

Me regocijo, ¡por Pólux! si te ha venido por mí algo de bueno; porque ella, cuando te llamaba á sí, ha creído que tú eras yo.

MESENIÓN

¿Qué me demoras, que no vaya yo libre, como has ordenado?

MENECMO EL ROBADO

Pide una cosa muy razonable y muy justa, hermano; hazla por causa mía.

MENECMO SOSICLES

(A Mesenion.) Sé libre.

autor, ó de un error de los copistas. Alguien ha propuesto sustituir la lección que se encuentra en todos los manuscritos por esta otra: *Postquam ad nos renunciatum est de te, et patrem esse mortuum*; con lo que la traducción sería: Después que fué dada noticia á nosotros de ti, y de que el padre había muerto. Creemos que sería mejor lectura aún esta otra: *Postquam ad nos renunciatum est te subreptum, et patrem esse mortuum*; resultando la traducción en este caso: Después que fué anunciado á nosotros que tú habías sido robado y el padre había muerto.—*N. del T.*

MENECMO EL ROBADO

Cuando tú eres libre, me regocijo, Mesenion.

MESENIÓN

Pero hay necesidad de un mejor auspicio, para que sea yo libre perpetuamente (1).

MENECMO SOSICLES

Puesto que han sobrevenido estas cosas, hermano, según nuestro gusto, volvamos ambos á nuestra patria.

MENECMO EL ROBADO

Haré como quieres, hermano; haré aquí almoneda, y venderé todo lo que hay. Ahora, entretanto, vayamos adentro, hermano.

MENECMO SOSICLES

Hágase.

MESENIÓN

¿Sabéis lo que yo os ruego?

MENECMO EL ROBADO

¿Qué?

MESENIÓN

Que me encarguéis del pregón.

MENECMO EL ROBADO

Se te encargará.

MESENIÓN

¿Quieres, pues, que sea voceado ahora ya que ha de ser la almoneda? ¿en qué día?

(1) Se refiere á su supuesta manumisión, hecha antes por Menecmo el robado.—*N. del T.*

MENEEMO EL ROBADO

En el día séptimo.

MESENIÓN

(Al público.) La almoneda de Menecmo se hará enteramente en la mañana séptima. Serán vendidos los esclavos, el mobiliario, las tierras, las casas; serán vendidas todas las cosas, en cualquier precio que sean licitadas, por dinero presente. Aun su mujer será también vendida, si viniere algún comprador. Apenas cogerá, creo, de toda la almoneda cinco millones. Ahora, espectadores, seguid bien y aplaudidnos francamente.

FIN DE «LOS MENEEMOS»



CASINA

PERSONAJES

STALINÓN, viejo, enamorado de Casina.

CLEOSTRATA, mujer del mismo OLIMPIÓN, granjero de Stalinón.

ALCESIMO, viejo, amigo de Stalinón.

MURRINA, mujer de Alcesimo, amiga de Cleostrata.

CALINO, esclavo, escudero del hijo de Stalinón.

PARDALISCA, sierva de Cleostrata.

CASINA, sierva de Cleostrata, pero libre de nacimiento. Personaje mudo.

UN COCINERO.

SIERVAS.

La escena es en Atenas

ARGUMENTO

atribuido por algunos á Prisciano

Dos conservos pretenden por mujer á una consierva. El viejo amo se sirve del uno, su hijo del otro. La suerte ayuda

al viejo; pero es sorprendido con engaños. De tal modo, que se le pone en lugar de la muchacha un malvado siervo, que zurra á su dueño y al granjero. Un joven toma por esposa á Casina, reconocida como ciudadana.

PRÓLOGO

Deseo que estéis buenos, excelentes espectadores, que hacéis á la Buena Fe del mayor precio, y la Buena Fe á vosotros. Si he dicho verdad, dadme una señal clara, para que sepa ya desde el principio que sois vosotros justos para conmigo. Los que se sirven del vino viejo, les reputo sabios, así como los que de buena gana ven representar viejas fábulas. Si os placen las obras y los dichos antiguos, justo es que os complazcáis ante las viejas fábulas. En efecto, las comedias nuevas que ahora se presentan son mucho peores que las nuevas monedas (1). Nosotros, después que nos hemos dado cuenta del rumor del pueblo, de que vosotros anheláis afanosamente las fábulas plautinas, damos una antigua comedia de éste, la cual aprobasteis vosotros los que estáis entre los más viejos; porque los que son de los más jóvenes no la conocen, lo sé. Pero trabajaremos cuidadosamente para que la conozcan. Cuando fué representada por primera vez esta comedia, obtuvo la victoria sobre todas las otras. En aquel tiempo, vivía la flor de los poetas, que ahora se han marchado de aquí á la común morada. Pero, aunque ausentes, aprovechan á los presentes. Quiero que todos vosotros hayáis sido rogados con gran instancia, para que escuchéis benignamente á nuestra compañía. Arrojad del ánimo los cuidados y la preocupación por las deudas: nadie tema á su acreedor que le apremia. Hay juegos; se ha jugado con los prestamistas (2). Todo está tranquilo; reinan en el foro días alcedonios (3). Durante los juegos, se echan cuentas, pero á

(1) Alusión á la adulteración y recorte que se hizo después de la segunda guerra púnica.

(2) Durante la celebración de los juegos públicos, de que hacían parte las representaciones teatrales, no se podía perseguir á nadie ante los tribunales.

(3) Llamábanse así aquellos en que el mar estaba en calma, por creerse que durante ellos hacían sus nidos los pequeños pájaros marinos llamados alciones.—*Ns. del T.*

nadie se pide; mas á nadie se paga después de los juegos. Si, pues, vuestras orejas están desocupadas, prestad atención. Quiero deciros el título de esta comedia. Esta comedia se llama en griego *Clerumenoe* (1), en latín *Sortientes* (2). La escribió en griego Difilo; después, Plauto escribió de nuevo por segunda vez esto, en latín, con un título resonante. Vive aquí un viejo marido; tiene un hijo; éste vive juntamente con su padre en esa casa. Tiene él un esclavo, que está acostado enfermo; mejor dicho, ¡por Hércules! verdaderamente, para no mentir en nada, está en el lecho. Este esclavo... pero ha hecho ya diez y seis años, cuando vió al rayar el alba que se exponía á una niña, se dirige inmediatamente á la mujer que la exponía, le pide que se la entregue; la alcanza, la coge, la lleva derechamente á casa; se la da á su dueña, le pide que la cuide y que la eduque. Hácelo la dueña, que la ha educado con gran esmero, no muy de otra manera que si fuese de ella nacida. Desde que ha llegado á esa edad en que puede agradar á los hombres, el viejo éste ama á la muchacha apasionadamente, y, frente á él, la ama su hijo del mismo modo. Ahora, tanto el padre como el hijo, á escondidas el uno del otro, se prepara cada cual sus legiones contra ella. El padre ha encargado al granjero que la pidiese por mujer para sí; espera él, si á éste es entregada, que se le han de preparar algunas veladas fuera de casa, á escondidas de su mujer. Pero el hijo ha comisionado á su escudero para que la pida para sí por esposa; cree que, si lo consigue, ha de estar aquello que ama á su completa disposición. La mujer del viejo se entera de que su marido se dedica al amor; por eso se entiende ella con el hijo. Pero el padre, luego que ha visto que su hijo ama á la misma que él, y que le sirve de impedimento, ha mandado al joven de viaje desde aquí. Viendo esto su madre, le presta sus servicios, aun ausente. El no volverá hoy en esta comedia á la ciudad, no lo esperéis; Plauto no lo ha querido; ha roto un puente que había en su camino. Hay aquí algunos! que creo dicen ahora entre sí: «Pregunto yo, ¡por Hércules! ¿qué es esto? ¿nupcias de esclavos? ¿toman acaso esposa los esclavos, ó la piden para sí? Han traído una cosa nueva, que en ninguna parte del mundo se hace.» Pues yo digo que esto se hace en Grecia y en Cartago, y aun aquí en nuestra tierra, en Apulia. Y todavía suelen ser dispuestas allí con

(1) «Los que echan suertes», participio del verbo κληρώ (*cleroo*).

(2) Participio del verbo *sortier*, de igual significación que el griego κληρώ.—Ns. del T.

mayor aparato las nupcias de esclavos que las de hombres libres. Si ello no se hace así, apueste si quiere alguno conmigo una cántara de vino mezclado con miel, con tal, ciertamente, que sea juez en mi causa un cartaginés, ó un griego, ó un apulio. ¿Qué decís ahora? nada decís; ya lo veo, nadie tiene sed. Vuelvo á aquella muchacha expósita, á la que los dos esclavos pretenden para sí por esposa con el mayor empeño. Ella será hallada púdica y libre, una ateniense bien nacida; y, en verdad, no hará cosa alguna ciertamente de escándalo en esta comedia (1). Ahora, ¡por Hércules!; pero después, acabada la comedia, si alguien diere dinero, irá de buena gana al matrimonio, según sospecho, no aguardará consejeros. Y nada más; seguid buenos, llevad bien vuestros asuntos, y venced con verdadero valor, como habéis hecho ántes de ahora.

ACTO PRIMERO

ESCENA ÚNICA

Olimpión, Calino

OLIMPIÓN

¿No me va á ser lícito hablar y pensar yo solo mis cosas, como quiero, sino siendo tú testigo? ¿Por qué me sigues, mala peste?

CALINO

Porque es para mí cosa decidida perseguirte, como tu

(1) Tal era el respeto que inspiraba en Roma la familia, basada en la ciudadanía, y ésta, á su vez, en la libertad, que aun siendo Plauto uno de los escritores más desenfadados, nunca se atrevió á llevar á la escena una mujer libre de nacimiento que ostentara costumbres licenciosas, siquiera estuviese, como la que da nombre á esta comedia, reducida accidentalmente al estado de servidumbre.—*N. del T.*

sombra, adondequiera que vayas. Verdaderamente, ¡por Pólux! aun si quieres ir á colgarte en una cruz, estoy resuelto á seguirte; conjetura de ahí lo demás; ¿vas á poder, ó no, arrebatár con tus astucias por esposa á Casina, á espaldas mías, de la manera que pretendes?

OLIMPIÓN

¿Qué tienes tú que ver conmigo?

CALINO

¿Qué dices, impudente? ¿por qué te andas arrastrando por la ciudad, rústico, aquí de gran precio?

OLIMPIÓN

Porque me da la gana.

CALINO

¿Por qué no estás en tu ocupación en el campo? ¿Por qué antes bien no cuidas de ese negocio que se te ha confiado, y te abstienes de las cosas de la ciudad? ¿Por qué has venido aquí á quitarme mi prometida? Vete al campo, vete derecho á tu gobierno.

OLIMPIÓN

No he olvidado mi deber, Calino. He puesto quien cuide también en el campo con diligencia. Por eso he venido yo á la ciudad, donde impetraré que me lleve por esposa á esa por quien tú te pereces, á la bella y tierna Casina, tu consierva; cuando yo la haya conducido conmigo al campo como esposa, descansaré en el campo siempre en mi gobierno.

CALINO

¿Que te la lleves tú? ¡por Hércules! me ahorco; más quiero estar muerto que no que llegues á ser dueño de ella.

OLIMPIÓN

Ella es presa mía; así, que anda á echarte el lazo.

CALINO

¿Que es ella presa tuya, hombre extraído de un estercolero?

OLIMPIÓN

Ya verás que ello no es así. ¡Ay de ti! ¡de cuántos modos, si vivo, te tendré por mísero en mis bodas!

CALINO

¿Qué me harás tú?

OLIMPIÓN

¿Que qué te haré yo? Lo primero de todo, alumbrarás con el hacha á la recién casada, para que seas siempre después un hombre vil y de ningún valor. Después de esto como juego, cuando vinieres á la granja, se te dará un ánfora y una senda, una fuente, una vasija y ocho tinajas; si no están las cuales siempre llenas, te colmaré de azotes. De tal modo te pondré como encorvado sacando agua, que pueda hacerse de ti una gurupera. Y después, cuando pretendas gustar alguna cosa, á no ser que comieres del montón del trigo en el campo, ó tierra como una lombriz, en ninguna parte ¡por Pólux! hay ayuno tan ayuno como el que yo te proporcionaré en el campo. Después de esto, cuando estuvieres fatigado y hambriento, se tendrá cuidado para que te acuestes por la noche de una manera digna de ti.

CALINO

¿Qué harás?

OLIMPIÓN

Encerrarte bien en una jaula, desde donde puedas escuchar cuando yo la bese, cuando ella me diga: «Alma mía, Olimpión mío, vida mía, dulzura mía, alegría mía, déjame que bese tus ojitos, placer mío, déjate, mi amor, amar, mi día de fiesta, mi pajarito, mi paloma, mi lebrato.» Cuando se me digan estas palabras, entonces tú, bribón, estarás agazapado, como un ratón en medio de una pared. Ahora,

para que no trates de replicarme, me voy adentro; me fastidia tu conversación.

CALINO

Te sigo. Nada, en verdad, harás aquí ¡por Pólux! sin estar yo de testigo á lo menos.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Cleostrata, Pardalisca

CLEOSTRATA

Sellad las despensas y traedme el anillo (1): paso aquí cerca á casa de mi vecina. Si mi marido me quiere algo, haced llamarme desde aquí.

PARDALISCA

Había ordenado el viejo que se le preparase la comida.

CLEOSTRATA

¡Chitón! calla y vete; ni preparo, ni se guisará hoy, cuando él se pone frente á mí y á su hijo, por causa de su capricho y de su amor. ¡Vaya una desvergüenza de hombre! yo castigaré á ese enamorado con el hambre, con la sed, con malas palabras, con malos hechos; yo le apuraré bien con frases injuriosas, ¡por Pólux!; haré que pase una vida como la de que es digno, el pasto del infierno, busca-

(1) Era costumbre de los antiguos cerrar valiéndose de cera sobre la que imprimían el sello que llevaban grabado en el anillo.—*N. del T.*

dor de la maldad, asiento de la impureza; ahora me voy desde aquí á quejarme de mi fortuna á la vecina. Pero ha rechinado la puerta; he aquí en verdad que sale afuera ella misma: á tiempo no he emprendido mi camino ¡por Pólux!

ESCENA II

Murrina, Cleostrata

MURRINA

Seguidme aquí cerca, compañeras. ¡Hola, vosotras! ¿hay alguno que oiga lo que digo? estaré aquí, si mi marido ó alguno me busca. Porque cuando estoy sola en casa, el sueño entorpece mis manos. ¿No he mandado que se me traiga la rueca?

CLEOSTRATA

Salud, Murrina.

MURRINA

Salud ¡por Cástor! pero ¿por qué estas triste, por favor?

CLEOSTRATA

Así suelen estarlo todas las que están mal casadas; siempre hay bastante motivo para que en casa y fuera se esté de mala gana. Por eso iba yo á tu casa.

MURRINA

Y yo aquí á la tuya ¡por Pólux! pero ¿qué es lo que hay ahora en tu alma de pesadumbre? porque lo que á ti te sirve de disgusto, me sirve á mí igualmente de pena.

CLEOSTRATA

Lo creo ¡por Cástor! por eso, á ninguna vecina amo más mercedamente que á ti, ni tengo con alguna la confianza que querría.

MURRINA

También yo te amo, y deseo saber lo que ocurra.

CLEOSTRATA

Mi marido me tiene despreciada de los peores modos, y no hay para mí posibilidad de hacer efectivo mi derecho.

MURRINA

¡Ah! ¿qué es ello? repítemelo; porque ¡por Pólux! no he formado idea bastante en mi mente de tus quejas; te lo suplico.

CLEOSTRATA

Mi marido me tiene despreciada de los peores modos.

MURRINA

Es una cosa extraña, si dices verdad; porque los maridos no pueden retener á las mujeres su derecho.

CLEOSTRATA

Antes bien, pretende dar contra mi voluntad á su granjero una joven esclava que es mía, que está educada á mis expensas. Pero la ama él mismo.

MURRINA

Calla, te lo ruego.

CLEOSTRATA

Se puede hablar ahora aquí, en efecto; estamos nosotras solas.

MURRINA

Así es; ¿de dónde te ha venido ella? porque á una mujer honrada no está bien tener nada de propiedad particular á escondidas de su marido; y la que tiene granjeada alguna cosa, no le es fácil sin que ó la sustraiga á su marido ó la

haya encontrado con deshonor. Creo que todo lo que es tuyo es de tu marido.

CLEOSTRATA

Ciertamente, todo lo que hablas es contra tu amiga.

MURRINA

Calla, si quieres, tonta, y escúchame: no trates, si quieres, de contrariarle; deja que ame, deja que haga lo que le place, puesto que nada te ha faltado en casa.

CLEOSTRATA

¿Pero estás bastante en tu sano juicio? porque, en verdad, dices eso en contra de tu interés.

MURRINA

¡Ignorante! evita siempre esta palabra de parte de tu marido.

CLEOSTRATA

¿Qué palabra?

MURRINA

Vete fuera, mujer (1).

CLEOSTRATA

¡Chitón! Calla.

MURRINA

¿Qué hay?

CLEOSTRATA

Mira.

(1) *I foras, mulier*. Era la fórmula de que se servía el marido que se divorciaba de su mujer.—*N. del T.*

MURRINA

¿Quién es el que ves?

CLEOSTRATA

Mi marido, he aquí que viene. Vete adentro, date prisa, anda, por favor.

MURRINA

Concedido. Me voy.

CLEOSTRATA

Luego, cuando haya más ocio para ti y para mí, hablaré, pues, contigo; ahora, pásalo bien.

MURRINA

Que te vaya bien.

ESCENA III

Stalinón, Cleostrata

STALINÓN

(*Aparte.*) Creo que el amor lleva ventaja á los esplendores más esplendentes y á todas las cosas. No podría uno citar cosa alguna que tenga hoy más sal y más gracia. Ciertamente, admiro mucho que los cocineros, que usan tantos condimentos, no usen ellos un condimento que vale más que todos. Porque aquello donde el amor entra como condimento, creo que ha de agrandar á cualquiera. Ni salerosa ni suave puede ser cosa alguna donde el amor no esté mezclado. La hiel, que es amarga, la hará miel; el hombre, de triste, gracioso y bienhumorado. Hago esta conjetura por mi propia experiencia, más que por oídas. Yo que, desde que amo á Casina, me instruyo más en las elegancias y en elegancia excedo. Solicito á todos los perfumistas; donde-

quiera que hay un unguento precioso, me unto con él, para agradarla; y la agrado, á lo que me parece. Pero me atormenta mi mujer, porque vive todavía. (*Reparando en Cleostrata.*) Allí la veo que está triste; ha de ser tratada por mí con blandura esta mala pécora. (*A Cleostrata.*) Esposa mía y mi encanto, ¿qué haces?

CLEOSTRATA

Apártate y deja quieta la mano.

STALINÓN

Vaya, Juno mía, no está bien que estés tan triste para con tu Júpiter. ¿Adónde vas ahora?

CLEOSTRATA

Déjame.

STALINÓN

Espera.

CLEOSTRATA

No espero.

STALINÓN

Pues ¡por Pólux! te seguiré yo.

CLEOSTRATA

Dime: ¿estás en tu sano juicio?

STALINÓN

En mi sano juicio estoy, puesto que te amo.

CLEOSTRATA

No quiero que me ames.

STALINÓN

No puedes conseguirlo.

CLEOSTRATA

Me matas.

STALINÓN

Quisiera que dijese verdad.

CLEOSTRATA

Te lo creo.

STALINÓN

Mírame, ¡oh mi dulzura!

CLEOSTRATA

Sin duda del mismo modo que tú lo eres para mí. ¿De qué huele aquí tanto á ungüentos, dime por favor?

STALINÓN

¡Oh, muerto soy! estoy cogido en el hecho manifiesto, mísero de mí; ¿por qué he dejado de cubrirme la cabeza con el manto? así el buen Mercurio te confunda, perfumista, que me has dado esto.

CLEOSTRATA

Ven aquí tú, mosquito cano; con dificultad me contengo para no decirte lo que te cuadra, maula, que en tu edad propecta vas por las calles lleno de ungüentos.

STALINÓN

¡Por Pólux! he acompañado á un amigo mientras ha comprado ungüentos.

CLEOSTRATA

¡Qué pronto se lo ha inventado! ¿No te da vergüenza?

STALINÓN

Todo lo que tú quieras.

CLEOSTRATA

¿En qué burdeles has estado echado?

STALINÓN

¿Yo en burdeles?

CLEOSTRATA

Sé yo más de lo que tú piensas que sé.

STALINÓN

¿Qué es ello? ¿qué sabes tú?

CLEOSTRATA

Que no hay entre todos los viejos ningún viejo más maula que tú. ¿De dónde vienes, perdido? ¿dónde has estado? ¿dónde has estado de bureo? ¿dónde has bebido? Eso es ¡por Cástor!, mira cómo está arrugada tu capilla.

STALINÓN

Que nos hagan á mí y á ti infelices los dioses, si he medido yo hoy en mi boca una gota de vino.

CLEOSTRATA

Bueno, haz como te plazca, bebe, come, derrocha tu hacienda.

STALINÓN

¡Oh! ya es bastante, mujer; comprímeme, chillas demasiado. Deja algún tanto de sermón, para que regañes conmigo mañana. Pero ¿qué me dices á esto? ¿has domeñado ya tu espíritu para que hagas lo que tu marido quisiera que se hiciese, más bien que volverte contra él?

CLEOSTRATA

¿De qué asunto hablas?

STALINÓN

¿Lo preguntas? De tu sierva Casina, para que se le dé en matrimonio á nuestro granjero, esclavo honrado, y con quien la iría bien, con leña, agua caliente, qué comer, vestidos, y con quien sacaría adelante á los hijos que pariese, más bien que se la des á ese tunante esclavo escudero, inepto y malvado, hombre que no tiene hoy una moneda de plomo de peculio.

CLEOSTRATA

¿No es maravilla ¡por Cástor! que en tu edad senecta no te acuerdes de tu deber?

STALINÓN

¿Por qué dices eso ahora?

CLEOSTRATA

Porque si obras recta y convenientemente, me dejarías tener cuidado de mis siervas, cuidado que es mío.

STALINÓN

¿Por qué ¡mal pecado! quieres dársela á ese escudero de hombre?

CLEOSTRATA

Pues porque es necesario que ayudemos á nuestro hijo único.

STALINÓN

Pero aunque es único, en nada es él más hijo único para mí, que yo padre único para él; más justo es que él me conceda lo que quiero, que yo á él.

CLEOSTRATA

¡Por Cástor! buscas para ti, hombre, una mala cosa.

STALINÓN

(*Aparte.*) Se lo huele, lo veo. (*A Cleostrata.*) ¿Yo?

CLEOSTRATA

Tú. En efecto, ¿por qué balbuceas? ¿por qué anhelas eso tan ansiosamente?

STALINÓN

Pues para que se le dé á un esclavo honrado más bien que á un esclavo malvado.

CLEOSTRATA

¿Qué si yo alcanzo y consigo del granjero que se la ceda en obsequio mío?

STALINÓN

¿Y qué si yo obtengo del escudero que se la ceda? y creo lograrlo.

CLEOSTRATA

Conviene el trato: ¿quieres que llame aquí fuera de tu parte á Calino? Suplícale tú, y yo suplicaré al granjero.

STALINÓN

Lo quiero bien.

CLEOSTRATA

En seguida estará aquí; ahora probaremos cuál de nosotros dos sea más persuasivo. (*Vase.*)

STALINÓN

Que Hércules y todos los dioses confundan á esta mujer, ahora que puedo decirlo. Estoy atormentado de amor, mísero de mí; y ella se vuelve contra mí como de industria. Da ya en la nariz á mi mujer lo que yo maquinó; por esta razón presta más su ayuda de industria al escudero. (*Sale Calino.*)

ESCENA IV

Stalinón, Calino

STALINÓN

(Aparte.) Que todos los dioses y diosas le confundan.

CALINO

Decía tu esposa que me llamabas.

STALINÓN

He mandado, efectivamente, que fueses llamado.

CALINO

¿Qué querías decirme?

STALINÓN

En primer lugar, quiero que hables conmigo con un semblante más satisfecho.

CALINO

Es una tontería que te pongas serio para eso, tú cuya potestad puede más.

STALINÓN

¡Oh! hace ya tiempo que creo eres hombre de buena calidad.

CALINO

Entiendo. ¿Por qué, si así lo crees, no me manumites?

STALINÓN

Antes bien, lo quiero. Pero de nada sirve que yo desee hacerlo si tú no me ayudas con tus obras.

CALINO

Quiero saber tan sólo lo que quieres.

STALINÓN

Escucha, pues, yo te lo diré. He prometido dar á Casina por esposa á nuestro granjero.

CALINO

Y tu esposa y tu hijo han prometido dármela á mí.

STALINÓN

Lo sé. Pero ¿cuál de estas dos cosas quieres más ahora, ser célibe libre ó casado pasar la vida esclavo tú y tus hijos? esa opción es tuya; acepta de estas dos condiciones la que quieres.

CALINO

Si soy libre, viviré á mi riesgo, ahora vivo al tuyo. En cuanto á Casina, es lo cierto que á ningún hombre nacido la cedo.

STALINÓN

Vete adentro, y acto seguido haz salir prontamente á mi esposa aquí delante de la casa. Y trae contigo aquí una urna con agua y suertes.

CALINO

Mucho me place.

STALINÓN

¡Por Pólux! ya apartaré yo hacia alguna parte este dardo. Porque si nada puedo alcanzar así, á lo menos echaré suertes. Entonces me vengaré de ti y de tus favorecedores.

CALINO

No obstante, la suerte me tocará á mí.

STALINÓN

Para que perezcas, ciertamente, en un mal tormento ¡por Pólux.

CALINO

Ella se casará conmigo; maquina lo que te plazca del modo que quieras.

STALINÓN

¿Te vas de aquí de mis ojos?

CALINO

Me ves á tu pesar; sin embargo, viviré. (*Vase.*)

STALINÓN

¿No soy yo un hombre mísero? ¿no me son bastante contrarias todas las cosas? Ahora temo no haya conseguido mi mujer de Olimpión que no se lleve á Casina; si ha sucedido esto, heme aquí un viejo nulo; si no lo ha obtenido, aún hay para mí alguna esperanza en la suerte; pero si la suerte fallase, haré colchón de mi espada, y me dejaré caer sobre ella; pero he aquí que Olimpión se adelanta muy oportunamente.

ESCENA V

Olimpión, Stalinón

OLIMPIÓN

(*Saliendo de la casa, á Cleostrata.*) ¡Por Pólux! méteme de una vez, ama, en un horno caliente, y tuéstame allí como si fuera pan rubio, antes que logres de mí ese servicio que pretendes.

STALINÓN

(*Aparte.*) Salvo soy, salva es mi esperanza, según las palabras que oigo.

OLIMPIÓN

(A Cleostrata.) ¿Qué me andas aterrorizando, por cierto, con la libertad? ¿Qué? si tú no quieres y tu hijo tampoco, á pesar vuestro y contra la voluntad de ambos, puedo llegar á ser libre mediante una pequeña cantidad de dinero.

STALINÓN

¿Qué es eso? ¿con quién regañas, Olimpión?

OLIMPIÓN

Con la misma con quien estás tú regañando siempre.

STALINÓN

¿Con mi mujer?

OLIMPIÓN

¿Qué mujer me tienes? eres, en verdad, como un cazador: de día y de noche pasas la vida con el perro.

STALINÓN

¿Qué hace? ¿qué habla contigo?

OLIMPIÓN

Ruega, suplica que no tome á Casina por esposa.

STALINÓN

¿Qué has dicho tú después que te ha dicho eso?

OLIMPIÓN

Pues he dicho que no había de conceder esto al mismo Júpiter, si él me lo pidiera.

STALINÓN

Que los dioses te me conserven.

OLIMPIÓN

Ahora está toda irritada; de tal modo se ha encolerizado contra mí.

STALINÓN

¡Por Pólux! rota por la mitad la quería yo.

OLIMPIÓN

Creo ¡por Pólux! que es así, porque eres hombre de bien. Pero ¡por Pólux! tu amor me es funesto; me es enemiga tu esposa, enemigo tu hijo, enemigos todos los de la casa.

STALINÓN

¿Qué te importa eso? Mientras te sea propicio este solo Júpiter, procura tener en poco á esos dioses menudos.

OLIMPIÓN

Grandes tonterías son esas; como si no supieses tú que los Júpiter humanos se mueren de repente. Porque, al cabo, cuando tú, Júpiter, hayas muerto, cuando haya vuelto tu reino á los dioses menores, ¿quién vendrá en socorro de mis espaldas, y de mi cabeza, y de mis piernas?

STALINÓN

La cosa te saldrá mejor de lo que tú piensas si conseguimos el que yo me acueste con Casina.

OLIMPIÓN

¡Por Hércules! no creo que sea posible; de tal modo insta acremente que no se me dé.

STALINÓN

Pues yo voy á obrar así: voy á echar suertes en una urna y á sortearos á ti y á Calino. Así entiendo procedente la cosa: es necesario combatir con espadas cambiadas.

OLIMPIÓN

¿Qué si viniere la suerte de otra manera que quieres?

STALINÓN

Habla bien. Estoy confiado en los dioses, en los dioses esperaremos.

OLIMPIÓN

No compraría yo esa palabra por una hilacha. Porque todos los mortales están confiados en los dioses; pero, sin embargo, he visto á muchos confiados en los dioses ser engañados con frecuencia.

STALINÓN

Calla un poco.

OLIMPIÓN

¿Qué quieres?

STALINÓN

He ahí que Calino sale de dentro afuera con la urna y las suertes. Vamos á combatir ahora á estandartes entrechocados.

ESCENA VI

Cleostrata, Calino, Stalinón, Olimpión

CLEOSTRATA

Calino, hazme más cierto lo que me quiere mi marido.

CALINO

¡Por Pólux! verte ardiendo fuera de la puerta Mecia (1).

(1) La puerta Mecia ó Esquilina, situada al Oriente de Roma, al pie del monte Esquilino, daba salida al campo del mismo nombre, lugar destinado para la cremación de los cadáveres y para ajusticiar á los criminales.—*N. del T.*

CLEOSTRATA

Creo ¡por Cástor! que lo querría.

CALINO

Pues ¡por Pólux! yo no lo creo, sino lo sé de cierto.

STALINÓN

(*Aparte.*) Dispongo de más artífices que pensaba: tengo en casa á este adivino. (*A Olímpion.*) ¿Qué si levantásemos más cerca nuestros estandartes y fuésemos al encuentro del enemigo? Sígueme. (*A Cleostrata y Calino.*) ¿Qué hacéis vosotros?

CALINO

Aquí está todo lo que has mandado: tu esposa, las suertes, la urna y yo mismo.

STALINÓN

Cóntigo solo hay más que quiero.

CALINO

Así te parece á ti; ciertamente ¡por Pólux! yo soy ahora para ti un látigo. Lo digo porque tu corazoncito ha empezado ya á sudar de miedo.

STALINÓN

¡Bergante!

CLEOSTRATA

Calla, Calino. (*A Stalinón.*) Comprime á éste (*Señalando á Olímpion*).

OLIMPIÓN

Antes bien á éste (*Señalando á Calino*), que ha aprendido á replicar.

STALINÓN

(A Calino.) Deja aquí la urna, dame las suertes. (A los dos esclavos.) Prestad atención. (A Cleostrata.) A la verdad, he creído poder conseguir esto de ti, esposa mía, que me fuera dada Casina por mujer, y lo creo ahora todavía.

CLEOSTRATA

¿Que te fuera dada á ti?

STALINÓN

¿A mí precisamente? ¡ah! no he querido decir eso; cuando he dicho para mí, he querido decir para éste (Señalando á Olímpion). Verdaderamente, cuando la deseo tanto para mí, hace ya tiempo que hablo sin saber lo que me digo, ¡por Hércules!

CLEOSTRATA

¡Por Pólux! ciertamente hablas así, y aun obras.

STALINÓN

Para éste digo ¡por Hércules!, no para mí. (Aparte.) ¡Vaya! con dificultad he vuelto al fin al verdadero camino.

CLEOSTRATA

¡Por Pólux! yerras con frecuencia.

STALINÓN

Así ocurre cuando se pretende algo con mucho afán. Pero yo y éste te pedimos, cada uno por la parte que le toca...

CLEOSTRATA

¿Qué es lo que me pedís?

STALINÓN

Pues voy á decírtelo, dulzura mía: que hagas merced á este nuestro granjero de esa Casina.

CLEOSTRATA

Pues ¡por Pólux! ni lo hago, ni lo pienso.

STALINÓN

Entonces, pues, voy á echar las suertes por ambas partes.

CLEOSTRATA

¿Quién te lo prohíbe?

STALINÓN

Juzgo con razón que eso es lo mejor y lo más equitativo. En último resultado, si sale lo que deseamos, nos alegraremos; si no, lo sufriremos con un ánimo igual. (*A Olímpión.*) Ten la suerte para tí, mira lo que hay escrito.

OLIMPIÓN

Un uno.

CALINO

Es inicuo, porque es para éste antes que para mí.

STALINÓN

Toma esta, si quieres.

CALINO

Dame; espera; me ha venido ahora una idea á la mente. Mira no haya alguna otra suerte ahí bajo el agua.

STALINÓN

¡Bribón! ¿crees que soy yo como tú? Ninguna hay; ten ya tranquilo el espíritu.

CALINO

(*A Olímpión.*) Lo que sea para mí bueno y afortunado, será gran mal tuyo.

OLIMPIÓN

A ti, ciertamente, creo que te sobrevendrá ¡por Pólux!; conozco tu piedad. Pero espera: ¿es acaso esta bola tuya de álamo, ó de abeto?

CLEOSTRATA

¿Por qué te cuidas de eso?

OLIMPIÓN

Pues porque temo no sobrenade en el agua.

STALINÓN

¡Vaya! ten cuidado; echad aquí ya ahora las bolas, haced el favor; aquí tenéis. Esposa mía, compara.

OLIMPIÓN

No quisiera confiarme á tu mujer.

STALINÓN

Ten buen ánimo.

OLIMPIÓN

Creo ¡por Hércules! que encantará ahora las bolas, si las tocare.

CLEOSTRATA

Calla.

OLIMPIÓN

Callo; ruego á los dioses...

CALINO

Para que lleves hoy manilla y horca, ciertamente.

OLIMPIÓN

Para que me salga bien el sorteo.

CALINO

Para que estés colgado de los pies, en verdad, ¡por Hércules!

OLIMPIÓN

Pues tú que te sean sacados de la cabeza los ojos por las narices. ¿Qué temes? Es preciso que esté ya preparado el lazo para ti. Perdido estás.

STALINÓN

Prestad atención, haced el favor.

OLIMPIÓN

Callo.

STALINÓN

Ahora, Cleostrata, para que no digas de mí que he obrado maliciosamente en este asunto, ó sospeches, te lo permito: sortea tú misma.

OLIMPIÓN

Me pierdes.

CALINO

Hace un lucro.

CLEOSTRATA

Haces bien.

CALINO

(A Olimpión.) Ruego á los dioses que tu bola se haya escapado de la urna.

OLIMPIÓN

¿Hablas de veras? Como tú eres un fugitivo, deseas que todos te imiten. ¡Ojalá, por cierto, esa tu bola se haya des-

hecho al sortear, como cuentan que les sucedió en tiempos con las suyas á aquellos descendientes de Hércules (1).

CALINO

Tú mismo, para que te derritas, vas á ser puesto bien pronto muy caliente á estacazos.

STALINÓN

Átiende á esto, si quieres, Olimpión.

OLIMPIÓN

Si el letrado (2) este me deja.

STALINÓN

¡Que lo bueno y afortunado sea para mí!

OLIMPIÓN

Así, verdaderamente, sea, y para mí.

CALINO

No.

OLIMPIÓN

Sí, ¡por Hércules!

CALINO

Antes bien para mí, ¡por Hércules!

(1) Dice la leyenda griega que cuando los dorios invadieron el Peloponeso, iban acaudillados por tres descendientes de Hércules: Temeno, Cresfonte y Aristodemo. Muerto éste durante la expedición, sus dos hijos, Euristenes y Procles, ocuparon su lugar, y al procederse al reparto de lo conquistado, se convino en que la primera bola que saliera del agua indicaría la posesión de Mesenia, la segunda la de Argos y la tercera la de Lacedemonia. Pero la bola de los hijos de Aristodemo, hecha, de intento, de tierra mal endurecida, se deshizo en el agua, y, merced á este engaño, Cresfonte fué dueño de Mesenia, Temeno dominó en Argos, y Euristenes y Procles reinaron en Lacedemonia.

(2) Juego de palabras. Letrado (*litteratus*) significa «hombre versado en las letras» y también *el* que está señalado con una letra, como sucedía con los esclavos á quienes se condenaba, por ladrones ó fugitivos, á ser marcados en la frente con una letra.—Ns. del T.

STALINÓN

(*A Calino.*) Ganará éste (*Señalando á Olimpión*); tú vivirás desgraciado. (*A Olimpión.*) Rómpele (*Señalando á Calino*) ahora la cara; anda, ¿qué ocurre para que te detengas?

CLEOSTRATA

(*A Olimpión.*) No echés la mano.

OLIMPIÓN

(*A Stalinón.*) ¿Hiero con la palma apretada, ó extendida?

STALINÓN

Anda, como quieras.

OLIMPIÓN

(*Golpeando á Calino.*) He aquí para ti.

CLEOSTRATA

¿Por qué le golpeas?

OLIMPIÓN

Porque lo ha mandado mi Júpiter.

CLEOSTRATA

(*A Calino.*) Hiérole la mejilla tú á tu vez.

OLIMPIÓN

(*Recibiendo los golpes de Calino.*) Pérezco, Júpiter, muerto soy á puñadas.

STALINÓN

(*A Calino.*) ¿Por qué le has golpeado?

CALINO

Porque lo ha mandado esta mi Juno.

STALINÓN

Hay que soportarlo, puesto que, vivo yo, tiene mi mujer el mando.

CLEOSTRATA

Es necesario que tan lícito le sea hablar á este como á ese.

OLIMPIÓN

¿Por qué me vitupera mi deseo?

OLIMPIÓN

Creo que debes guardarte del mal, Calino.

CALINO

A buena hora, después que ha sido mi rostro apuñeado.

STALINÓN

Anda, esposa mía, ahora ya sortea; vosotros prestad atención; (*A Olimpión*) atiende tú.

OLIMPIÓN

No sé dónde esté. ¡Perezco! tengo, á lo que opino, el corazón hinchado, ya hace tiempo que salta; golpea de fatiga mi pecho.

CLEOSTRATA

Tengo una bola.

STALINÓN

Sácala afuera.

CALINO

(*A Olimpión.*) ¿Eres ya muerto?

OLIMPIÓN

(*A Cleostrata.*) Enséñala; ¡es la mía!

CALINO

Mala cruz es esta, en verdad.

CLEOSTRATA

Has sido vencido, Calino.

STALINÓN

Entonces, me regocijo de que vivamos mucho tiempo, Olimpión.

OLIMPIÓN

Esto ha sucedido por mi piedad y la de mis mayores.

STALINÓN

Ve adentro, mujer, y prepara las bodas.

CLEOSTRATA

Haré como mandas.

STALINÓN

¿No sabes que hay mucha distancia en el campo hasta la granja adonde ha de llevarla?

CLEOSTRATA

Lo sé.

STALINÓN

Ve adentro; y aunque ello es penoso para ti, haz, sin embargo que cuides de todo.

CLEOSTRATA

Está bien. (*Vase.*)

STALINÓN

Vayamos nosotros también adentro, é instémosles para que se apresuren.

OLIMPIÓN

¿Qué te detengo yo por ventura?

STALINÓN

Porque estando éste (*Señalando á Calino*) presente, no deseo muchas palabras. (*Vanse Stalinón y Olimpión.*)

ESCENA VII

CALINO

Si ahora me colgase, haría baldío mi trabajo, y además del trabajo haría el gasto de una cuerda, y proporcionaría un placer á mis enemigos. ¿Qué necesidad hay de ello para mí, que de tal modo estoy muerto? al fin, en verdad, estoy vencido por la suerte. Casina se casa con el granjero. Y no es ya para mí tan molesto el que haya vencido el granjero, como el que haya solicitado con tanto afán el viejo, para que no me fuese dada, y que se casase con aquél. ¡Cómo se azoraba! ¡cómo se apresuraba el miserable! ¡cómo iba dando saltos, después que ha vencido el granjero! Pero voy á esconderme aquí; oigo que se abre la puerta, y los que bien me quieren se presentan á mí. Yo prepararé aquí contra esas asechanzas otras asechanzas.

ESCENA VIII

Olimpión, Stalinón, Calino

OLIMPIÓN

(*A Stalinón.*) Deja ahora que venga al campo, y yo te devolveré á la ciudad al hombre con una horca, como un carbonero.

STALINÓN

(*A Olimpión.*) Así conviene que se haga.

OLIMPIÓN

Yo te lo daré manejado y realizado.

STALINÓN

He querido enviar á Calino, si estuviera en casa, á comprar la comida contigo, para añadir aún encima este trabajo á nuestro enemigo en su pesadumbre.

CALINO

(*Aparte.*) Voy á retirarme hacia la pared reculando; imitaré al cangrejo. Me ha de ser cogida disimuladamente la conversación de estos. Porque el uno de ellos me da tormento, el otro me mortifica. Y viene vestido de blanco (1) este bribón, asiento de látigos; me dilato la muerte. Es cosa decidida, he de enviar antes delante á éste al infierno.

OLIMPIÓN

(*A Stalinón.*) ¡Qué complaciente te me he mostrado! te he dado facilidad de lo que más deseabas. Hoy estará contigo lo que amas, á escondidas de tu mujer.

STALINÓN

Calla. Así me amen bien los dioses, como difícilmente reprimo mis labios para no besarte por este asunto, placer mío.

CALINO

(*Aparte.*) ¿Qué? ¿besarle tú? ¿qué negocio es este? ¿qué placer tuyo es ese?

OLIMPIÓN

(*A Stalinón.*) ¿Me amas algo ahora?

STALINÓN

Ciertamente, ¡por Pólux! me amo menos que á ti. ¿Me es permitido abrazarte?

(1) Era el traje usado para casarse.—*N. del T.*

CALINO

(*Aparte.*) ¿Qué? ¿abrazarte?

OLIMPIÓN

(*A Stalinón.*) Te es lícito.

STALINÓN

Porque cuando me pongo en contacto contigo, me parece que gusto miel.

CALINO

(*Aparte.*) ¡Por Hércules! este quiere, creo, hacer demasiado caricias (1) á su granjero.

OLIMPIÓN

(*A Stalinón.*) Vete más allá, amigo, quítate de mi espalda.

CALINO

(*Aparte.*) Van á perturbar hoy estos, según creo, á los piojos ¡por Hércules!; bien suele el viejo este cortejar á los que llevan barba. Por eso es, por eso, por lo que él ha hecho granjero á este. También el mismo, el otro día, cuando yo había llegado á su presencia, había querido hacerme atriense con empleo de estar bajo la puerta (2).

OLIMPIÓN

(*A Stalinón.*) ¿Cuán complaciente he sido hoy para tí? ¿de cuánto placer te he servido?

STALINÓN

Lo bastante para que, mientras yo viva, te quiera bien más que á mí. ¡Cómo voy á besar hoy á Casina! ¡cómo voy

(1) *Ecfodere vesicam.*

(2) Portero, encargado de vigilar la entrada de la casa; era uno de los cargos de más confianza con que se distinguía á los esclavos.—*Ns. del T.*

á hacer muchas cosas agradables para mí, á escondidas de mi mujer!

CALINO

(Aparte.) ¡Tate! ahora ¡por Pólux! he vuelto yo al fin á la senda recta. El mismo se parece por Casina; tengo en mi poder á mis hombres.

STALINÓN

(A Olimpión.) ¡Por Hércules! ya ansío abrazarla, ya ansío besarla.

OLIMPIÓN

Deja que antes sea conducida á la granja; ¿qué diablos de prisa tienes?

STALINÓN

Es que la amo.

OLIMPIÓN

Pero no creo que ello pueda hacerse hoy.

STALINÓN

Se puede, si es que crees poder tú ser manumitido mañana.

CALINO

(Aparte.) Ciertamente, tengo aquí que aplicar bien los oídos. Voy á coger ahora bonitamente dos jabalíes en una guarida.

STALINÓN

(A Olimpión.) En casa de ese mi camarada y vecino hay un lugar preparado para mí; le he confiado todo mi amor; me ha dicho que me proporcionaría un lugar.

OLIMPIÓN

Pero, y su mujer ¿qué? ¿dónde estará?

STALINÓN

He hallado modo de arreglarlo todo lindamente. Mi mujer la llamará aquí á su lado para las bodas, para que esté aquí con ella, y la ayude, y se acueste con ella. Así lo he mandado, y mi mujer ha dicho que había de hacerlo. Aquella se acostará aquí; yo haré que su marido se haya ido á su casa. Tú te llevarás á tu mujer al campo; ese campo estará aquí, entretanto que yo haga mis bodas con Casina. Después, tú te la llevarás al campo desde aquí, mañana, antes de que venga la luz del día. ¿No está preparado de una manera bastante astuta?

OLIMPIÓN

Muy hábilmente.

CALINO

(Aparte.) Andad ahora, fabricad. Por vuestro mal vivís tan ingeniosos.

STALINÓN

(A Olimpión.) ¿Sabes lo que has de hacer ahora?

OLIMPIÓN

Habla.

STALINÓN

Ten mi bolsa. Ve y compra viandas, date prisa; pero quiero manjares muy delicados, como delicada es ella misma.

OLIMPIÓN

Está bien.

STALINÓN

Compra sepias pequeñas, lepadas, pequeños calamares amarillos como la cebada.

CALINO

(Aparte.) Más bien como el trigo, si eres prudente.

STALINÓN

Lenguados.

CALINO

(*Aparte.*) ¿Por qué más bien, pregunto, que zuecos (1), con los que te sea batida la cara, pésimo viejo?

OLIMPIÓN

(*A Stalinón.*) ¿Quieres lenguadinas?

STALINÓN

¿Qué necesidad hay, cuando está mi mujer en casa? Ella es para nosotros una lenguadina, porque nunca calla.

OLIMPIÓN

Conviene que yo delibere, en presencia de la casa, qué he de comprar de entre la abundancia de pescado.

STALINÓN

Dices lo justo, vete. No quiero que se economice en cuanto á dinero; compra viandas ampliamente. Ahora hay necesidad también para mí de hablar con el vecino este, para que cuide de lo que le he encargado.

OLIMPIÓN

¿Me marcho ya?

STALINÓN

Así lo quiero. (*Vanse Stalinón y Olimpión.*)

CALINO

No podría ser yo inducido por tres libertades á no pre-

(1) Juego de palabras con *solea*, que significa «denguado», acepción en que la emplea Stalinón, y «sandalia», que es en la que aparenta entenderla Calino.—*N. del T.*

pararles hoy un grande mal, y no hacer en seguida manifiesto á mi ama todo este negocio; tengo cogidos manifiestamente en culpa á mis enemigos. Pero si mi ama quiere hacer ahora su deber, nuestro es todo el pleito; bien voy á anticiparme á mis hombres; el día va con nuestro deseo; ya hemos vencido los vencidos. Voy á ir adentro, para que condimente yo ahora á mi vez de otro modo lo que ha condimentado el otro cocinero; para que no esté preparado lo que está preparado y le esté preparado lo que preparado no estaba.

ACTO TERCERO

ESCENA I

Stalinón, Alcesimo

STALINÓN

Ahora sabré, Alcesimo, si eres para mí la imagen de un amigo, ó de un enemigo; ahora se verá la muestra, ahora se resolverá la contienda. Déjate de reprenderme mi amor, pon eso en ahorro. «¡Con la cabeza cana! ¡á una edad impropia!» añádelo al ahorro. «¡Un hombre que tiene su mujer!» ponlo también eso en ahorro.

ALCESIMO

A nadie he visto más mísero que á ti por causa del amor.

STALINÓN

Haz que esté vacía tu casa.

ALCESIMO

Ciertamente ¡por Pólux! es cosa cierta enviarte á casa todos los esclavos y siervas.

STALINÓN

¡Oh! muy ingeniosamente ingenioso eres. Pero procura acordarte de los versos que canta *El adúlador* (1). «Procura que vengan cada uno con su comida, como si fuesen á Sutrio» (2).

ALCESIMO

Me acordaré.

STALINÓN

¡Oh! ahora es cuando creo al fin en verdad que ningún prudente es más prudente que tú. Cuida, yo voy á ir al presente al tribunal; en seguida estaré aquí.

ALCESIMO

Anda en hora buena.

STALINÓN

Procura que tu casa tenga alguna lengua.

ALCESIMO

¿Por qué así?

STALINÓN

Para que me llame, cuando venga.

ALCESIMO

¡Vaya! eres un hombre que debías ser azotado; te procuras demasiadas delicias.

STALINÓN

¿De qué me serviría amar, si no fuese hábil y agudo

(1) Título y protagonista de una comedia de Nevio, imitada quizás de otra homónima de Menandro.

(2) Cuando la guerra con los galos, Camilo, nombrado dictador, mandó que las legiones que habían de ir á Sutrio, en Etruria (hoy Sutri, en Toscana), fueran con sus correspondientes provisiones de boca.—*Ns. del T.*

en extremo? Pero cuida de que no seas para mí objeto de busca.

ALCESIMO

Estaré en casa hasta que vengas. (*Vase Stalinón. Sale Cleostrata.*)

ESCENA II

Cleostrata, Alcesimo

CLEOSTRATA

(*Aparte.*) ¡Por Cástor! por eso era por lo que me pedía con tanto empeño mi marido que me apresurase á llamar á mi lado á esta mi vecina; para que estuviese libre para él una casa adonde condujera á Casina. De ningún modo la llamaré, ciertamente, ahora, para que no haya posibilidad alguna de un lugar libre para los grandísimos maulas vejetes castrones. Pero he aquí que viene el apoyo del Senado, el amparo del pueblo, mi vecino, el que ofrece un lugar libre á mi marido. ¡Por Castor! no está comprado barato en lo que se vende un modio de sal.

ALCESIMO

(*Sin reparar en Cleostrata.*) Admiro que no sea llamada ya aquí al lado mi mujer, que hace ya tiempo espera arreglada en casa si se la llama. (*Reparando en Cleostrata.*) Pero he aquí que ésta, á lo que opino, la llama; salud ten, Cleostrata.

CLEOSTRATA

Y tú, Alcesimo. ¿Dónde está tu esposa?

ALCESIMO

Dentro te espera, si la llamas; porque tu marido me ha suplicado que la enviase aquí á tu lado para ayudarte. ¿Quieres que la llame?

CLEOSTRATA

Déjala; si está ocupada, no quiero.

ALCESIMO

Está ociosa.

CLEOSTRATA

No la entretengo; no quiero serle molesta; después me reuniré con ella.

ALCESIMO

¿No disponéis aquí en vuestra casa unas bodas?

CLEOSTRATA

Las dispongo y las preparo.

ALCESIMO

¿No hay, pues, necesidad de una ayudante?

CLEOSTRATA

Hay bastante gente en casa. Cuando fueren las bodas, entonces iré á buscarla; ahora, consérvate bueno, y deséaselo á ella. (*Vase.*)

ALCESIMO

¿Qué haré yo ahora? He hecho una muy grande maldad, por el servicio de este vicioso chivo desdentado, que me ha obligado á ello; ofrezco el servicio de mi mujer fuera de casa, como si fuese á lamer los platos; perdición de hombre, que me ha dicho que su mujer había de llamar á ésta; ella se niega á entretenerla. Y ¡por Pólux! milagro será si no da esto ya en la nariz á esta mi vecina. Pero, verdaderamente, por otra parte, cuando pienso conmigo mismo, se me ocurre esta consideración: si algo de ello hubiese, habría una reclamación conmigo. Voy á ir adentro, para llevar mi nave nuevamente al astillero. (*Vase. Vuelve Cleostrata.*)

CLEOSTRATA

Ya está éste lindamente burlado; ¡cómo se apresuran los miserables viejos! Querría yo ahora que viniera ese decrepito hombre de nada de mi marido, para burlarle á su vez, después que he burlado á este otro. Yo deseo, en efecto, suscitar algo de pendencia entre ellos dos. Pero he aquí que viene; y, al verlo serio, lo tomaría uno por hombre de bien.

ESCENA III

Stalinón, Cleostrata

STALINÓN

(*Sin reparar en Cleostrata.*) Es gran necedad, ciertamente, en mi opinión, que hombre enamorado alguno vaya al tribunal en aquel día en que lo que ame esté en el tocador, como he hecho, necio, yo; he malgastado el tiempo mientras he estado sirviendo de abogado á un cierto mi pariente, el cual me alegro, en verdad ¡por Hércules!, que haya perdido el pleito, para que no me haya llamado hoy impunemente para abogado suyo. Es preciso preguntar y pararse á ver antes si aquel á quien se llame como abogado tiene ó no tiene humor. Si niega tenerlo, que deje ir al deshumorado á su casa. (*Reparando en Cleostrata.*) Pero he ahí á mi mujer delante de la casa; ¡ay mísero de mí! Temo que no esté sorda y haya oído esto.

CLEOSTRATA

(*Aparte.*) Lo he oído, ¡por Cástor! con gran mal tuyo.

STALINÓN

(*Aparte.*) Voy á llegarme más cerca. (*En alta voz.*) ¡Qué haces, mi alegría?

CLEOSTRATA

Te esperaba, ¡por Cástor!

STALINÓN

¿Ya está dispuesta la cosa? ¿Ya has traído aquí á nuestro lado á esta tu vecina, que te estuviese ayudando?

CLEOSTRATA

La he llamado, como habías mandado. Pero ese tu camarada, tu excelente amigo, no sé qué le ha soplado á su mujer. Ha dicho, cuando la he llamado, que no podía enviarla.

STALINÓN

Tienes ese grandísimo defecto, eres poco afectuosa.

CLEOSTRATA

No es propio de matronas, sino de meretrices, mostrar afecto á los maridos ajenos, marido mío. Ve tú y llánala; yo quiero cuidar dentro de lo que hay necesidad de que esté hecho, marido mío.

STALINÓN

Pues date prisa.

CLEOSTRATA

Está bien. (*Aparte.*) ¡Por Pólux! ya le meteré algún miedo en el pecho; le he de tener hoy por el más mísero de los amantes. (*Vase. Sale Alcesimo.*)

ESCENA IV

Alcesimo, Stalinón

ALCESIMO

Aquí veré si ha vuelto del tribunal á casa este amante, este máscara que nos ha burlado á mí y á mi esposa. Pero hele aquí delante de su casa. ¡Por Hércules! á tiempo iba á buscarte.

STALINÓN

Y yo á ti, ¡por Hércules! ¿Qué dices, hombre de mínimo precio? ¿qué te he encargado? ¿qué te he pedido?

ALCESIMO

¿Qué ocurre?

STALINÓN

¡Qué bien me has dejado vacía tu casa! ¡Cómo has traído aquí á nuestro lado á tu mujer! ¿Estoy yo perdido bastante por causa tuya, y la ocasión?

ALCESIMO

¿Por qué no te cuelgas? Tú mismo me habías dicho sin duda que tu mujer había de llamar á la mía.

STALINÓN

Pues que la ha llamado afirma, y que tú has dicho que no habías de enviarla.

ALCESIMO

Ciertamente, ella me ha dicho, al contrario, que no empleaba su servicio.

STALINÓN

Ciertamente, ella misma me ha encargado que la llamase.

ALCESIMO

Ciertamente, no te hago caso.

STALINÓN

Ciertamente, me pierdes.

ALCESIMO

Ciertamente, está bien. Ciertamente, aún te haré esperar

mucho tiempo; ciertamente, te deseo, ciertamente hacer algo insufrible; ciertamente, lo haré de buen grado. En modo alguno será para ti hoy más «ciertamente» que para mí. Ciertamente, ¡por Hércules! que te confundan los dioses, por último, en verdad.

STALINÓN

Ahora ¿qué? ¿has de enviar tu mujer á mi casa?

ALCESIMO

Llévestela, y vayas á la mala cruz más grande, con ella, y con ésta, y aun con tu amiga. Ve, y cuida de otra cosa; voy á mandar en seguida que pase mi mujer por el huerto ahí con tu mujer. (*Vase.*)

STALINÓN

Ahora eres tú para mí amigo de un modo verdadero. ¿Por qué auspicio diré yo que me ha sido dado este amor? ó ¿qué he hecho yo nunca inicuaente contra Venus, para que así me salgan al paso tantas dilaciones cuando amo? ¡Tate! ¿qué clamor, pregunto, hay allí en nuestra casa? (*Sale Pardalisca.*)

ESCENA V

Pardalisca, Stalinón

PARDALISCA

(*Aparentando no ver á Stalinón.*) ¡Perdida estoy, perdida estoy! ¡toda, toda he perecido! ¡mi corazón está muerto de miedo! ¡tiemblan los miembros de esta mísera! No sé de dónde adquiera ó suplique facilidad de auxilio, apoyo, refugio ó socorros para mí. ¡Tantas maravillas he visto ahora dentro en cosas hechas con modos verdaderos, una nueva y completa audacia! Guárdate, Cleostrata, apártate de esa, te lo ruego, no haga en ti algo de malo, perturbada por la ira. Quitad la espada á esa mujer, que no es dueña de su ánimo.

STALINÓN

Pero ¿qué es esto? ¿por qué ha salido ésta aquí fuera, temerosa y fuera de sí? ¡Pardalisca!

PARDALISCA

¡Muerta soy! ¿De dónde perciben ese sonido mis oídos?

STALINÓN

Mírame ya.

PARDALISCA

¡Amo mío!

STALINÓN

¿Qué te pasa? ¿por qué estás temerosa?

PARDALISCA

¡Perdida estoy!

STALINÓN

¿Por qué estás perdida?

PARDALISCA

Perdida estoy, y perdido estás tú.

STALINÓN

Expíciate, ¿qué te sucede?

PARDALISCA

¡Mal para ti!

STALINÓN

Antes bien, sea eso para ti.

PARDALISCA

Tenme, por favor, no caiga.

STALINÓN

Sea lo que quiera, dímelo pronto.

PARDALISCA

Contenme el pecho, hazme un poco de aire, por favor, con tu capa.

STALINÓN

Temo qué negocio sea este, si no es que ésta se ha emborrachado en alguna parte con flor de vino pura de Libia.

PARDALISCA

Presérvame las orejas, por favor.

STALINÓN

Vete á una mala cruz; confundan los dioses tu pecho, tus orejas, tu cabeza y á ti. Si no sé pronto de ti, en efecto, todo lo que esto sea, voy á machacarte ahí al instante los sesos, harpía, tú que me has tenido hasta ahora debajo de los pies con tu mofa.

PARDALISCA

¡Amo mío!

STALINÓN

¿Qué quieres, sierva mía?

PARDALISCA

Te muestras cruel en demasía.

STALINÓN

A tiempo lo dices. Pero habla, refiere en pocas palabras todo lo que es esto. ¿Qué tumulto ha habido ahí dentro?

PARDALISCA

Vas á saberlo; oye un pésimo daño que tu sierva ha comenzado á originar ahora ahí dentro, en nuestra casa, de un modo tal como no corresponde á la disciplina ática.

STALINÓN

¿Qué es ello?

PARDALISCA

El temor impide á mi lengua las palabras.

STALINÓN

¿Qué es? ¿puedo yo saber de ti qué negocio es éste?

PARDALISCA

Voy á decírtelo: tu sierva, á quien quieres dar por esposa á tu granjero, esa, ahí dentro...

STALINÓN

¿Qué hace ahí dentro? ¿qué es ello?

PARDALISCA

Imita la mala enseñanza de las malas mujeres, cada cual amenaza la vida á su marido...

STALINÓN

¿Qué ha pasado, pues?

PARDALISCA

¡Ah!

STALINÓN

¿Qué es ello?

PARDALISCA

Afirma que quiere quitar una vida. La espada...

STALINÓN

¿Cómo?

PARDALISCA

La espada...

STALINÓN

¿Qué espada es esa?

PARDALISCA

La que tiene.

STALINÓN

¡Ay mísero de mí! ¿por qué la tiene?

PARDALISCA

Va persiguiendo á todos los de casa por casa, y no deja á persona alguna acercarse á ella; así es que todos se callan por fuerza, escondidos de miedo bajo las arcas, bajo los lechos.

STALINÓN

¡Estoy perdido y aniquilado! ¿qué mal le ha sido infundido tan de repente?

PARDALISCA

No está en su sano juicio.

STALINÓN

Creo que soy muy malvado.

PARDALISCA

Eso es nada, cuando sepas las palabras que ha dicho ahora.

STALINÓN

Eso anhelo saber: ¿qué ha dicho?

PARDALISCA

Oye: ha jurado por todos los dioses y diosas, que ha de matar esta noche á aquel con quien se acostare.

STALINÓN

¿Me va á matar?

PARDALISCA

¿Te toca acaso algo de eso?

STALINÓN

¡Ah!

PARDALISCA

¿Qué tienes tú que ver con ella?

STALINÓN

Me he equivocado; quería decir, con eso, el granjero.

PARDALISCA

A sabiendas bajas del camino ancho á la senda.

STALINÓN

¿Me amenaza acaso con algo?

PARDALISCA

Para ti solo es más enemiga que para nadie.

STALINÓN

¿Por qué causa?

PARDALISCA

Porque la das por esposa á Olimpión; ni tu vida, ni la suya, ni la de su marido, va á dejar alargarse hasta mañana; por eso he sido enviada aquí, para que te dijera que te guardes de ella.

STALINÓN

(*Aparte.*) ¡Perdido estoy, ¡por Hércules!, misero de mí! No hay ni hubo viejo alguno enamorado igualmente misero que yo.

PARDALISCA

(*A los espectadores.*) Me le burlo graciosamente; porque las cosas que he dicho han pasado, se las he dicho todas falsas; mi dueña y ésta de aquí cerca han ideado este engaño; yo he sido enviada á burlármele.

STALINÓN

¡Eh, Pardalisca!

PARDALISCA

¿Qué hay?

STALINÓN

Hay...

PARDALISCA

¿Qué?

STALINÓN

Hay, que quiero informarme de ti.

PARDALISCA

Me ocasionas demora.

STALINÓN

Y tú me ocasionas pesadumbre; pero ¿aún tiene Casina la espada ahora también?

PARDALISCA

Sí tiene, pero dos.

STALINÓN

¿Cómo dos?

PARDALISCA

Afirma que con la una has de morir tú hoy, con la otra el granjero.

STALINÓN

El más muerto soy de todos los que viven. Voy á ponerme una loriga, opino que es lo mejor. Y mi esposa ¿qué? ¿no ha ido hacia ella y se la ha quitado?

PARDALISCA

Nadie se atreve á llegarse cerca.

STALINÓN

Que la suplique bien.

PARDALISCA

Ya la suplica; pero dice que no ceja ciertamente de otro modo alguno, á no ser que sepa que no será dada al granjero.

STALINÓN

Pues contra su voluntad, porque voluntariamente no quiere, se casará hoy. ¿Por qué, en efecto, no concluir yo lo que he comenzado, para que se case conmigo? No quería decir eso, en verdad, sino con nuestro granjero.

PARDALISCA

Te equivocas con bastante frecuencia.

STALINÓN

El temor me impide las palabras; pero, te lo ruego, di

que suplico á mi esposa que la suplique bien, para que deje la espada, y para que sea posible que yo vuelva adentro.

PARDALISCA

Se lo comunicaré.

STALINÓN

Suplicala tú también.

PARDALISCA

Suplicaréla yo también.

STALINÓN

Pero suplicala cariñosamente, como sueles; y oye, si lo efectuares, te daré sandalias, y anillo de oro en el dedo (1), y muchas cosas buenas.

PARDALISCA

Te prestaré ese servicio.

STALINÓN

Haz de modo que lo consigas.

PARDALISCA

Me voy ahora ya, si no me detienes para alguna cosa.

STALINÓN

Anda, y procura hacer lo que te he dicho.

PARDALISCA

(A los espectadores, viendo llegar á Olimpión, con un cocinero y sus ayudantes.) He aquí que vuelve al fin con la comida el ayudador de éste; lleva cortejo. *(Vase.)*

(1) Esto equivalía á conceder virtualmente la libertad, puesto que ni una ni otra cosa podían ser usadas por los esclavos.—*N. del T.*

ESCENA VI

Olimpión, Un cocinero, Stalinón

OLIMPIÓN

(Al cocinero.) Mira, ladrón, que no traigas espinos bajo tus enseñas.

EL COCINERO

¿Por qué son, en verdad, espinos?

OLIMPIÓN

Porque en seguida arrebatan lo que han tocado; como vayas á quitárselo, lo rasgan en seguida; así es que á cualquiera parte adonde vienen, en cualquiera parte donde están, castigan á los dueños con un doble daño.

EL COCINERO

¡Vaya!

OLIMPIÓN

¡Tate! ¿así dejo de ir de un modo magnífico, patricio y amigo al encuentro de mi amo?

STALINÓN

Salud ten, hombre bueno.

OLIMPIÓN

Confieso que lo soy.

STALINÓN

¿Qué es hecho?

OLIMPIÓN

Tú amas, yo tengo hambre y tengo sed.

STALINÓN

Lindamente preparado has venido.

OLIMPIÓN

¡Ah! lo que es hoy...

STALINÓN

Espera, sin embargo, aunque te sirve de fastidio.

OLIMPIÓN

¡Ay, ay! mal me huelen tus palabras.

STALINÓN

¿Qué razón hay para ello?

OLIMPIÓN

Esta razón.

STALINÓN

¿Aún te opones?

OLIMPIÓN

Ciertamente, porque me suscitás una dificultad.

STALINÓN

Yo te daré un gran mal, según opino, si no te detienes.

OLIMPIÓN

¡Por Zeus! (1) ¿te es posible que te apartes de mí, si no quieres que vomite yo ahora?

(1) Así está en el texto, en griego, por *Júpiter*. En los dos párrafos anteriores, Olimpión y Stalinón mezclan, asimismo, palabras griegas con

STALINÓN

Espera.

OLIMPIÓN

¿Qué es eso? ¿qué hombre es éste?

STALINÓN

Soy tu amo.

OLIMPIÓN

¿Qué amo?

STALINÓN

De quien tú eres esclavo.

OLIMPIÓN

¿Esclavo yo?

STALINÓN

Y mio.

OLIMPIÓN

¿No soy yo libre? ¡Acuérdate, acuérdate!

STALINÓN

Espera, y estate cerca de mí.

OLIMPIÓN

Déjame.

las latinas. Lo mismo sucede en otros pasajes de Plauto. Algunos traductores, como Naudet (1840), han creído conservar el efecto que Plauto se propuso, poniendo en latín las palabras griegas, en la traducción. Pero lo que es un reflejo de la realidad en las comedias de Plauto, porque en su tiempo era ya cosa muy corriente intercalar en la conversación palabras griegas, no lo sería en una traducción castellana moderna, pues no es lo usual que la gente emplee ahora palabras latinas para hablar. Podría conseguirse, si acaso, un efecto análogo, poniendo las palabras en francés, por ejemplo.—*N. del T.*

STALINÓN

Soy tu esclavo.

OLIMPIÓN

Eso está muy bien.

STALINÓN

Te suplico, Olimpioncito mío, padre mío, patrono mío.

OLIMPIÓN

¡Oh! bien eres discreto.

STALINÓN

Tuyo soy, ciertamente.

OLIMPIÓN

¿Qué necesidad hay para mí de un esclavo tan malo?

STALINÓN

Ahora ¿qué? ¿que al instante me confortas?

OLIMPIÓN

Dentro de poco, suponiendo que la cena esté cocida.

STALINÓN

Que se vayan, pues, adentro.

OLIMPIÓN

(A los cocineros.) Pronto, id adentro de prisa, y de prisa despachad.

STALINÓN

Yo estaré en seguida dentro; hacedme una cena que sea

abundante. Quiero cenar linda y brillantemente; no quiero más vivir según la costumbre de los bárbaros. (*A Olímpion.*) Por lo demás, vete también, si quieres; yo me quedo aquí.

OLIMPIÓN

¿Lo tienes decidido, en verdad, acaso porque haya alguna causa de demora?

STALINÓN

Ha dicho una sierva que Casina tiene ahí dentro una espada para atacarnos á mí y á ti.

OLIMPIÓN

Lo sé; deja que la tenga así; dicen tonterías; conozco á esas malas piezas. Antes bien, ven ahora conmigo á casa.

STALINÓN

¡Por Pólux! temo, con todo, algún daño. Ve tú ahora, mira bien antes qué pase ahí dentro.

OLIMPIÓN

Tan cara es para mí mi vida como para ti la tuya.

STALINÓN

Pero ve ahora.

OLIMPIÓN

Si lo deseas, se entrará contigo.

ACTO CUARTO

ESCENA I

PARDALISCA

No creo ¡por Pólux! que los juegos de Nemea, ni los de Olimpia, ni los de parte alguna, se hagan tan festivos como se hacen ahí dentro á propósito para burlar á nuestro viejo y á nuestro granjero Olimpión. Todos se apresuran dentro por toda la casa; el viejo clama en la cocina, exhorta á los cocineros: «¿Por qué no hacéis algo ahora? ¿por qué no dais, si dais algo? Daos prisa; era menester que la cena estuviera ya guisada.» En cuanto al granjero, va allí de un lado para otro, con corona, vestido de blanco y espléndidamente adornado. Por lo que toca á las mujeres, arreglan en la cámara al escudero, que han de presentar para que se case á nuestro granjero, en lugar de Casina; pero hacen muy lindamente como si hubieran de ser el cortejo nupcial de ella, como ha de ser. Por su parte, los cocineros, dignamente prestan su servicio con mucha gracia para este objeto, que no cene el viejo. Tiran las ollas, apagan el fuego con el agua. Lo hacen á ruego de aquéllas; pues quieren ellas echar al viejo de casa sin cenar, para que llenen las mismas sus vientres ellas solas. Conozco á aquéllas dos tragonas; son capaces de comerse una corbeta llena de alimento. Pero se abre la puerta. (*Sale Stalinón.*)

ESCENA II

Stalinón, Pardalisca

STALINÓN

(*A Cleostrata, que queda dentro.*) Si sois juiciosas, esposa mía, habéis de cenar luego que la cena esté guisada; yo ce-

naré en el campo. Quiero, en efecto, acompañar al campo al nuevo marido y á la recién casada, no la robe alguien; conozco las malélicas costumbres de los hombres. Obrad á gusto según vuestro capricho. Pero apresuraos á hacer salir en seguida á ese y á esa, para que lleguemos en fin con la luz del día. Yo estaré aquí mañana. No obstante, mañana tendré yo un convite, esposa mía.

PARDALISCA

(*A los espectadores.*) Pasa lo que he dicho que había de pasar: las mujeres echan fuera sin cenar al viejo.

STALINÓN

(*A Pardalisca.*) ¿Qué haces aquí tú?

PARDALISCA

Voy adonde me ha enviado esa misma.

STALINÓN

¿De veras?

PARDALISCA

En serio.

STALINÓN

¿Qué espías aquí?

PARDALISCA

Nada, ciertamente, espío.

STALINÓN

Vete. Te detienes aquí, mientras los demás se afanan ahí dentro.

PARDALISCA

Ya me voy.

STALINÓN

Márchate de aquí, si quieres, pues, la peor de las peores. (*Vase Pardalisca.*) ¿Ya se ha ido? ahora puedo decir lo que quiera. ¡Por Hércules! el que ama, aunque tenga hambre, en ningún modo tiene hambre, sin embargo. Mas he aquí que se adelanta con corona y antorcha mi suegro (1) el granjero, mi compañero, mi conmarido.

ESCENA III

Olimpión, Stalinón

OLIMPIÓN

Anda, flautista, mientras traen aquí fuera á la nueva esposa, haz participe de la fiesta á toda esta plaza con un suave canto de himeneo. ¡Io himen himeneo! ¡io himen!

STALINÓN

¿Qué haces, salud mía?

OLIMPIÓN

Tengo hambre ¡por Hércules!, y tanto, que no siento la sed.

STALINÓN

Pues yo, amo.

OLIMPIÓN

Pues yo ¡por Hércules! nada de daño te hago, amor mío; ya hace rato que los intestinos me murmuran de inanición.

(1) El suegro (*socerus*) es, propiamente, el padre de la esposa. Pero como, según la constitución de la familia romana, el padre (*paterfamilias*) lo es de todos los que están sometidos á su potestad (*patria potestas*), entre ellos su mujer, por eso Stalinón llama á Olimpión su «suegro», es decir, el «padre civil» de la mujer que él quiere tomar para sí.—*Nota del Traductor.*

STALINÓN

Pero ¿por qué se detiene esa ahora tanto tiempo dentro, como de intento? Cuanto más me doy yo prisa, tanto ella se da menos.

OLIMPIÓN

Si yo hiciese resonar también el himeneo, ¿qué?

STALINÓN

Yo te ayudaré también, tratándose de unas nupcias que nos son comunes.

OLIMPIÓN

(Cantando con Stalinón.) ¡Himen himeneo! ¡io himen!

STALINÓN

Muerto soy ¡por Hércules!, mísero de mí; puede uno reventarse cantando el himeneo; para aquel mal de que yo deseo reventarme no hay facilidad.

OLIMPIÓN

¡Por Pólux! ciertamente, si fueses caballo, serías indomable.

STALINÓN

¿Por qué razón?

OLIMPIÓN

Eres demasiado tenaz.

STALINÓN

¿Acaso me has probado en alguna ocasión?

OLIMPIÓN

¡Háganlo mejor los dioses! Pero rechina la puerta, alguien sale fuera.

STALINÓN

¡Por Hércules! los dioses me desean conservado; ya se ha dejado sentir Casina cerca. *(Salen dos esclavas, una de las cuales es Pardalisca, acompañando á Calino, vestido de novia, como si fuera Casina.)*

ESCENA IV

Dos esclavas, la falsa Casina, Olimpión, Stalinón

UNA ESCLAVA

(A la falsa Casina.) Levanta poco á poco los pies (1) sobre el umbral, nueva esposa; principia feliz este camino, para que sobrevivas á tu marido, y seas siempre más poderosa en valimiento, y venzas á tu marido, y seas vencedora, y supere tu imperio; que tu marido te vista, y tú despojes á tu marido. Acuérdate, te lo suplico, para que de noche y de día seas engañosa con tu marido.

OLIMPIÓN

Con grandísimo daño suyo ¡por Hércules!, en cuanto falte tanto así.

STALINÓN

Calla.

OLIMPIÓN

No callo.

STALINÓN

¿Qué razón hay para ello?

(1) Para no tropezar al salir de casa, lo cual se tenía por de mal agüero —N. del T.

OLIMPIÓN

Estas malas mujeres le enseñan malamente cosas malas.

STALINÓN

¡Estoy perdido! Estas me ponen este asunto, de preparado, desbaratado. Esto buscan: quieren hacer que estas prevenciones sean como no hechas.

LA ESCLAVA

Anda, Olimpión; cuando quieras, recibe de nosotras á esta tu esposa.

OLIMPIÓN

Dadme, pues, mi esposa, si habéis de dármela hoy alguna vez.

STALINÓN

(*A las esclavas.*) Marchaos adentro.

LA ESCLAVA

(*A Olimpión.*) Por favor, trata con miramiento á ésta, que está intacta y no tiene experiencia.

OLIMPIÓN

Así ha de ser; seguid bien.

STALINÓN

(*A las esclavas.*) Idos.

LA ESCLAVA

Ahora, seguid bien. (*Vanse las esclavas.*)

STALINÓN

¿Ya se ha retirado mi mujer?

OLIMPIÓN

En casa está, no temas.

STALINÓN

¡Ah! Ahora ¡por Pólux! soy libre al fin. (*A la falsa Casina.*) ¡Corazoncito mío! ¡mielecita! ¡primaverita!

OLIMPIÓN

¡Eh, tú! Si eres prudente, has de guardarte del mal; ésta es mía.

STALINÓN

Ya lo sé. Pero el fruto primero es mío.

OLIMPIÓN

Ten esta antorcha.

STALINÓN

Antes bien, la tendré á ella. ¡Multipotente Venus. buena vida me has dado, cuando me has proporcionado la facultad de poseer á ésta! (*A la falsa Casina.*) ¡Cuerpecito dulce como la miel!

OLIMPIÓN

Mujercita mía, ¡ay!

STALINÓN

¿Qué es eso?

OLIMPIÓN

Ha puesto la planta de su pie sobre el mío.

STALINÓN

(*Aparte.*) Casi voy á chancearme. No es suave la niebla como es el pechito de esta.

OLIMPIÓN

¡Por Pólux! ¡bonito pecho! ¡ay mísero de mí!

STALINÓN

¿Qué?

OLIMPIÓN

Ahora me empuja el pecho con el codo.

STALINÓN

¿Por qué, pues, te ruego, la tocas tanto? Porque á mí, que la toco discretamente, no me rechaza.

OLIMPIÓN

¡Ay!

STALINÓN

¿Qué hay de particular?

OLIMPIÓN

Dime, te ruego, ¿cuán fuertecilla es? Casi me ha arrojado con el codo.

STALINÓN

Quiere, por consiguiente, irse á acostar.

OLIMPIÓN

Pues ¿por qué no nos vamos?

STALINÓN

Anda, tú, preciosa, preciosilla. (*Vanse. Sale Pardalisca.*)

PARDALISCA

Bien y cómodamente tratadas salimos de dentro para ver aquí en la calle los juegos nupciales.

ACTO QUINTO

ESCENA I

Pardalisca, Murrina

MURRINA

Nunca ¡por Cástor! me he reído tanto día alguno, ni creo que más he de reirme en lo que me queda de vida. Quisiera saber lo que Calino, el que hace de nueva esposa, haga con el nuevo marido, y no ideó poeta alguno embuste más astuto que ha sido, á la verdad, ingeniosamente ideado éste por nosotras. Mucho desearía yo ahora que el viejo saliese con los morros chafados; ningún viejo más malvado que el cual vive; ni el que le proporciona un lugar, creo, ciertamente, que sea más malvado. Ahora quiero que estés aquí de guardia, Pardalisca, para que hagas objeto de burla al que salga de ahí.

PARDALISCA

Lo haré de buena gana, y según suelo.

MURRINA

Observa desde aquí dentro todo lo que dentro hagan; avísame, haz el favor.

PARDALISCA

Está bien.

MURRINA

Y puedes decirle libremente lo que quieras con el mayor atrevimiento.

PARDALISCA

Calla; rechina vuestra puerta. (*Vase. Salen Olimpión y Cleostrata.*)

ESCENA II

Olimpión, Cleostrata, Murrina

OLIMPIÓN

(*Sin reparar en Cleostrata y Murrina.*) Ni sé adónde huya, ni en dónde me esconda, ni de qué modo oculté esta vergüenza; tanto hemos superado en deshonor mi amo y yo en nuestras bodas. De tal modo ahora me avergüenzo, y de tal modo ahora tengo pavor, y de tal modo estamos ambos en ridículo. Pero yo hago ahora, tonto de mí, cosas nuevas: me avergüenzo, cuando no me he avergonzado antes de esto vez alguna. (*A los espectadores.*) Prestad atención, mientras refiero mis hazañas; es de oír con las orejas bien abiertas. De tal modo son ridículas para ser oídas y para ser referidas las cosas que he sufrido ahí dentro (1). Luego que he conducido adentro en vía recta á la nueva esposa, he quitado la llave; pero había allí con todo unas tinieblas como si fuera de noche. «Es menester que me acueste cerca de ti, viejo», he dicho. La coloco, la sostengo, la enternezco, para lograrla antes que el viejo. He empezado en seguida á estar torpe, porque echo la vista atrás de cuando en cuando, para que el viejo no me sorprenda. Principio el halago de la unión, la pido un beso. Me ha rechazado la mano, y no me ha dejado darle un beso reposado. Me apresuro, pues, ya más; más me agrada ya arrojarme sobre Casina. Deseo quitar al viejo ese trabajo; cierro la puerta para que el viejo no me sorprenda.

MURRINA

(*A Cleostrata.*) Anda, acércate á él.

(1) La escabrosidad de este acto fué causa de que los copistas suprimiesen muchas palabras, cuya falta hace imposible comprender el sentido de lo restante. A veces, sustituyeron las palabras suprimidas por otras expresivas, tal vez, de conceptos menos fuertes, conociéndose la alteración de una manera evidente por la total carencia de medida y de arte en la composición de muchos versos.—*N. del T.*

CLEOSTRATA

(A Olímpion.) Dime, te ruego, ¿dónde está tu recién casada?

OLIMPIÓN

Perdido soy ¡por Hércules!; está la cosa de manifiesto.

CLEOSTRATA

Es, ciertamente, justo contar con orden toda la cosa. ¿Qué pasa dentro? ¿qué hace Casina? ¿está bastante complaciente?

OLIMPIÓN

Me da vergüenza decirlo.

CLEOSTRATA

Refiere con orden, como habías empezado.

OLIMPIÓN

Me da vergüenza, ¡por Hércules!

CLEOSTRATA

Habla resueltamente. Quiero que refieras desde aquí: luego que te acostaste ¿qué pasó?

OLIMPIÓN

Pero es una infamia.

CLEOSTRATA

Yo haré que guarden reserva los que hayan oído algo.

OLIMPIÓN

Es ello muy grave.

CLEOSTRATA

Estás perdiendo el tiempo: ¿por qué no prosigues?

OLIMPIÓN

En cuanto ocupé mi lugar en el lecho...

CLEOSTRATA

¿Qué?

OLIMPIÓN

¡Ah!

CLEOSTRATA

¿Qué?

OLIMPIÓN

¡Oh!

CLEOSTRATA

Pero ¿qué es ello?

OLIMPIÓN

¡Oh! era una cosa extraordinaria. Temí no tuviera la espada; empecé á buscarla. Cuando, para que no tenga la espada, busco, agarro un mango. Pero, cuando medito, veo que no se trataba de una espada, porque ésta sería más fría.

CLEOSTRATA

Explicate.

OLIMPIÓN

Es que me da vergüenza.

CLEOSTRATA

¿Era acaso algún rábano?

OLIMPIÓN

No lo era.

CLEOSTRATA

¿Un cohombro acaso?

OLIMPIÓN

Ciertamente, ¡por Hércules!, no era cosa ninguna de hortalizas; ni cualquiera cosa que fuera, la había tocado nunca la tempestad, ciertamente; de tal modo, cualquiera cosa que fuese, era grande.

MURRINA

¿Qué sucedió por fin?, cuenta.

OLIMPIÓN

Entonces, llamo á Casina: «Casina—digo—, por mi amor, mujercita mía, ¿por qué me rechazas así á mí, á tu marido? Muy sin merecimiento mío, ciertamente, me haces tú estas cosas, ¡por Hércules! En efecto, te he querido ansiosamente para mí.» Ella no dice palabra, y resguarda con el vestido eso que sabéis (1). Cuando veo cerrado aquel paso, ruego que me deje ir por otro. La levanto para volverla, apoyándome; no chista palabra alguna. Me endezco para caer sobre ella y abrazarla.

MURRINA

Lo cuenta con mucha gracia.

OLIMPIÓN

En tanto que procuro darla un beso, una barba, así como un espino, me pincha los labios. Acto continuo, estando yo de rodillas, me golpea el pecho con los pies. Caigo precipitado del lecho; ella salta fuera; me chafa la cara. Entonces, dicho sea sin arrogancia, salgo, callado, fuera, en este atavío en que me ves, para que el viejo bebiera en el mismo vaso en que yo he bebido.

CLEOSTRATA

Está muy bien. Pero ¿dónde está tu capa?

(1) *Id., qui estis...*

OLIMPIÓN

Ahí dentro la he dejado.

CLEOSTRATA

¿Qué dices ahora? ¿se os ha sentado bastante lindamente la mano?

OLIMPIÓN

Merecidamente.

CLEOSTRATA

¡Chist! ha rechinado la puerta.

OLIMPIÓN

¿Acaso, pues, me sigue ella? (*Vanse Cleostrata y Murrina.*)

ESCENA III

Stalinón, Olimpión

STALINÓN

(*Sin reparar en Olimpión.*) Ardo en la mayor vergüenza, y no sé qué haga en mis asuntos. Ni luego que vea á mi mujer frente á mis ojos; de tal manera estoy perdido. Todas mis maldades están á la vista; de todos los modos estoy, mísero, muerto. De tal manera estoy cogido en la ratonera; y no sé en qué términos justificarme ante mi mujer, yo que, pobre de mí, he sido despojado de mi capa. Al descubierto están estas nupcias clandestinas. Creo que lo mejor para mí es.
 Pero ¿hay algún hombre que quiera hacer por mí esta función? No sé qué haga ahora, á no ser que imite á los malos esclavos, y huya de casa. Porque ninguna salvación hay para mis espaldas, si á casa vuelvo. Ahí hay que

decir simplezas; soy azotado ¡por Hércules! yo que, sin embargo, no lo deseo, aunque he merecido ese mal. Voy á darme al punto por aquí á la fuga.

OLIMPIÓN

¡Hola! estate ahí, amigo.

STALINÓN

¡Muerto soy! me hacen volver; me hiré, como si no oyera.
(*Salen Calino, Cleostrata, Murrina y siervas.*)

ESCENA IV

Calino, Stalinón, Cleostrata, Murrina, Olimpión, siervas

CALINO

¿Dónde estás tú, que pretendes practicar las costumbres masilienses? (1). Si quieres solicitarme, ahora es buena ocasión. . . . Perdido estás, ¡por Hércules! Anda, acércate aquí ya.

(*Siguen cuatro versos muy mutilados*)

STALINÓN

(*Aparte.*) Estoy ahora entre la piedra y el cuchillo, y no sé adónde huya.

(*Siguen otros tres versos mutilados*)

STALINÓN

(*Aparte.*) Me iré por aquí; creo que una perra rabiosa sería mejor.

(1) De Marsella, cuyos habitantes eran tenidos por muy afeminados.—*N. del T.*

CLEOSTRATA

¿Qué haces, marido, esposo mío? ¿de dónde vienes con el atavío ese? ¿qué has hecho del bastón y de la capa que tenías?

UNA SIERVA

Los ha perdido, á lo que creo, mientras estaba con Casina en adulterio.

STALINÓN

¡Muerto soy!

CALINO

¿No nos vamos aún á acostar? Yo soy Casina.

STALINÓN

Vete á una mala cruz.

CALINO

¿No me amas?

CLEOSTRATA

Pero, responde, ¿qué se ha hecho de tu capa?

STALINÓN

Pues las bacantes, ¡por Hércules!, mujer... las bacantes, las bacantes, ¡por Hércules!, mujer...

LA SIERVA

Dice simplezas á sabiendas, porque ¡por Cástor! ahora ningunas bacantes juegan.

STALINÓN

Lo había olvidado; pero, sin embargo, las bacantes...

CLEOSTRATA

¿Cómo las bacantes? Eso no puede ocurrir, ciertamente.

LA SIERVA

Tienes miedo, ¡por Cástor!

STALINÓN

¿Yo?

CLEOSTRATA

No mientas, ¡por Hércules!, porque está á la vista.

(Hay aquí en los manuscritos una laguna de nueve versos)

STALINÓN

¿No callas?

OLIMPIÓN

No callo, en verdad, ¡por Hércules! Tú me rogaste, en efecto, con el mayor afán que pidiese por esposa para mí á Casina.

STALINÓN

Por causa de amor á ti hice yo eso.

CLEOSTRATA

Antes bien, ¡por Hércules!, á ella, si yo no te hubiera, ciertamente, sorprendido.

STALINÓN

¿Yo he hecho esas cosas que vosotros decís?

CLEOSTRATA

¿Aún lo preguntas?

STALINÓN

Si, ciertamente, ¡por Hércules!, las he hecho, he hecho mal.

CLEOSTRATA

Vuélvete en seguida ahí dentro; si algo recuerdas menos, yo te haré acordar.

STALINÓN

¡Por Hércules! á lo que opino, antes bien os creeré lo que decís. Pero, mujer, concede á tu marido el perdón. Murrina, suplicaselo á Cleostrata. Si alguna vez después de esto, ó amare á Casina, ó lo intentare solamente, no que la amare, si alguna vez después de esto hiciere yo en tanto grado una cosa tal, ninguna causa habrá para que no me azotes, colgado, con vergas, mujer.

MURRINA

Creo ¡por Cástor! que debe ser concedido el perdón.

CLEOSTRATA

Lo haré como deseas. Te favorezco ahora con el perdón menos de mala gana por esta causa: para que, de larga, no hagamos más larga esta comedia.

STALINÓN

¿No estás irritada?

CLEOSTRATA

No estoy irritada.

STALINÓN

¿Me confío á tu fe?

CLEOSTRATA

A la mía.

STALINÓN

No tiene hombre alguno una mujer más buena que la que yo tengo.

CLEOSTRATA

(A Calino.) Anda, devuélvele el bastón y la capa.

CALINO

(A Stalinón.) Ten.

STALINÓN

Que me place.

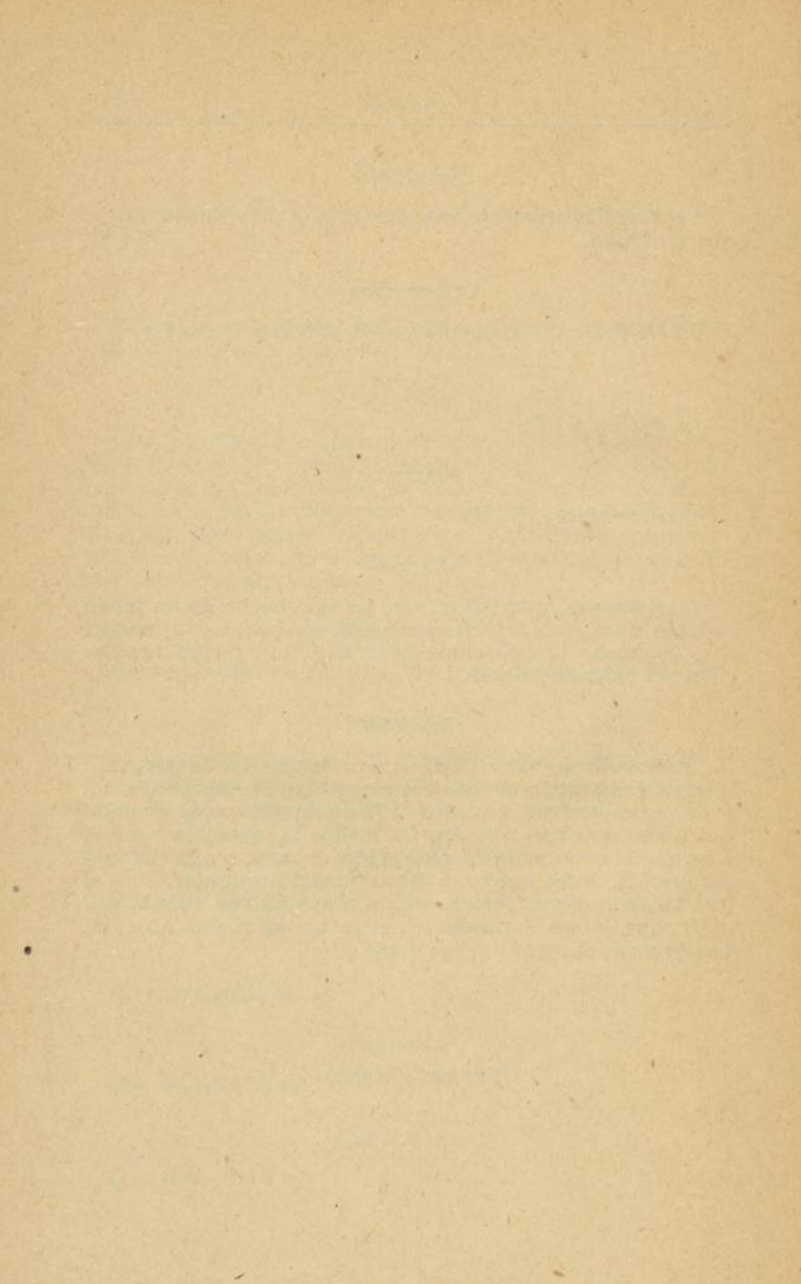
CALINO

Ciertamente, ¡por Pólux!, me ha sido hecha de un modo notable una gran injuria: me he casado con dos; ni uno ni otro ha hecho lo que suele hacerse á una recién casada.
(*Entran todos en la casa.*)

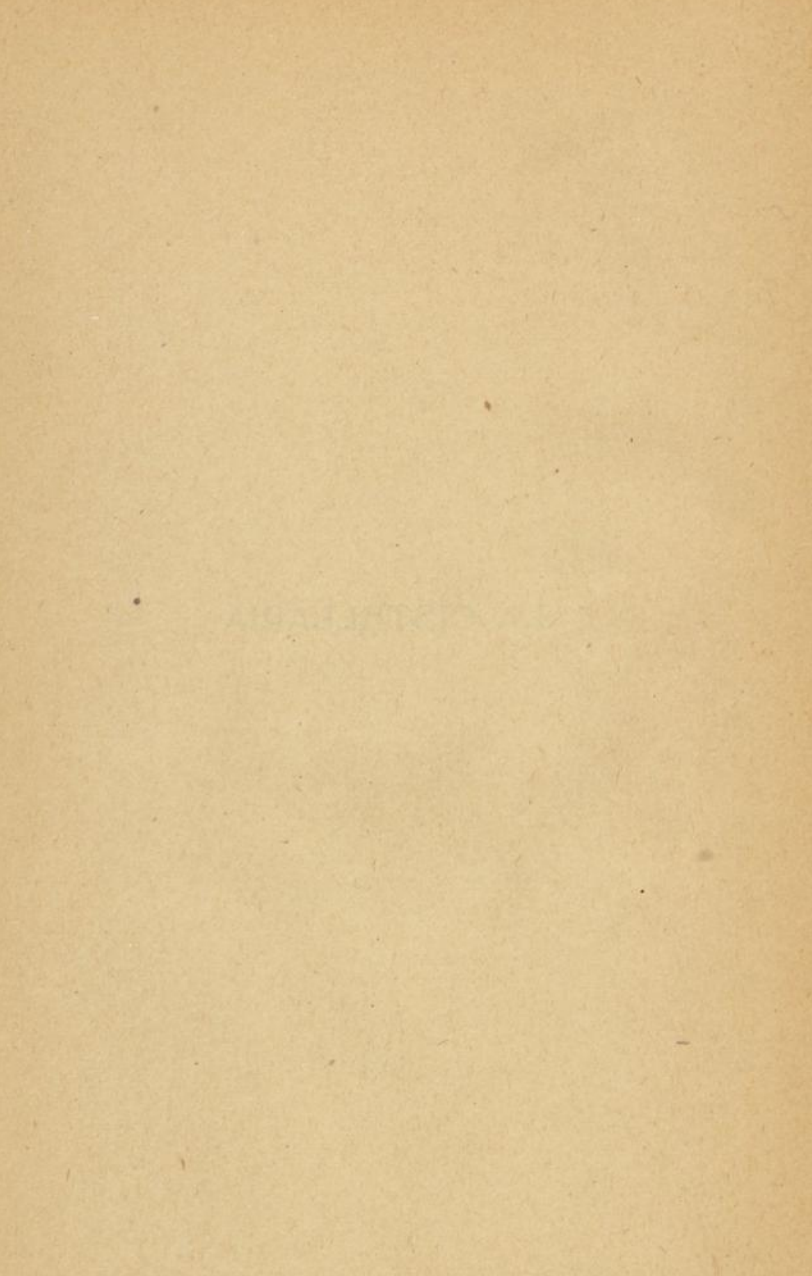
EL CORO

Espectadores, vamos á decir aquí lo que ha de pasar ahí dentro. Se hallará que esta Casina es hija de este de al lado, y ella se casará con Eutinico, hijo de nuestro amo. Es justo que ahora deis vosotros con las manos la merecida merced á los que la han merecido. Que el que lo haga, tenga siempre su querida, como quiere, á escondidas de su mujer. Pero el que no aplaudiere fuertemente con sus manos cuanto pudiere, que le sea supuesto en el lecho, en vez de querida, un apestoso chivo.

FIN DE «CASINA»



LA CISTELLARIA





LA CISTELLARIA⁽¹⁾

PERSONAJES

EL DIOS AUXILIO (prólogo).
DEMIFONTE, viejo mercader
de Lemnos.

FANOSTRATA, su mujer.

SILENION, meretriz, hija de
ambos.

UNA ALCAHUETA.

GIMNASION, meretriz, hija
suya.

MELÉNIDA, alcahueta.

HALISCA, sierva suya.

ALCESIMARCO, joven.

LAMPADISCO, esclavo de Fa-
nostrata.

La escena es en Sicione

ARGUMENTO

atribuido por algunos á Prisciano

Un joven lemnio seduce á una sicionense. Vuelve éste á su patria, y engendra una hija en sus nupcias con otra mu-

(1) De *cistella*, cestilla, diminutivo de *cista*, cesta, por referencia á la que contiene los juguetes que sirven para facilitar el reconocimiento de la expósita Silenion por sus padres.—*N. del T.*

jer. La sicionense pare igualmente una niña; un esclavo la coge y la expone, y acecha desde una emboscada. Una meretriz se la lleva, quitada, á otra. Volviendo después, viudo, de Lemnos el que había seducido á la sicionense, la toma por esposa, y en Lemnos promete la hija á un joven prendido del amor de aquella niña abandonada. Buscándola el esclavo que la había abandonado, la encuentra. De suerte que, reconocida por ciudadana según la ley y la costumbre, la posee Alcesimarco, como había merecido.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Silenion, Gimnasion, Una alcahueta

SILENION

Cómo te he amado yo antes de ahora, y he juzgado que eres una amiga para mí, Gimnasion mía, así como tu madre, me lo habéis manifestado después hoy, tú y ella; si fueses hermana mía, no sé en qué hubieres podido haber de hacerme más honor; sino que, según está mi ánimo, creo que no puede hacerse; de tal modo, dejadas todas las cosas, me habéis prestado un servicio frecuente; por eso os amo yo, y por eso entráis en gran gracia conmigo.

GIMNASION

¡Por Pólux!, ciertamente, nos es fácil á este precio frecuentarte y serte útiles; de tal manera nos has recibido á comer en tu casa delicada y brillantemente, que siempre habremos de acordarnos.

SILENION

Con buena voluntad se ha hecho ¡por Pólux! y se hará

por mí que comience á desear lo que crea que vosotras queréis.

LA ALCAHUETA

Como ha dicho aquel que ha sido traído por un viento favorable por un mar tranquilo, me regocijo ¡por Cástor! de haber venido á tu casa; de tal suerte hemos sido recibidas hoy aquí con suaves modos; ni, fuera de esta disciplina, ha habido aquí en tu casa cosa alguna que no me agradase.

SILENION

¿Por qué así, dime, por favor?

LA ALCAHUETA

Se me daba demasiado raramente algo que yo bebiera, y se adulteraba ese vino puro.

GIMNASION

Por favor, ¿está bien decir aquí eso?

LA ALCAHUETA

Justo y lícito es; ningún extraño hay aquí.

SILENION

Con merecimiento vuestro os amo, porque me honráis y me estimáis en mucho.

LA ALCAHUETA

Es lo que procede, ¡por Pólux!, Silenion mía, haber este orden y usar bien de la amistad entre los que bien se quieren; cuando veas á esas grandes matronas, nacidas de un linaje muy elevado, notarás cómo cultivan la amistad, y cómo la tienen bien trabada entre sí. Aunque hagamos nosotras eso mismo, aunque lo mismo imitemos, con dificultad vivimos, sin embargo, así, con la grandísima envidia que nos tienen. Quieren que nosotras estemos privadas de sus riquezas. Quieren que para nada tengamos nosotras poder por facultad nuestra, y que carezcamos nosotras de todas

sus cosas, para que les seamos suplicantes. Como vayas á su casa, quieres más la salida que la entrada; de tal modo halagan á las vistas á nuestra clase, y á escondidas, si alguna vez hay ocasión, echan encima astutamente agua fría. Dicen que tenemos trato con sus maridos, afirman que somos sus mancebas; llegan á humillarnos, porque somos dadas á la libertad. Tanto yo como tu madre, ambas hemos sido meretrices; yo me he educado á ésta, ella á ti, de padres convenidos; y no he echado yo á ésta al oficio de meretriz por causa de soberbia, sino para que no tuviera yo hambre.

SILENION

Pero fuera mejor darla antes bien á casar á un marido.

LA ALCAHUETA

¡Bah! todos los días se casa ella, por cierto, con un marido, ¡por Cástor!, y se ha casado hoy, y se casará luego esta noche; nunca la he dejado acostarse viuda; porque si ella no se casase, perecería la familia de lúgubre hambre.

GIMNASION

Es necesario que del modo que tu quieres que sea yo, así sea madre.

LA ALCAHUETA

¡Por Cástor! no me pesa si has de ser tal como dices. Porque, ciertamente, si eres tal como quiero, nunca te convertirás en una Hecala (1); siempre obtendrás provecho de esta tierna edad que ahora tienes, y servirás á muchos de daño, y á mí de lucro sin gasto mío, con frecuencia.

GIMNASION

¡Háganlo así los dioses!

LA ALCAHUETA

Sin tu trabajo, nada pueden hacer los dioses de estas cosas.

(1) Una vieja que hospedó á Teseo, y cuya pobreza era tanta, que quedó como proverbial.—*N. del T.*

GIMNASION

En verdad, ¡por Hércules!, yo he de aumentar cuidadosamente mi trabajo. Pero ¿qué haces tú entre estas palabras, ojo mío, Silenion mía? Nunca te he visto estar tan triste. ¿Por qué, dime, te ruego, huye tanto de ti la alegría? Ni estás tan elegante como sueles. ¡Ve esto, si quieres; qué de lo profundo ha sacado un suspiro! y estás pálida; dinos una y otra cosa: tanto qué te pasa como qué servicio nuestro quieras, para que lo sepamos. No quieras, te suplico, amiga mía, imponerme un tormento con tus lágrimas.

SILENION

Estoy muy apenada, Gimnasion mía, me va mal, estoy muy quebrantada. Estoy mala del ánimo, estoy mala de los ojos, estoy mala de pesadumbre. ¿Qué he de decirte? á no ser que soy arrastrada á la tristeza por mi necesidad.

GIMNASION

Procura poder sepultar tu necesidad allí mismo de donde ha salido.

SILENION

¿Cómo he de hacerlo?

GIMNASION

Escóndela en un rincón en lo más oculto de tu pecho. Haz que tú sola conozcas tu necesidad, sin otros testigos.

SILENION

Pero tengo dolor de corazón.

GIMNASION

¿Cómo es eso? ¿de qué tienes dolor de corazón, dime, te ruego? El cual ni tengo yo, ni otra mujer alguna, según aseguran los hombres.

SILENION

(Señalándose el pecho.) Si hay aquí algo que duela, me

duele; y si no lo hay, me duele esto, con todo, como si lo hubiese.

GIMNASION

Esta mujer está enamorada.

SILENION

¡Qué! ¿acaso, dime, te suplico, el empezar á amar es amargo?

GIMNASION

En efecto, ¡por Cástor!, el amor es riquísimo tanto en miel como en hiel, proporciona lo dulce con su gusto, lo amargo desde que llega á la saciedad.

SILENION

De esta forma es el mal que me atormenta, Gimnasion mía.

GIMNASION

El amor es pérfido por naturaleza.

SILENION

Así, ejercita en mí su rapacidad.

GIMNASION

Sé de buen ánimo, será lo mejor para ese mal.

SILENION

Confiaré en que he de serlo cuando venga el médico que puede suministrar la medicina para este mal.

GIMNASION

Vendrá.

SILENION

Dura es esa palabra *Vendrá* para una amante, si no viene.

Pero por mi culpa y necesidad estoy, mísera, peor atormentada; porque deseo con ansia para mí á aquel solo con quien pasaria la vida.

GIMNASION

Eso es más conducente para una matrona, Silenion mía, amar á uno solo y pasar la vida con aquel con quien ha sido casada una vez. Pero una meretriz es, verdaderamente, muy semejante á una ciudad rica, no puede conservar sola su fortuna sin muchos hombres.

SILENION

Esto quiero que hagáis; voy á deciros por qué causa habéis sido mandadas venir á mi casa. Porque mi madre, como yo no quiero ser llamada meretriz, ha condescendido, se ha acomodado complaciente á mi deseo; de tal modo, que me dejara vivir con aquel á quien yo amase vehementemente.

LA ALCAHUETA

Lo ha hecho neciamente, ¡por Cástor!, pero ¿es que nunca has tenido tú trato con hombre alguno?

SILENION

Con nadie, ciertamente, sino con Alcesimarco; ni me ha disminuído otro alguno mi pudor.

LA ALCAHUETA

Dime, te ruego, ¿de qué modo se insinuó á ti ese hombre?

SILENION

Durante las fiestas dionisiacas, me llevó mi madre á ver el cortejo; mientras volvía á casa, me siguió, mirándome á hurtadillas, hasta la puerta. Desde entonces, se insinuó en amistad con mi madre y conmigo juntamente, por medio de halagos, presentes y dones.

GIMNASION

Quisiera que se me diese ese hombre; ¡cómo lo manejaría!

SILENION

¿Qué necesidad hay de palabras? Comencé á amarle por el trato, y él á mí, recíprocamente.

LA ALCAHUETA

¡Oh Silenion mía!

SILENION

¿Qué hay?

LA ALCAHUETA

Conviene simular amar; porque como ames, al instante mirarás mucho mejor por aquel á quien ames que por tu interés.

SILENION

Pues él ha jurado con palabras formales delante de mi madre que me ha de tomar por esposa; ahora va á serle llevada á casa otra como tal, una pariente suya lemnia, que vive aquí cerca. Efectivamente, el padre de él le ha obligado; ahora mi madre está irritada contra mí, porque no he vuelto á casa á su lado, luego que he sabido ese asunto, que él va á tomar á otra por esposa.

LA ALCAHUETA

Nada es para el amor el perjurio.

SILENION

Ahora te estimaré que dejes á ésta estar aquí estos tres días solos, y cuidar en mi casa, porque he sido llamada á casa de mi madre.

LA ALCAHUETA

Aunque serán molestos para mí estos tres días, y me ocasionarás un daño, lo haré.

SILENION

Procedes benigna y amigablemente; pero tú, Gimnasion

mía, si, ausente yo, viniese Alcesimarco, no quieras regañarle con acritud; de cualquier modo que haya merecido para conmigo, está en mi corazón, sin embargo; mas recíbele tranquilamente, haz el favor; no le digas algo que le duela. Te ofrezco que cojas las llaves, por si tienes necesidad de pronto de algo. Yo quiero irme.

GIMNASION

¡Cómo me has hecho salir las lágrimas!

SILENION

Ten buena salud, Gimnasion mía.

GIMNASION

Cuida de ti, por favor; dime, ¿vas á ir acaso así de inmunda?

SILENION

Justo es que á una fortuna inmunda siga la suciedad.

GIMNASION

Levántate por lo menos ese amículo.

SILENION

Déjalo que vaya arrastrando, como voy arrastrándome yo misma.

GIMNASION

Cuando así te agrada, pásalo bien y ten salud.

SILENION

Lo querría, si pudiese. (*Vase.*)

GIMNASION

¿Quieres algo de mí, madre, por que no vaya adentro?
¡Por Cástor! me ha parecido que está enamorada.

LA ALCAHUETA

Ve ahí por qué aturdo constantemente tus oídos con esto: no ames á nadie. Vete adentro.

GIMNASION

¿Quieres algo de mí?

LA ALCAHUETA

Que lo pases bien.

GIMNASION

Pásalo bien. (*Vase.*)

ESCENA II

LA ALCAHUETA

Tengo yo el mismo defecto que la gran parte de las mujeres que nos dedicamos á este oficio, las cuales, cuando estamos con el estómago muy cargado, en seguida somos largas de palabras, hablamos más de lo que es suficiente. En efecto, yo recogí pequeñita, en otro tiempo, de una callejuela, adonde había sido arrojada, á esa muchacha que se ha marchado de aquí llorando. Hay aquí cierto joven muy noble... (A la verdad, ahora, como estoy cargada á medida de mi deseo, y como me he llenado de tal manera del jugo de Baco, me agrada más usar de una lengua suelta; no puedo, mísera de mí, callar lo que se necesita que esté callado.) Su padre, del más elevado linaje, vive en Sicione; ese joven parece miserablemente de amor por esta mujercita que se ha marchado ahora de aquí llorando; ella á su vez está perdida de amor por él. Yo se la di como regalo á una meretriz amiga mía, como quiera que, frecuentemente, estando conmigo, hubiere hecho mención para que la encontrase de cualquiera parte un niño ó niña recién nacido que ella misma criaría para sí como propio. Cuando primeramente me vino la posibilidad, al punto la di facilidad de lo que me pidió. Después que recibió de mí aquella niña, parió en seguida aque-

lla niña que de mí había recibido, sin operaciones de parteamiento, y sin dolores, así como paren otras, que se buscan el mal. Afirmaba, en efecto, que su amante estaba de viaje, con objeto de hacer la suposición de aquélla. Nosotras dos solas sabemos esto, fuera de vosotros, desde luego: yo que se la di, y ella que la recibió de mí. Así pasó este asunto; quiero que os acordéis de este negocio, si hubiere alguna necesidad de ello; yo me voy á casa. (*Vase.*)

ESCENA III

EL AUXILIO (1)

Esta vieja es una y otra cosa, tan grande habladora como gran bebedora. ¿Acaso ha dejado apenas al dios lugar para que hablase? De tal modo se ha dado prisa en charlar de la suposición de la muchacha; si hubiese callado lo cual, lo había de haber dicho yo, un dios, que podía mejor. En efecto, mi nombre es el Auxilio; ahora, prestad atención, para que yo os explique enteramente con claridad este argumento. Ya ha mucho tiempo, hubo en Sicione unas fiestas de Baco. Un mercader lemnio vino allí á los juegos, y éste, jovenzuelo, tomado del vino, forzó allí á una doncella, en el camino, muy entrada la noche. Cuando él vió que había cometido una cosa mala, se procuró la salvación con los pies, y huyó de allí á Lemnos, donde entonces habitaba. Aquella á quien había forzado, parió allí, después de llegado el décimo mes, una hija. Como no sabe quién sea el culpable de aquel hecho, hace partícipe de su resolución á un esclavo de su padre, y da al siervo aquel la niña, que ha de ser expuesta á la muerte. El la arrojó; esa recogió á la niña. Aquel siervo observó á escondidas por dónde y á qué casa había llevado ésta á la niña. Como habéis oído que ella misma ha confesado, entrega aquella niña á la meretriz Melenida, y ésta la educó, como si fuera su hija, bien y púdicamente. Ahora bien, el lemnio aquél tomó entonces por esposa á una próxima pariente suya. Ésta acabó sus días; se

(1) Divinidad inventada por Plauto para encargarla del papel de prólogo, que, por una anomalía, aparece en esta comedia, no al principio de ella, como debiera ser, y sucede en las demás, sino al final del acto primero.—*N. del T.*

hizo complaciente para su marido. Después que éste hizo á su mujer las cosas que eran justas, se vino al punto aquí; tomó él por mujer para sí á la misma que en otro tiempo había violentado aquí siendo doncella, y conoció que era ella la que había violentado. Dícele ella que de su injuria había parido una hija, y que se la había dado en seguida á un esclavo para que fuese expuesta. El manda al punto que aquel mismo esclavo procure ver si puede hallar por alguna parte á la que se la había llevado. El esclavo pone para este negocio su afán entonces de un modo siempre asiduo, por ver si puede encontrar á la meretriz aquella á quien en otro tiempo había visto, desde su acechadero, llevarse la niña que él mismo acababa de exponer. Ahora quiero daros cuenta del resto que queda por decir, para que mi nombre sea tachado, para que no deba yo cosa alguna. Un joven hay aquí en Sicione; le vive su padre. El se perece de amor por esa muchacha abandonada, que hace poco se ha marchado de aquí llorando á casa de su supuesta madre, y ella á su vez por él; amor que es dulcísimo. Como se trata de cosas humanas, nada es concedido para siempre. El padre quiere dar al joven una esposa; cuando la madre de la muchacha ha sabido esto, la ha mandado llamar á su casa. Así ha sido conducido este asunto. Pasadlo bien, y venced con el verdadero valor, como habéis hecho antes de ahora. Conservad vuestros aliados, tanto viejos como nuevos; aumentad las fuerzas con vuestras justas leyes; aniquilad á los enemigos; adquirid la gloria y el laurel, para que los cartagineses, vencidos, os paguen las penas (1).

(1) Esta comedia fué escrita en tiempo de la segunda guerra púnica, después de la batalla de Canas.—*N. del T.*

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Alcesimarco, Melenida

ALCESIMARCO

Creo que el amor ha sido inventado entre los hombres como un suplicio. Hago esta conjetura á juzgar por mí mismo, no tengo que buscarla fuera: yo que á todos los hombres supero y aventajo en tormentos del ánimo: me veo maltratado, atormentado, agitado, aguijoneado, volteado en la rueda del amor, mísero de mí, estoy desalentado, transportado, arrebatado, enajenado, despedazado: de tal modo tengo nublada la mente del ánimo; allí donde estoy, no estoy; donde no estoy, allí está mi alma; así, tengo todas las maneras de ser; lo que me agrada, en seguida ya no me agrada. De este modo, fatigado de ánimo, se me burla el amor, me ahuyenta, me persigue, me acomete, me arrastra, me retiene, me engaña, me regala; cuando parece que da, no da; se mofa; disuade luego de lo que ha persuadido; pone de manifiesto aquello de que ha disuadido. Hace experiencia conmigo de proceder propios del mar: de tal modo quebranta mi amante corazón; y no me falta, perdido como estoy, calamidad alguna, sino que, mísero, no voy al fondo: de tal suerte me ha detenido mi padre en el campo, en la granja, estos seis días seguidos, y no me ha sido posible entretanto ver á mi amiga. ¿No es esto triste de contar?

MELENIDA

¿Por eso estás burlón, porque tienes otra prometida, una lemnia rica? Tenla; ni somos nosotras de tanto poderío como tú, ni nuestras riquezas son tan fuertes como las tuyas; sin embargo, no temo que nadie vitupere nuestro juramento;

tú sabrás ahora, si algo te disgustare, por qué razón te disgusta.

ALCESIMARCO

¡Confúndame los dioses...

MELENIDA

Querría yo que te sobreviniese cualquiera cosa que desees.

ALCESIMARCO

...si tomare alguna vez para mí por esposa aquella que mi padre me ha destinado!

MELENIDA

¡Y á mí, si te diere alguna vez por esposa á mi hija!

ALCESIMARCO

¿Vas á sufrir que sea yo perjuro?

MELENIDA

A la verdad, un poco más fácilmente que perderme yo y mis intereses y que sea burlada mi hija. Anda á buscar donde haya bastante ayuda con tu juramento. Aquí con nosotras has roto ya la contraseña (1), Alcesimarco.

ALCESIMARCO

Haz una vez la prueba.

MELENIDA

Frecuentemente hice lo que, hecho, lamento.

ALCESIMARCO

Devuélvemela.

(1) *Tessera (hospitalis)*. Llamábase así la que se daba en señal de hospedaje.—*N. del T.*

MELENIDA

Usaré en un asunto nuevo un proverbio viejo: quisiera no haber dado lo que di; no daré lo que ha quedado.

ALCESIMARCO

¿No has de volver á entregármela?

MELENIDA

Tú has dado la respussta por mí.

ALCESIMARCO

¿No me la vuelves á entregar?

MELENIDA

Sabes ya hace tiempo toda mi resolución.

ALCESIMARCO

¿Está eso bastante decidido en tu corazón?

MELENIDA

Como que no pienso en ello siquiera; no acojo en mis oídos ahora esas palabras tuyas, ¡por Pólux!

ALCESIMARCO

¿No? ¡hola! ¿en qué piensas?

MELENIDA

Recoge, pues, tu espíritu para que veas lo que has de hacer.

ALCESIMARCO

Pues así me confundan los dioses y las diosas, superiores é inferiores y medianos, y así Juno la reina, é hija de Júpiter supremo, y así Saturno, su tío paterno...

MELENIDA

Padre, ¡por Cástor!

ALCESIMARCO

Y así la opulenta Cibeles, su abuela...

MELENIDA

Antes bien su madre, ciertamente.

ALCESIMARCO

Juno, su hija, y Saturno, su tío paterno, y el sumo Júpiter... Tú me perturbas: por ti digo estos disparates.

MELENIDA

Sigue diciendo.

ALCESIMARCO

¿No será posible que sepa todavía lo que hayas de decidir?

MELENIDA

Sigue hablando. No he de volver á entregártela; es una cosa definitiva.

ALCESIMARCO

Ciertamente, así Júpiter me confunda, y así Juno y Saturno, así... no sé qué diga. Ya lo sé: bueno, mujer, oye, para que sepas mi determinación: háganme todos los dioses grandes y pequeños y de la mesa (1) que no dé yo en mi vida un beso á Silenion, si no descabezara hoy á ti, á tu hija y á mí, y si después mañana con la primera luz no matare á las dos, y, ciertamente, ¡por Hércules!, si en un tercer ataque no machacare á todos, si es que tú no vuelves á mandarla á mi lado; he dicho lo que quería, pásalo bien. (*Vase.*)

(1) *Patellarii*. Los Lares ó Penates, á quienes se ofrecían las viandas.—*N. del T.*

MELENIDA

Se ha ido adentro irritado; ¿qué voy á hacer yo ahora? Si ella volviere á él, estará la cosa en el mismo estado: cuando haya empezado el tedio, la echará, una vez que lleve á casa á esa lemnia por esposa. Pero, sin embargo, voy á ir y seguirle; hay necesidad de cautela, no haga, desatentado, alguna cosa. Ultimamente, ya que no es lícito al pobre disfrutar de la misma ley con el rico, antes bien perderé mi trabajo que me verá privada de mi hija. Pero ¿quién es este que dirige aquí su carrera derechamente por la calle? Tanto temo aquello como tengo miedo de esto; de tal manera estoy toda, mísera de mí, llena de pavor.

ESCENA II

LAMPADISCO

He ido siguiendo á la vieja con mis gritos por las calles; he acorralado á la muy miserable; ¡qué moderada ha estado ella hoy de sí misma en todos sus modos, y qué desmemoriada! ¡cuántos halagos la he hecho! ¡qué de bueno la he prometido! ¡cuántos embustes he dispuesto para reducirla! ¡cuántos enredos! Con trabajo he conseguido que respondiese á mis preguntas, porque he prometido darle una cuba de vino.

ESCENA III

Fanostrata, Lampadisco, Melenida

FANOSTRATA

Me ha parecido oír ahora delante de casa la voz de mi esclavo Lampadisco.

LAMPADISCO

No estás sorda, mi ama; bien has oído.

FANOSTRATA

¿Qué haces aquí?

LAMPADISCO

Hago que te regocijes.

FANOSTRATA

¿Qué es ello?

LAMPADISCO

He visto poco antes desde aquí una mujer saliendo de esa casa.

FANOSTRATA

¿La que había cogido á mi hija?

LAMPADISCO

Tienes conocida la cosa.

FANOSTRATA

¿Qué ha ocurrido después?

LAMPADISCO

Digola de qué modo la hubiere visto desde el hipódromo coger á la hija de nuestra ama. Entonces ella experimentó un gran temor.

MELENIDA

(*Aparte.*) Se me eriza el cuerpo, me salta el corazón. En efecto, recuerdo que del hipódromo me fué traída pequeña la niña, y yo me la atribuí.

FANOSTRATA

Anda, prosigue, te lo suplico; mi ánimo apetece oír cómo haya sido llevado este asunto.

MELENIDA

(Aparte.) ¡Ojalá no puedas oír!*(Hay aquí una laguna de algunos versos)*

LAMPADISCO

Prosigo, hablando á la muchacha con estas palabras: «Esta vieja te llama con engaño hija para que no la abandones. En efecto, ella es tu nodriza, no la creas madre. Yo te vuelvo á llevar y te llamo á riquezas, donde seas colocada con seguridad en una familia opulenta, el padre de la cual te dé veinte buenos talentos de dote; no, ciertamente, allí donde, al modo toscano, te busques seguramente una dote con el cuerpo de una manera indigna» (1).

FANOSTRATA

Pero dime, por favor, ¿es una meretriz la que se la llevó?

LAMPADISCO

Sí fué una meretriz; pero yo te diré lo que haya de este asunto. Ya la traía á mí con mi persuasión; la vieja le ha abrazado las rodillas, llorando, suplicando que no la abandonase; me juraba con santas palabras que la joven era su hija, y que ella la había parido. Esa que buscas, ha dicho, la entregué yo á una amiga mía, para que la criase como hija suya. Y vive, ha dicho. ¿Dónde está ella?, digo en seguida.

FANOSTRATA

¡Guardadme, dioses, os lo suplico!

MELENIDA

(Aparte.) Pero á mí me perdéis.

FANOSTRATA

Convenía haber inquirido á quién la hubiese entregado.

(1) Herodoto cuenta, efectivamente, que entre las mujeres de Etruria habia esta costumbre.—*N. del T.*

LAMPADISCO

Se lo he preguntado, y ha dicho que á Melenida la me-retriz.

MELENIDA

(Aparte.) Ha pronunciado mi nombre; muerta soy.

LAMPADISCO

Una vez que ha dicho esto, interrogo á la vieja acto con-tinuo: guíame y enséñame, digo, dónde vive. Se marchó, ha dicho, de aquí á vivir en país extranjero.

MELENIDA

(Aparte.) Con esto que dice echa un poco de agua.

LAMPADISCO

Por dondequiera que se haya marchado, por allí la se-guiremos, digo; ¿así empleas palabras falaces? Muerta eres ¡por Hércules! si no declaras esto. Sigo instando hasta tanto que la vieja jura ya qué me la enseñará.

FANOSTRATA

Pues convenía no haberla dejado escapar.

LAMPADISCO

Está bien guardada; pero ha dicho que iba aún á ver an-tes á cierta mujer amiga suya con la que le sería común este negocio. Y sé que ha de venir.

MELENIDA

(Aparte.) Me descubrirá, y añadirá sus miserias á las mías.

FANOSTRATA

Hazme sabedora de lo que quieres que ahora haga.

LAMPADISCO

Anda adentro, y ten buen ánimo. Si viene tu marido, hazle que aguarde en casa, para que no tenga que andar buscándole, si le quisiese algo. Yo vuelvo corriendo á la vieja.

FANOSTRATA

Lampadisco, te lo ruego, pon cuidado en este asunto.

LAMPADISCO

Yo te daré acabado este negocio.

FANOSTRATA

En los dioses y en ti espero.

LAMPADISCO

En los mismos espero yo, como te vayas á casa. (*Vase Fanostrata.*)

MELENIDA

Joven, espera, y oye.

LAMPADISCO

¿Me llamas á mí, mujer?

MELENIDA

A ti.

LAMPADISCO

¿Qué hay de particular? porque estoy grandemente ocupado.

MELENIDA

¿Quién vive aquí?

LAMPADISCO

Demifonte, mi dueño.

MELENIDA

¿Conque éste es el que ha prometido á Alcesimarco su hija con las mayores riquezas?

LAMPADISCO

El mismo es éste.

MELENIDA

Oye tú: ¿qué otra hija andáis, pues, vosotros buscando ahora?

LAMPADISCO

Yo te lo diré: una hija de su mujer no de su mujer nacida.

MELENIDA

¿Qué quiere decir eso?

LAMPADISCO

Digo que mi amo tiene una hija nacida de su primera mujer.

MELENIDA

Ciertamente, hace poco decías que buscabas la hija de esa que ha estado hablando.

LAMPADISCO

La de esa busco.

MELENIDA

Pues ¿de qué modo, dime, te ruego, es ésta mayor que la que ahora se casa?

LAMPADISCO

Me matas con tu charla, mujer, quienquiera que seas. Esta doncella que se da á Alcesimarco nació de aquella que tomó intermedia por esposa. Aquella mujer acabó sus días: ¿estás ya enterada?

MELENIDA

Tengo esto bastante comprendido. Pero quiero saber lo intrincado: ¿de qué modo lo anterior sea posterior, y lo posterior sea anterior?

LAMPADISCO

Forzó á ésta antes que la trajo á casa por esposa; se hizo embarazada antes, y antes parió á su hija. Después que la parió, mandó que fuese expuesta de pequeña. Yo la expuse, otra mujer la recogió, yo la observé; mi amo ha tomado después á ésta por esposa. Ahora buscamos á aquella niña hija de ella. ¿Qué miras ahora vuelta arriba hacia el cielo?

MELENIDA

Ve ahora ya allí adonde ibas tan de prisa, nada te detengo. Ahora he entendido.

LAMPADISCO

A los dioses ¡por Hércules! doy gracias, porque si no hubieras entendido, nunca, á lo que creo, me dejaras ir. *(Vase.)*

MELENIDA

Ahora me es necesario ser buena á mi pesar, aunque no quiero serlo: entiendo que la cosa está de manifiesto. Ahora he de entrar yo misma en esta gracia respecto de ellos más bien que no que ella me descubra; voy á ir á casa, y vuelvo á llevar á Silenion á sus padres.

ACTO TERCERO

ESCENA ÚNICA

Melenida, Alcesimarco, Silenion

MELENIDA

Te he contado todo el asunto; sígueme, Silenion mía, para que seas de aquellos cuya conviene que seas más bien que mía. Aunque me veré privada de ti á mi pesar, yo induciré, sin embargo, mi ánimo para aconsejarte aquello que conduzca bien á tu interés. En efecto, ahí están dentro los juguetes con los que te trajo en otro tiempo á mí aquella que te me entregó, para que tus padres te reconozcan más fácilmente. Coge esta cestilla, Halisca, y anda, llama á esa puerta. Di que yo suplico que alguien de dentro salga prontamente con suma ligereza.

ALCESIMARCO

Recíbeme en ti ¡oh Muerte! como un amigo y que te quiere bien.

SILENION

(*Viendo á Alcesimarco.*) ¡Madre mía, muertas somos, míseras de nosotras!

ALCESIMARCO

¿Me heriré acaso el costado por aquí, ó por la izquierda?

MELENIDA

¿Qué te pasa?

SILENION

¿No ves á Alcesimarco que tiene una espada?

ALCESIMARCO

¿Qué haces? ¿te detienes? Deja la luz.

SILENION

Por favor, acudid, que no se mate.

ALCESIMARCO

(*A Silenion.*) Oh salud mía, más saludable que la Salud. Tú ahora, si yo quiero como si no quiero, me haces sola que viva.

MELENIDA

¡Eh! ¿has querido hacer esto con severidad?

ALCESIMARCO

Nada hay para ti conmigo: estoy muerto para ti; como tengo á ésta, estoy decidido á no soltarla. En efecto, ¡por Hércules!, estoy resuelto á hacer que haya de ser unida por entero á mí en seguida. ¿Dónde estáis, esclavos? Cerrad la casa con cerrojos, con barras, cuando haya llevado á ésta dentro del umbral.

MELENIDA

Se ha ido, se ha llevado á la mujer; voy á ir, voy á seguirle al punto adentro, para que sepa de mí esas mismas cosas; por si puedo hacerle, de irritado, tranquilo para mí. (*Vase, y Halisca, en este tumulto, arroja, imprudente, la cestilla.*)

ACTO CUARTO

ESCENA I

Lampadisco, Fanostrata

LAMPADISCO

Creo que ninguna vieja he visto más incómoda que es ésta; ¿no niega lo que hace poco me ha confesado? Pero he aquí que veo á mi ama. Mas ¿qué es esto, que está ahí en el suelo esa cestilla con juguetes, y no veo á persona alguna en la calle? Hay que hacer las veces de niño, voy á agacharme junto á la cestilla.

FANOSTRATA

¿Qué haces, Lampadisco?

LAMPADISCO

¿Por ventura es esta cestilla de ahí de nuestra casa? Porque la he cogido tirada en el suelo de aquí de la puerta.

FANOSTRATA

¿Qué dices de la vieja?

LAMPADISCO

Que ninguna otra más malvada hay en la tierra. Que niega todo lo que me ha confesado hace poco. Pero ¡por Hércules! ¿voy yo á dejar que esa vieja se burle de mí? Preferible es para mí morir de cualquier muerte.

FANOSTRATA

(Viendo los juguetes.) ¡Dioses, os pido vuestro auxilio!

LAMPADISCO

¿Por qué suplicas á los dioses?

FANOSTRATA

Guardadnos.

LAMPADISCO

¿Qué hay?

FANOSTRATA

Estos son los juguetes con los que tú expusiste á la muerte á nuestra hijita.

LAMPADISCO

¿Estás en tu sano juicio?

FANOSTRATA

Estos son, ciertamente.

LAMPADISCO

¿Sigues creyéndolo?

FANOSTRATA

Estos son.

LAMPADISCO

Si me hablase de ese modo otra mujer, diría que estaba ebria.

FANOSTRATA

No digo cosas vanas, ¡por Cástor! Pero dime, te ruego,

¿de qué parte viene esta cestilla? ¿y qué dios la ha arrojado ante nuestra puerta? Como de industria deparada, ha venido al mismo tiempo á mi socorro la sagrada Esperanza.

ESCENA II

Halisca, Lampadisco, Fanostrata

HALISCA

Si los dioses no me dan algo de ayuda, soy muerta, y no tengo de dónde espere auxilio. Así, mi petulancia me tiene mísera de ánimo, la cual temo mucho no descargue sobre mis espaldas, como mi ama sepa que soy tan necia como soy. No sé dónde esté esa cestilla que he tenido en las manos y he cogido aquí delante de la casa; si no es, como creo, que se me ha caído cerca de estos lugares. Amigos míos, espectadores, dadme un indicio, si alguno la ha visto, si alguno la ha cogido, ó alguno se la ha llevado, y ha proseguido el camino por aquí ó por allí. No soy muy práctica, yo que ruego y que fatigo á éstos, que siempre son gustosos del mal de una mujer. Ahora trataré de descubrir si hay aquí algunos vestigios. Porque si nadie hubiere pasado por aquí, después que me he marchado adentro, aquí estaría en el suelo la cestilla. ¿Qué hay aquí? Se ha perdido, creo. Es cosa hecha; se acabó; heme aquí infeliz y malvada. Ninguna cestilla está, ni yo estoy en parte alguna; perdida, me ha perdido á mí. Pero voy á continuar, como he empezado, sin embargo; iré buscando. Porque tanto pavor tengo dentro como temor fuera; así me agita ahora el miedo en una y otra parte. Con él son las personas míseramente míseras. El que la tiene, quienquiera que sea, está ahora contento; la que de ningún modo es útil para otro alguno, puede serlo para mí. Pero me entretengo á mí misma, cuando atiendo á esto con menos ligereza. Halisca, atiende á esto, mira al suelo, y mira con atención; investigando con los ojos, adivina sagazmente. (*Sale Lampadisco.*)

LAMPADISCO

(*A Fanostrata, en el interior de la casa.*) ¡Ama! (*Sale Fanostrata.*)

FANOSTRATA

¡Hola! ¿qué hay?

LAMPADISCO

(*Señalando á Halisca.*) Esa es.

FANOSTRATA

¿Quién?

LAMPADISCO

Esa á la que se le ha caído la cestilla; he ahí que señala precisamente el lugar donde ella ha caído.

FANOSTRATA

Eso parece.

HALISCA

Pues él ha ido por aquí; por aquí veo el vestigio de su calzado en el polvo; seguiré por aquí... en este sitio se ha parado ya con otra persona... aquí se presenta ya á mis ojos la confusión; y no ha venido de nuevo por aquí... aquí se ha detenido; de aquí ha marchado allí; aquí ha habido una reunión; esto pertenece á dos personas; ¿quiénes son ellas? ¡Tate! veo un solo vestigio; ha ido él, pues, por aquí. Voy á fijarme: de aquí ha ido aquí... de aquí no ha ido á ninguna parte. Trabajo en una empresa vana; lo que se ha perdido, se ha perdido: mi pellejo con la cestilla; me vuelvo adentro.

FANOSTRATA

Espera, mujer; hay quienes quieren hablar contigo.

HALISCA

¿Quién me hace volver llamándome?

LAMPADISCO

Una buena hembra y un mal macho te solicitan.

HALISCA

Quita lo malo, lo bueno es necesario para mí; últimamente, más sabe el que llama lo que quiere que yo que soy llamada; vuelvo. (*A Lampadisco.*) Dime, por favor, ¿has visto acaso á alguno buscar aquí, en este paraje, una cestilla con unos juguetes, que he perdido aquí yo, misera de mí? Porque hace poco, [cuando acudimos á Alcesimarcó para que no pusiera fin á su vida, entonces creo que, con el temor, se me ha caído aquí la cestilla.

LAMPADISCO

(*A Fanostrata.*) Esta es nuestra mujer. ¿Por qué no prestamos atención un poco, ama?

HALISCA

¡Perdida estoy, misera de mí! ¿Qué voy á decir yo á mi ama, ella que me encargó guardarla con tanto empeño, para que pudiera reconocer más fácilmente á sus padres Silenion, que fué atribuída á mi ama de pequeña, la cual le entregó cierta meretriz?

LAMPADISCO

(*A Fanostrata.*) Esta refiere nuestro asunto. Es preciso que ella sepa dónde esté tu hija, según da señales.

HALISCA

Ahora quiere devolverla espontáneamente á su padre y á su madre, á aquellos de quienes nació. (*A Lampadisco.*) Amigo mío, yo te suplico, estás pensando en otras cosas, yo te encomiendo mis asuntos.

LAMPADISCO

En eso estoy pensando, y es para mí un aliciente eso que refieres; pero entretanto se había de tratar de este asunto, he respondido á esta mi dueña á lo que me preguntaba. Ahora vuelvo á ti; si es preciso algo, di, manda. Y tú ¿qué andas buscando?

HALISCA

Amigo mío y amiga mía, yo os saludo.

FANOSTRATA

Y nosotros á ti; pero ¿qué andas buscando?

HALISCA

Busco aquí el vestigio, por donde no sé cómo se me escapó una cosa.

FANOSTRATA

¿Qué es ello?

LAMPADISCO

¿Qué es ello, pues?

HALISCA

Lo que va á acarrear un daño inútil y la pesadumbre á una familia.

LAMPADISCO

(*A Fanostrata.*) Mala y astuta pieza es ésta, mi ama.

FANOSTRATA

Así me lo parece, ¡por Cástor!

LAMPADISCO

Imita á un animal malo y dañoso.

FANOSTRATA

Dime, ¿á cuál?

LAMPADISCO

A una oruga que se enreda retorcida en la hoja del pámpano; del mismo modo comienza á urdir ésta para sí una charla retorcida. (*A Halisca.*) ¿Qué andas buscando?

HALISCA

Aquí se me ha volado la cestilla, joven mío.

LAMPADISCO

(A *Fanostrata*.) Conviene que sea llevada á la cueva.

HALISCA

No es ¡por Pólux! una gran presa.

LAMPADISCO

(A *Fanostrata*.) Milagro que en una cestilla no haya estado metida una tropa de esclavos para vender.

FANOSTRATA

Deja que hable.

LAMPADISCO

Si habla, ciertamente.

FANOSTRATA

Anda, di tú qué había allí dentro.

HALISCA

Juguetes solamente.

LAMPADISCO

Hay un hombre que afirma saber él dónde esté ella.

HALISCA

Pues ¡por Pólux! él entrará en gracia con una mujer como la enseñe.

LAMPADISCO

Mas ese tal quiere que se le dé una recompensa.

HALISCA

Pero esa tal, que ha perdido esa cestilla, dice que no tiene cosa alguna que pueda dar, ¡por Pólux!

LAMPADISCO

Pues ese tal solicita dinero, ciertamente.

HALISCA

Pues solicita dinero en vano.

LAMPADISCO

Pues ese tal, mujer, no está dispuesto á ningún servicio gratuito, ¡por Pólux!

FANOSTRATA

(A *Halisca*.) Confíanos tus palabras: ahora te aprovechará. Confesamos tener la cestilla.

HALISCA

Pues que la Salud os conserve; ¿dónde está ella ahora?

FANOSTRATA

He aquí que es salva; pero quiero yo hablar contigo de un asunto mío importante; te adopto como asociada á mí para mi salvación.

HALISCA

¿Qué negocio es ese, y quién eres?

FANOSTRATA

Yo soy la madre de aquella que llevó esos juguetes.

HALISCA

¿Vives tú, pues, aquí?

FANOSTRATA

Lo adivinas. Pero, te lo suplico, deja, mujer, los ambages, y atiende á esto, di pronto de dónde tienes tú esos juguetes.

HALISCA

Los tuvo la hija de mi ama.

LAMPADISCO

Mientes, porque los tuvo la de la mía, no la de la tuya.

FANOSTRATA

No interrumpas.

LAMPADISCO

Callo.

FANOSTRATA

Continúa diciendo, mujer. ¿Donde está la que tuvo esos juguetes?

HALISCA

Aquí al lado.

FANOSTRATA

¡Por Pólux! Ciertamente, vive ahí el yerno de mi marido.

LAMPADISCO

En verdad...

FANOSTRATA

¿Otra vez interrumpes? (*A Halisca.*) Prosigue, pues, diciendo. ¿Cuántos años se dice que tiene la hija?

HALISCA

Diez y siete.

FANOSTRATA

Es la mía.

LAMPADISCO

Ella es, como el número de años demuestra.

FANOSTRATA

He hallado á mi hija, lo que andaba buscando.

HALISCA

Has encontrado lo que buscabas; ahora quiero mi cestilla.

LAMPADISCO

¡Por Pólux! Pues éstas han encontrado sus cosas, yo quiero una tercera.

HALISCA

Justo es conservar lo que se ha confiado por la buena fe, para que la benignidad no sirva de mal al que ha merecido bien. Esa que nosotras hemos criado es verdaderamente tu hija, y mi ama te la ha de devolver como tuya, y por esa causa ha salido de casa. Inquirid lo demás de la misma, te lo suplico: yo soy una esclava.

FANOSTRATA

Pides una cosa justa.

HALISCA

Yo quiero más que esta gratitud sea en beneficio de ella. Pero te suplico que me devuelvas esa cestilla.

FANOSTRATA

¿Qué se hace, Lampadisco?

LAMPADISCO

Que tengas como tuyo lo que tuyo es.

FANOSTRATA

Pero me compadezco de ésta.

LAMPADISCO

Así creo que debe hacerse. Da á ésta la cestilla, y vete adentro con ella al mismo tiempo.

FANOSTRATA

Voy á hacer lo que me dices. (*A Halisca.*) Ten tú para ti la cestilla. Vayamos adentro. Pero ¿cuál es el nombre de tu dueña?

HALISCA

Melenida.

FANOSTRATA

Anda, anda delante, ya te seguiré. (*Entra en casa de Alcesimarco.*)

ACTO QUINTO

ESCENA ÚNICA

Demifonte, Lampadisco

DEMIFONTE

¿Qué negocio es éste, que toda la gente va diciendo por las calles que se me ha encontrado mi hija, y afirman que Lampadisco me ha buscado en la plaza pública?

LAMPADISCO

¿De dónde vienes, mi amo?

DEMIFONTE

Del Senado.

LAMPADISCO

Me regocijo de que, por obra mía, haya para ti mayor número de hijos.

DEMIFONTE

Pues no me agrada, ciertamente. En modo alguno deseo que se me deparen, por obra ajena, más hijos. Pero ¿qué es ello?

LAMPADISCO

Apresúrate á ir adentro aquí á casa de tu yerno; en seguida reconocerás á tu hija; allí mismo dentro está tu mujer. Anda pronto.

DEMIFONTE

Está decidido anteponer esto á todas las otras cosas.
(*Vanse.*)

EL CORO

No esperéis, espectadores, hasta que ellos salgan aquí ante vosotros; ninguno saldrá; todos llevarán á cabo dentro su cometido. Cuando esto haya sido hecho, depondrán sus adornos; después de eso, el que ha faltado, será vapuleado (1); el que no ha faltado, beberá. Ahora, en cuanto á vosotros, espectadores, os queda lo restante. Según la costumbre de nuestros mayores, dad un aplauso al final de la comedia.

(1) Cicerón (*Pro Roscio Amerino*) da, efectivamente, testimonio de la costumbre de maltratar á los actores que habian desempeñado mal su papel. Téngase en cuenta que, en su mayoría, procedian de la condición de esclavos.—*N. del T.*



INDICE

	Págs.
LOS MENECEMOS.	5
CASINA.	91
LA CISTELLARIA.. . . .	171



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104375975